

**La devoción al
Sagrado Corazón de Jesús:
Historia, Doctrina y Oraciones**



Prólogo de Monseñor D. José Ignacio Munilla

Para mí es un regalo de Dios el hecho de poder prologar este Devocionario del Corazón de Jesús, siendo así que en mi escudo episcopal, por la gracia del Señor, llevo ese signo indeleble de su amor a toda la humanidad, que es el Corazón de Cristo.

Agradezco la iniciativa de reeditar algo tan práctico como este Devocionario, en el que se recogen las principales oraciones tradicionales en torno a esta devoción. ¡¡Ayudar a orar, es una gran obra de misericordia!!.

Me viene a la mente una famosa expresión de un gran devoto del Corazón de Jesús, como fue San Pío de Pietrelcina, quien dijo de sí mismo: «*Yo sólo soy un pobre fraile que reza*». Ojalá que sean muchos devotos –«*pobres de Yahvé*»- los que cojan entre sus manos este Devocionario, contribuyendo a la llegada del Reino de Dios con su humilde oración, como hizo el Padre Pío.

Además del elenco de oraciones, en este pequeño librito se ofrece también la historia de la devoción al Corazón de Jesús, una reseña de los principales

santos que han recibido luces del Espíritu Santo para impulsarla, un resumen del Magisterio de la Iglesia y los principales fundamentos doctrinales. De forma sencilla y sintética, se muestra cómo esta devoción está integrada en el Magisterio de la Iglesia, hasta llegar a haber sido declarada como *«síntesis de toda religión y norma de vida más perfecta»* (Pío XI, Miserentissimus Redemptor) y más actualmente el Papa Benedicto XVI nos decía, que este misterio del Amor de Dios que se manifiesta en este Corazón, constituye *«el verdadero contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana»* (Carta de Benedicto XVI al prepósito de la Compañía de Jesús con motivo del 50º aniversario de la Haurietis Aquas).

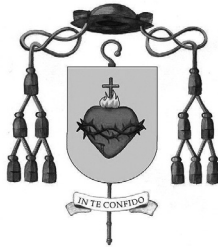
La imagen del Corazón de Cristo y su mensaje de Misericordia, se presentan en el inicio del Tercer Milenio como auténtica “profecía” y “terapia” providencial. En esta cultura laicista en la que algunos afirman no tener más religión que “el hombre”, paradójicamente, somos testigos de tantas carencias afectivas, heridas necesitadas de sanación, desequilibrios psicológicos, dramas interiores...

Recuerdo haberle escuchado a un especialista en teología bíblica hablar sobre la equivalencia entre los términos “corazón” y “entrañas”. El corazón (“leb”, “kardia”) es sinónimo del útero (“rahamin”, “splanchna”); de manera que cuando confesamos el amor de Dios en la imagen del Corazón de Jesús, en el fondo, estamos manifestando nuestra fe en que el amor de Dios nos “gesta” a una vida nueva. El Corazón de Cristo es la

imagen del amor materno de Dios que, en su potencia regenerativa, nos sana, nos rescata, nos rehace, nos perdona.

Por ello, no nos cansaremos de confesar que hoy en día es más necesario que nunca hablar del Amor Misericordioso del Corazón de Cristo, así como alimentar la esperanza del triunfo de su Reinado: *¡Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío!*”.

Monseñor D. José Ignacio Munilla
Obispo de San Sebastián



1

INTRODUCCIÓN



Este devocionario sale a la luz con la esperanza de que su uso aliente a los cristianos del s. XXI a volver la mirada al costado traspasado de Cristo en la Cruz, costado de donde manó sangre y agua, símbolos de los sacramentos de la Iglesia. Este costado traspasado, en el que se nos muestra de forma sensible el Corazón de Cristo, representa el infinito Amor que el Hijo de Dios tiene por los hombres, a quienes nos *«amó hasta dar la vida por nosotros»*.

Esta devoción, fundada en lo más profundo del mensaje cristiano, al tratar del amor que Cristo nos tiene, se hizo especialmente relevante a partir de las apariciones del Corazón de Cristo a la santa visitandina Margarita María de Alacoque y más tarde a otros tan cercanos como el Beato Bernardo de Hoyos.

Pero, a diferencia de otras devociones particulares del pueblo cristiano, la devoción al Corazón de Jesús ha sido elevada y presentada a través de las numerosas encíclicas, exhortaciones y mensajes de los Papas como *«síntesis de toda religión y norma de vida más perfecta»* (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, n.3).

De esta manera, lejos de limitarse a un culto particular y opcional, se convierte en el motor de la vida espiritual de todo cristiano. En esta devoción el cristiano fiel encuentra el centro del misterio del Amor de Dios. Amor que llevó a la segunda persona de la Santísima Trinidad a encarnarse haciéndose hombre, y desde entonces Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, posee un Corazón que late por amor a todos y a cada uno de nosotros.

Y porque el Corazón de Jesús es también el Corazón de Dios, este pide que se le tribute aquel respeto y honor que le corresponde por derecho y por conquista, que es el reinado de su Corazón. En efecto, Cristo es Rey, de forma que la devoción al Corazón de Jesús quedaría incompleta si se desliga de Su realeza. Así se lo mostró a santa Margarita: **«reinaré a pesar de mis enemigos»**, y así también se lo expresó al Padre Bernardo de Hoyos: **«reinaré en España con más veneración que en otras partes»**.

Que Cristo es Rey y que tiene que reinar, lo viene manifestando de manera relevante, desde hace más de cien años, el Magisterio pontificio sobre el Sagrado Corazón. Cristo reinará y se le someterán las voluntades de todos los hombres, precisamente por el conocimiento del amor de su Corazón herido por nosotros. Este es el modo misericordioso previsto por Dios para acabar con todo orgullo y frialdad humanos. Es esperanza, fundada en las Sagradas Escrituras, que los hombres **«mirarán al que traspasaron»** (Za 12,10; Jn 19, 37) e históricamente extendida en la Iglesia, sobre todo a partir de las revelaciones de Paray-le-Monial.

La moderna apostasía

Como contrapartida a este mensaje esperanzador y luminoso, la contemporánea apostasía de la fe cristiana, en un mundo heredero de los valores espirituales y culturales de la Cristiandad, se ha debido a la suplantación de las verdades de la fe por la fuerza de un “mesianismo redentor secularizado”. Es el deseo del hombre de salvarse a sí mismo, rechazando el don redentor de Cristo. Hasta tal punto es dañino este planteamiento, que ninguna de las herejías anteriores había podido borrar tan eficazmente de la conciencia social de Occidente la fe en el Evangelio, y el anhelo de la vida eterna en el gozo del Señor. Y ello es debido a que nada puede darse más opuesto a la fe católica que la auto-divinización y la adoración del hombre por sí mismo.

El proceso de este humanismo se desplegó en las diversas fases de la evolución de la “modernidad” a partir del Renacimiento. Así, Emmanuel Kant, cumbre del racionalismo ilustrado, dice: «*El tránsito gradual de la fe eclesial (basada en dogmas) al dominio único de la fe religiosa (dentro de los límites de la razón) es el acercamiento del reino de Dios*» (La religión dentro de los límites de la razón, 7). Como Kant, los grandes filósofos ilustrados han buscado un orden social nuevo, con fundamento en sus principios racionalistas y panteístas, una auto-redención inmanente y última que hará venir finalmente

la paz social al mundo. Todos estos conceptos han sido tomados del cristianismo y subsumidos en una visión inmanente, secularista y antiteísta.

Cualquier persona que imparcialmente estudie las obras de Spinoza, Rousseau, Kant y Hegel, no se extraña nada de que, en la historia de la humanidad, el siglo XX haya sido, en cierto sentido, la culminación de un proceso que, partiendo de la negación de la Iglesia, con Lutero, y siguiendo con la negación de Cristo y de un Dios trascendente, haya llegado a la negación misma del hombre. En estas “grandes síntesis” filosóficas se encuentra una explicación coherente de la negación del orden natural por parte de los regímenes democráticos actuales, y también una explicación al fenómeno de la pérdida masiva de la fe en el Occidente democrático actual.

Tomamos de las meditaciones que expuso el entonces cardenal Karol Wojtyła, en los Ejercicios Espirituales que dirigió al Papa Pablo VI en la Cuaresma del año 1976, esta significativa reflexión: *«He aquí un fragmento muy característico de la obra de (el filósofo) Feuerbach sobre la religión: “En lugar del amor de Dios debemos reconocer el amor del hombre como única religión auténtica; en lugar de la fe en Dios, dilatar la fe del hombre en sí mismo, en sus propias fuerzas, la fe de que el destino de la humanidad no depende de un ser que se encuentra sobre ella, sino que depende de sí misma; que el único demonio del hombre es el propio hombre: el hombre primitivo, supersticioso, egoísta, maligno; y al mismo tiempo que el único dios del hombre*

es el hombre mismo". *Podemos ahora preguntarnos si estamos ya en el tramo final de ese camino de la negación que se inició en torno al árbol de la ciencia del bien y del mal. Para nosotros, que conocemos toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ninguna etapa de este camino puede constituir una sorpresa. Aceptamos con temor, pero también con confianza, las palabras inspiradas del Apóstol: "que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición" ...»* (Karol Wojtyła, Signo de contradicción).

Los Papas del siglo contemporáneo han hablado con fuerza de esta inmensa tragedia del secularismo laicista. El Papa Pío XI, proclamó con coraje apostólico que, por el camino del "laicismo" o "secularismo", que separa la vida pública de la revelación cristiana y de la autoridad de la Iglesia, se llegaría *«a la total ruina de la paz doméstica, al relajamiento de la unión y de la estabilidad de la familia, y finalmente, a la destrucción de la humana sociedad»*.

La institución de la Fiesta de Cristo Rey

Frente a esta auto-divinización del hombre, los Papas nos han recordado que Cristo es el principio y fin de la Historia. Así, Pío XI, en la encíclica Quas Primas, tras explicitar los fundamentos de la realeza de Cristo

(no sólo en sentido metafórico, sino también en sentido propio y, por tanto, como hombre), pasa a explicar la conveniencia de que la Iglesia celebrase este glorioso título de Cristo en la liturgia, como el medio más práctico para instruir al pueblo en esta verdad. Dice así: *«Así, pues, con Nuestra Apostólica autoridad, instituímos la fiesta de N. S. Jesucristo Rey, que se ha de celebrar cada año en toda la tierra... Asimismo ordenamos que, en ese mismo día, se renueve cada año la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús (llevada a cabo por León XIII), que Nuestro predecesor Pío X de s. m. había ordenado que se repitiese todos los años»* (n.16).

«Y la misma solemnidad de la fiesta, anualmente renovada, advertirá a las naciones del deber que tienen los particulares, magistrados y gobernantes de venerar públicamente a Cristo y de obedecerle; y a estos sugerirá el recuerdo del último juicio, en el que Cristo, no sólo arrojado del Estado sino también mirado con desprecio, con indiferencia o ignorado, vengará rigurosísimamente tan grandes injurias, exigiendo, como exige su realeza, que el Estado entero se conforme con los divinos mandatos y principios cristianos, ya en la legislación, ya en los principios, ya también en la formación de los jóvenes espíritus, según la sana doctrina e integridad de costumbre» (Quas primas, n.20).

Y tres años después insistía: *«Mas, como en el siglo precedente y en el nuestro, por las maquinaciones de los impíos, se llegó a despreciar el imperio de Cristo nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones contrarias al derecho divino*

y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: "No queremos que reine sobre nosotros", por esta consagración (encíclica Annum Sacrum de León XIII sobre la Consagración del género humano al Sagrado Corazón), decíamos.: "Es necesario que Cristo reine. Venga su reino"» (encíclica Miserentissimus Redemptor).

El retorno al Corazón de Cristo, nuestra única esperanza

La Sabiduría divina, revelada con toda plenitud en el Verbo encarnado, nos dice verdades muy distintas de las que se afirman en la actualidad. San Pablo escribe de Cristo: *«Es necesario que Él reine»* (1 Cor 15). Este fue el fin de san Juan XXIII al convocar el Concilio Vaticano II: *«El Concilio, mientras agrupa las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza en hacer que los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la salvación, prepara y consolida el camino hacia la unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la ciudad celeste»* (Discurso de inauguración del Concilio Vaticano II).

Esa es la esperanza cierta del Vaticano II: *«La Iglesia, juntamente con los Profetas y el Apóstol, espera el día, sólo por Dios conocido, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz, y le servirán como un solo hombre»* (Nostra aetate, 4). Esperanza también manifestada por Pío XI: *«Cuando eso hicimos, la proclamación de la Solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey,*

no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, mas también presentimos el júbilo de aquel faustísimo día en que el mundo entero espontáneamente y de buen grado aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey» (Miserentissimus Redemptor).

Ante los males que hoy en día nos afligen, nuestro Salvador Jesucristo, viendo cómo sus hijos se hallan perdidos en busca de esa felicidad que solo podemos encontrar en Él, nos ha vuelto a recordar, a través de santa Margarita, el profundo amor que nos tiene mostrándonos su Corazón lleno de Amor y Misericordia. De esta manera, este Corazón se nos muestra como *“una segunda redención amorosa”*, en la que Cristo ha querido centrar todas nuestras esperanzas. Así lo expresa León XIII: *«Cuando la Iglesia estaba oprimida con el yugo de los Césares en sus tiempos primitivos, fue manifestada una Cruz en lo alto al joven emperador, que fue, por cierto, auspicio y causa de la gloriosísima victoria que después obtuvo. He aquí otra señal que hoy se ofrece a nuestros ojos, excelsa y divinísima: El Sacratísimo Corazón de Jesús, con la Cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En Él se han de colocar las esperanzas, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres» (Annum Sacrum, n.11).*

Es en el Corazón de Cristo Rey donde el hombre actual debe poner todas sus esperanzas; es este reinado el que debemos pedir insistentemente: *“venga a nosotros tu reino”*.

Misterio reservado para los últimos tiempos

Aunque lo esencial del culto al Corazón de Cristo ha estado siempre presente en el núcleo mismo de la fe, por divina providencia este se ha ido explicitando en los últimos siglos. Las primeras revelaciones se dieron en un contexto monástico, con santa Gertrudis y santa Matilde en el monasterio de Helfta, en el siglo XIII. Sin embargo, su desarrollo pleno se alcanzará con Santa Margarita en el S. XVII.

Hay un fragmento del libro de las revelaciones de santa Gertrudis que es muy revelador. En una visión que la santa tuvo del Apóstol san Juan, ella le preguntó por qué, habiendo reposado su cabeza en el pecho de Jesús durante la última cena, no había escrito nada para nuestra instrucción, sobre las profundidades y misterios del Sagrado Corazón de Jesús. San Juan le respondió: *«Mi ministerio, en ese tiempo en que la Iglesia se formaba, consistía en hablar únicamente sobre la Palabra del Verbo Encarnado... pero en los últimos tiempos, se les está reservada la gracia de oír la voz elocuente del Corazón de Jesús. A esta voz, el mundo, debilitado en el amor de Dios, se renovará, se levantará de su letargo y una vez más, será inflamado en la llama del amor divino».*

Y todo este plan de Redención amorosa es llevado a cabo por este Corazón, que es el Corazón de nuestro Rey, el Corazón que un día vendrá “vestido de gloria” para reinar, y su reino no tendrá fin. Así lo

expresa el Catecismo: «*El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" con el advenimiento del Rey a la tierra... los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía, que se apresure el retorno de Cristo cuando suplican: "Ven, Señor Jesús"»* (CIC, n.671).

Y como respuesta a esta manifestación del Amor del Corazón de Cristo, aparecen, según las enseñanzas de la Iglesia, **dos elementos esenciales de esta devoción: la Consagración y la Reparación, tanto privada como pública.** La Consagración a su Corazón supone el anhelo de que reine su amor en nuestros corazones y se extienda a toda la sociedad, estableciéndose la «*civilización del amor*» que Juan Pablo II identificó con el «*reinado social del Corazón de Cristo*». La Reparación a su Corazón nace de la intimidad personal, del trato de corazón a Corazón, con el deseo de consolar al Señor tan ultrajado por nuestros pecados y los de todos los hombres, y lleva a suplicar a su Corazón misericordia para todos.

Estos dos elementos se alimentan **del abandono confiado que es la actitud propia del devoto del Corazón de Jesús.** «*La confianza y sólo la confianza conduce al amor*» insistía la doctora de la Iglesia santa Teresita del Niño Jesús, animando a la entrega al Amor Misericordioso para dejarnos inundar por su amor infinito.

Fátima, la confirmación del triunfo del Corazón de Jesús a través del Corazón Inmaculado de María

Por último, no podemos olvidar la misión corredentora de la Virgen María dentro del plan de salvación previsto por Dios. De manera admirable se ve el paralelismo entre la promesa que el Corazón de Jesús anunció a Santa Margarita: *“Reinaré a pesar de mis enemigos”* y aquella que la Santísima Virgen dijo en Fátima. *“Al final mi Inmaculado Corazón triunfará”*.

Ya a finales del siglo XVII había anunciado San Luis María Grignon de Monfort: *«¡Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ! ¡Para que venga a nosotros tu reino, venga el reino de María!»*. *«Por la Santísima Virgen Jesucristo ha venido al mundo, y también por Ella debe reinar en él»*.

Estas palabras han sido confirmadas por la Virgen en las apariciones de Fátima en las que prometió que *“Al final mi Inmaculado Corazón triunfará”*. Triunfo, que no es otra cosa sino el triunfo del mismo Cristo, ya que, tal y como la misma Virgen se lo rebeló a Lucía en 1928: *«Quiero que se vea claro que este triunfo es del Inmaculado Corazón de María, y así se extienda el culto y la devoción al Inmaculado Corazón junto a la devoción a Mi Sagrado Corazón»*.

2

HISTORIA DE LA DEVOCIÓN
AL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS

Tal y como queda reflejado en la encíclica *Haurietis Aquas*, el culto al Amor de Dios, que es lo que en última instancia se refleja en esta devoción, se encuentra tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y es recogido a lo largo de la Tradición de la Iglesia. Sin embargo, es a partir de las revelaciones que el Corazón de Jesús hizo a santa Margarita María de Alacoque, cuando se divulgó a todo la Iglesia a través del Magisterio de los Papas al modo en el que el Señor se lo pidió a la santa visitandina.

Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690) mensaje del amor del Corazón de Jesús

Primeros años de la santa

Nacida en Francia en 1647, ingresa en el convento de la Visitación de Paray-le-Monial a la edad de 24 años. Ávida de oración, en cuanto entra en el noviciado pide a la madre maestra que le enseñe el modo de orar, y esta le responde: «*Vaya a ponerse delante de Nuestro Señor, como un lienzo delante del pintor*». Y es así como el mismo Jesucristo se le aparece en multitud de ocasiones mostrándole su Corazón.

Las cuatro principales revelaciones de Paray-le-Monial (1673 -1675)

El día de san Juan, el 27 de diciembre de 1673, estando santa Margarita en el coro adorando al Santísimo expuesto, recibe **la primera revelación del Corazón de Jesús**. Nos cuenta la santa que apareciéndosele Jesús le dijo: «*Mi Divino Corazón, está tan apasionado de Amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo*

contener en Él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de ti y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía».

Al año siguiente santa Margarita recibe la **segunda revelación**: *«El divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más brillante que el sol, y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeado de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados, y una Cruz en la parte superior, la cual significaba que, desde los primeros instantes de su Encarnación, es decir, desde que se formó el Sagrado Corazón, quedó plantada en Él la Cruz, quedando lleno, desde el primer momento, de todas las amarguras que debían producirle las humillaciones, la pobreza, el dolor, y el menosprecio que su Sagrada Humanidad iba a sufrir durante todo el curso de su vida y en Su Santa Pasión».* Y sigue contando la santa: **«Me hizo ver que el ardiente deseo que tenía de ser amado por los hombres y apartarlos del camino de la perdición, en el que los precipita Satanás en gran número, le había hecho formar el designio de manifestar su Corazón a los hombres, con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracias, de santificación, y de salvación que contiene, a fin de que cuantos quieran rendirle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que puedan, queden enriquecidos abundante y profusamente con los divinos tesoros del Corazón de Dios».**

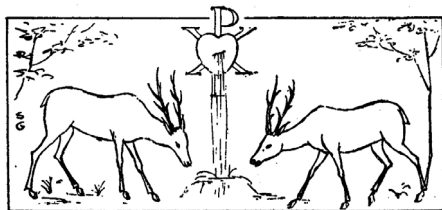
Con esto, el pensamiento de Cristo se va precisando: la devoción al Sagrado Corazón, que quiere Él infundir a todos, es como el último esfuerzo de su amor para abrasar al frío mundo. Y en el mismo año 1674 recibe santa Margarita la **tercera gran revelación**: *«Una vez, estando expuesto el Santísimo Sacramento, se presentó Jesucristo resplandeciente de gloria... y me descubrió su amabilísimo y amante Corazón, que era el vivo manantial de las llamas. Entonces fue cuando me descubrió las inexplicables maravillas de su puro amor con que había amado hasta el exceso a los hombres, recibiendo solamente de ellos ingratitudes y desprecios». «Eso, le dice Jesús a santa Margarita, fue lo que más me dolió de todo cuanto sufrí en mi Pasión, mientras que, si me correspondiesen con algo de amor, tendría por poco todo lo que hice por ellos y, de poder ser, aún habría querido hacer más. Mas sólo frialdades y desaires tienen para todo mi afán en procurarles el bien. Al menos dame tú el gusto de suplir su ingratitude de todo cuanto te sea dado conforme a tus posibilidades».*

En la infraoctava del Corpus de 1675, recibe la santa la **“Gran Revelación”**, con la petición de la fiesta, en la que Cristo con todo su amor le descubre su Corazón humano diciéndole: *«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha ahorrado nada hasta el extremo de agotarse y consumirse para testimoniarles su amor. Y, en compensación, sólo recibe, de la mayoría de ellos, ingratitudes por medio de sus irreverencias y sacrilegios, así como por las frialdades y menosprecios que tienen para conmigo en este Sacramento de Amor*

(Eucaristía). Pero lo que más me duele es que se porten así los corazones que se me han consagrado. Por eso te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta especial para honrar a mi Corazón, y que se comulgue dicho día para pedirle perdón y reparar los ultrajes por él recibidos durante el tiempo que ha permanecido expuesto en los altares. También te prometo que mi Corazón se dilatará para esparcir en abundancia las influencias de su divino amor sobre quienes le hagan ese honor y procuren que se le tribute».

A partir de estas revelaciones el culto al Sagrado Corazón de Jesús se fue difundiendo no sin grandes dificultades. Pero dado que era el Señor quien lo quería, finalmente la devoción riunfó como ninguna otra, hasta ser reconocida y asumida por la Iglesia como lo más nuclear de la religión cristiana.

Hay que destacar las promesas que el Corazón de Jesús le hizo para sus devotos, en especial la Gran Promesa a los que comulguen los nueve primeros viernes de mes seguidos en honor de su Corazón (véase las *Promesas del Sagrado Corazón de Jesús a los que vivan su devoción*, pp. 154).



Otros apóstoles de la devoción al Corazón de Jesús

Numerosos son los fieles que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia en los últimos tiempos para propagar la devoción al Corazón de Jesús. Veamos alguno de ellos de forma resumida.

San Claudio de la Colombière (1641-1682)

Director espiritual de santa Margarita en el periodo de las grandes revelaciones, fue enviado por el mismo Corazón de Cristo a santa Margarita como *«Mi siervo fiel y perfecto amigo... que te enseñará a abandonarte en Mí»*, y para persuadir a los incrédulos de que en aquellas revelaciones era el mismo Cristo quien deseaba fuera difundida dicha devoción. Desde su incapacidad para llevar a cabo tamaña empresa, y muchas veces dificultado por los impedimentos de sus superiores, fue un fervoroso apóstol del Corazón de Jesús, invitando a sus fieles a poner todas sus esperanzas en Él: *«Es a este Corazón afligido al que quiero dar toda mi ternura y ocuparme en mitigar sus dolores y heridas. Sobre todo, quiero llorar con él tantos sufrimientos que serán inútiles, la desgracia de tantas almas rescatadas a tan alto precio y que se perderán para siempre»*.

Hombre de excelentes virtudes, tuvo que sufrir la cruz de las humillaciones anunciada por el Corazón de Jesús para todos aquellos que fueran fieles apóstoles de su devoción. En sus escritos destaca el abandono y confianza en Dios.

Agustín de Cardaveraz (1703-1770)

A España la devoción al Corazón de Jesús llegó de la mano de este jesuita nacido en Hernani (Guipúzcoa), en 1703. Conoce la devoción en sus años de formación en Valladolid y, una vez destinado a su tierra natal, la difundirá con fervor en las misiones populares que llevó a cabo por Guipúzcoa y Vizcaya. Él mismo fue agraciado con revelaciones del Sagrado Corazón de la que da cuenta: *«abría su divino pecho y llaga del costado, hasta descubrirse claramente su divino Corazón, volcán de amor infinito y relicario riquísimo de la Trinidad beatísima... Abierto aquel sagrario de la divinidad, Jesús me dijo: “Hijo, entra en este mi divino Corazón, y descansarás en él a tu gusto”... estuve así perdido y hundido por un rato, y perdí luego de vista a mi Jesús al entrar en su Corazón; porque me pasó de su humanidad a la divinidad... me sumergí y perdí en el golfo inmenso de la divinidad, como cuando un pececillo se zambulle en el océano, sin poder hallar fondo ni término. Vi en aquellas divinas tinieblas e inmersión de la divinidad altísimos secretos».*

Beato Bernardo Francisco de Hoyos (1711-1735)

Nacido en Torrelobatón (Valladolid), estudia con los jesuitas entrando después en la orden. En 1733, cuando Bernardo tenía 21 años y era estudiante de Teología, recibió una carta de su amigo Agustín de Cardaveraz, ya destinado como sacerdote en Bilbao pidiéndolo que extractara algunas notas de un libro que había leído sobre el culto al Sagrado Corazón del P. José de Gallifet (discípulo de san Claudio de la Colombière). Nos relata el mismo Bernardo lo que le sucedió: *«Yo que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor sacramentado a ofrecerme a su Corazón para cooperar cuanto pudiese a lo menos con oraciones a la extensión de su culto. No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente al Señor en la Hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quería por mi medio extender el culto de su Corazón...Yo, envuelto en confusión renové el ofrecimiento del día antes, aunque quedé algo turbado, viendo la desproporción del instrumento y no ver medio para ello».*

Al igual que a santa Margarita, también se le revela el carácter universal de la devoción, junto con las dificultades que traería la propagación de la misma: *«El Domingo pasado inmediato a la fiesta de nuestro san*

Miguel, después de comulgar, sentí a mi lado a este Santo Arcángel que me dijo cómo en el extender el culto del Corazón de Jesús por toda España, y más universalmente por toda la Iglesia, aunque llegará día en que suceda, ha de tener gravísimas dificultades, pero que se vencerán, que él, como príncipe de la Iglesia, asistirá a esta empresa; que en lo que el Señor quiere se extienda por nuestro medio, también ocurrirán dificultades, pero que experimentaremos su asistencia».

Unos días después se le vuelve a aparecer el Corazón de Jesús quien le revela: **«Reinaré en España y con más veneración que en otras muchas partes»**. A pesar de su corta edad, tras recibir el mensaje de la misión que le ha sido encomendada, desgasta toda su vida en la difusión de la devoción en España al Corazón de Jesús, muriendo a la edad de 24 años.

Con el P. Hoyos y sus colaboradores comienza la extensión de la devoción al Sagrado Corazón en España. Su rápida difusión hace que prácticamente en poco tiempo no haya parroquia ni lugar de culto donde no se venere su imagen. También se erigen monumentos públicos en numerosos lugares pidiendo su Reinado.



Enrique Ramière (1821-1884)

Definitivo fundador del Apostolado de la Oración y de la revista *“El Mensajero del Corazón de Jesús”*, tuvo la misión de unir la devoción al Corazón de Jesús con la idea de Cristo Rey, tal y como la propuso más tarde Pío XI en la encíclica *Quas Primas*.

Pío XII dijo del Apostolado de la Oración: *«Con toda justicia se puede decir que el Apostolado de la Oración es una forma perfecta de devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, y que, a su vez, la devoción al Corazón divino de Jesús no se puede, en modo alguno, separar del Apostolado de la Oración»*, además de recomendarlo vivamente en la encíclica *Mystici Corporis* (1943).

Por su parte Benedicto XV, en la Carta Apostólica *Maximum Illud* (1919), decía: *«Recomendamos vivamente el Apostolado de la Oración a todos los fieles sin excepción, deseando que ninguno deje de formar parte de él»*. Y Pío XI: *«Este Apostolado es fácil, y, entre todos los apostolados, es el único verdaderamente posible a todos y, por consiguiente, obligatorio, de tal manera que todos los cristianos deberían pertenecer al Apostolado de la Oración; y vuestro oficio, directores, no estará acabado mientras exista una sola alma que conquistar para el Apostolado de la Oración»*.

A su vez Juan Pablo II recordaba que *«el Apostolado de la Oración... se une de tal modo a las otras Asociaciones piadosas que las impregna, como si*

fuera aire puro y sano con el que la vida sobrenatural y la actividad apostólica se renuevan y se refuerzan siempre y en todas partes» (13 de abril de 1985).

A través de las numerosas actividades que lleva a cabo el padre Ramière, uno sólo es su fin: el reinado de Jesucristo a través de la devoción a su Sagrado Corazón. «*O Jesucristo o la Barbarie*» dirá el Padre Ramière, y extendiendo esta idea en su obra “La Soberanía Social de Jesucristo” escribe: «*Es un dogma de fe que Jesucristo posee una autoridad soberana sobre las sociedades civiles, lo mismo que sobre los individuos de que se componen; y por consiguiente, las sociedades, en su existencia y en su acción colectiva, lo mismo que los individuos, en su conducta privada, están obligados a someterse a Jesucristo y observar sus leyes*».

Como consultor en el Concilio Vaticano I, lleva a cabo un intenso apostolado entre los obispos para obtener del Papa la consagración del mundo al Corazón de Jesús. La consecuencia directa de todo ello será la consagración de la Iglesia al Corazón de Jesús, realizada en 1875 por el beato Pío IX (y escrita por el mismo padre Ramière a petición del Papa), y la consagración del mundo al Corazón de Jesús, llevada a cabo por León XIII (1899).

En la introducción de su obra “El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano”, nos ha dejado escritas estas preciosas palabras sobre esta devoción: «*La función propia del corazón es conservar la vida. Por eso, no hay duda que nuestro Salvador, exhortándonos a honrarle bajo el emblema de su Divino Corazón, quiso*

hacernos entender que Él es el principio de nuestra vida sobrenatural. Este es el verdadero sentido de la devoción al Sagrado Corazón. Por eso se deriva esta devoción de la esencia misma de la religión cristiana».

Un eminente continuador de la obra del P. Ramière ha sido el también jesuita **P. Ramón Orlandis Despuig** (1873-1958) que a partir de 1921 consagró su actividad apostólica en el Apostolado de la Oración de Barcelona, en el que crearía una sección, *Schola Cordis Iesu*, que se integró en un centro del Apostolado de la Oración de Barcelona en 1940, siendo actualmente una Asociación Privada de Fieles de ámbito nacional.

Su magisterio espiritual y doctrinal, basado en el mensaje de Paray-le-Monial, tenía como fin la formación de *«aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús»*, tal y como viene recogido en el escrito fundacional *“Pensamientos y Ocurrencias”*. Junto a ello, compartía la esperanza, recibida del P. Ramière, de que esta devoción era el instrumento querido por Dios para el establecimiento de su reinado.

La labor del P. Orlandis fue continuada por su discípulo el **Dr. Francisco Canals Vidal (1922-2009)**, quien fue un fiel transmisor de su espíritu, especialmente a través de amplio magisterio parte del cual ha sido recogido en la revista *“Cristiandad”*.

Beata María del Divino Corazón
(sor María Droste zu Vischering)
 (1863-1899)

Ha recibido el sobrenombre de “Emisaria de Cristo Rey”, al ser instrumento del Corazón de Jesús para la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús, realizada por el Papa León XIII, el 11 de junio de 1899.

Nacida en Munster (Alemania) en el seno de una familia noble, de gran tradición católica y devota del Sagrado Corazón. Ya desde pequeña tiene deseos de consagrarse enteramente al Señor. Su débil estado de salud hace retrasar su deseo de entrar como religiosa hasta 1888, año en que ingresa en la Congregación de Ntra. Sra. de la Caridad del Buen Pastor, fundada por san Juan de Eudes (1601-1680), promotor del amor a los Corazones de Jesús y de María. Destinada a Portugal, acaba sus años postrada en cama y consagrada enteramente al Corazón de Jesús, de quien se convierte en su mensajera.

Extractamos a continuación algunos párrafos de la carta enviada al Papa León XIII para que consagrara el mundo al Corazón de Jesús: *«La víspera de la Inmaculada Concepción me hizo Nuestro Señor entender que por el incremento que ha de tomar el culto de su divino Corazón haría él brillar una luz nueva sobre todo el mundo y traspasaron mi corazón aquellas palabras de la tercera misa de Navidad: “porque hoy desciende una gran luz*

sobre la tierra", parecíame ver interiormente esta luz, el Sagrado Corazón de Jesús, sol divino que hacía descender sus rayos sobre la tierra, primero tenuemente, después con mayor intensidad y por último a modo de torrentes que inundaban de luz a todo el mundo. Y dijo: «El brillo de esta luz iluminará todos los pueblos y naciones y su ardor los calentará». Reconocí su deseo abrasado de ver su Corazón adorable más y más glorificado, y conocido, y de derramar sus dones y bendiciones sobre todo el mundo... su deseo de reinar y ser amado, y glorificado, y abrasar con su amor todos los corazones. Y como su misericordia es tan ardiente, quiere que Vuestra Santidad le ofrezca los corazones de todos aquellos que por el santo bautismo le pertenecen para facilitarles la vuelta a la verdadera Iglesia, y los corazones de aquellos que no han recibido aún por el bautismo la vida espiritual, mas por los cuales dio Él su vida y su sangre, y que están llamados igualmente a ser un día hijos de la Iglesia para apresurar de ese modo su nacimiento espiritual».

Santa Teresita del Niño Jesús (1873-1897)

Nació en Alençon (Francia) el año 1873. Siendo aún muy joven, ingresó en el monasterio de carmelitas de Lisieux, practicando sobre todo la humildad, la sencillez evangélica y la confianza en Dios, virtudes que se esforzó en inculcar, de palabra y de obra, en las novicias que tuvo a su cargo.

Con su anuncio del amor misericordioso de Dios y de su llamamiento a las “almas pequeñas” a gozar de su pequeñez en la omnipotencia de amor paterno de Dios, tuvo la misión de llevar a plenitud en el siglo XX el designio del Corazón de Jesús revelado a santa Margarita y admirablemente difundido por el P. Enrique Ramière y el Apostolado de la Oración. El Señor dio a santa Teresita del Niño Jesús el don inestimable de hacernos sentir a los cristianos nuestra humillación como esperanzadora gracia, y designio consolador y paternal de la Providencia divina. De esta santa, a la que el papa Pío XI llamó «*la estrella de mi pontificado*», y de la que dijo san Pío X que era «*la mayor santa de los tiempos modernos*», y que Juan Pablo II ha declarado Doctora de la Iglesia, se puede decir que es el apóstol de la devoción al Corazón de Jesús que nos exhorta al gozo, a la alegre esperanza en nuestra pequeñez, como camino y lugar en el que podemos sentir, en la forma más plena e íntima, la bondad salvífica y el amor misericordioso de Dios.

«Yo siempre he querido convertirme en santa, por desgracia, cuando me comparo con los santos, siempre encuentro la misma diferencia entre ellos y yo como la que existe entre una montaña cuya cúspide está perdida entre las nubes y un humilde grano de arena bajo las pisadas de los transeúntes. En lugar de descorazonarme, me digo a mí misma que Dios no me permitiría desear algo imposible, por lo que, a pesar de mi pequeñez, puedo apuntar a ser una santa. Es imposible para mí crecer más, por lo que yo me acepto como soy, con todas

mis innumerables faltas. Pero buscaré los medios de ir al cielo, por un camino que sea muy corto y muy directo, un caminito que sea bastante nuevo. Vivimos en una era de invenciones. Ya no necesitamos subir trabajosamente las escaleras; en las casas de la gente bien hay ascensores. Y estoy determinada a encontrar un ascensor que me lleve a Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la empinada escalera de la perfección. Así que he buscado en las Santas Escrituras alguna idea de lo que yo quisiera que fuera esta vía y leí estas palabras: "Quienquiera que sea pequeño, venga hacia mí". Tus brazos, Jesús, son el ascensor que me llevará al cielo. Y no hay necesidad de que yo crezca: debo quedarme pequeña y debo hacerme cada vez más pequeña».

Es así como santa Teresita nos indica qué es el abandono confiado en el Corazón de Jesús ("el camino de la infancia espiritual"), el camino más recto que Dios ha marcado para llegar a su Corazón y descansar en Él: «No creas que estoy nadando entre consuelos. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): ¡La ciencia del amor! No deseo otra ciencia... Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono... Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del

niñito que se duerme sin miedo en brazos de su padre... “El que sea pequeñito, que venga a mí”, dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que “a los pequeños se les compadece y perdona”. Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día “el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho”. Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: “Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré”. Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud».

Junto al anhelo del abandono confiado el Señor le dio a santa Teresita la clave de su vocación, que no es otra sino la recepción del amor que brota del Corazón de Jesús y junto a Él, en el corazón de la Iglesia, expandirlo a la humanidad entera: *“En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor”.*

“La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que, si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los

miembros de la Iglesia; que, si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...!

Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!"
(Historia de un alma, capítulo 9).

San Manuel González (1877-1940)

Nacido en Sevilla, es conocido como el **Obispo de los Sagrarios Abandonados**. Sacerdote católico, obispo de Málaga y Palencia, gran amante del Corazón de Jesús, fundador de numerosas instituciones eucarísticas fue canonizado por el Papa Francisco el 16 de octubre de 2016.

«¡Cómo quisiera yo en cuanto digo y hago, ser grito y luz y fuerza que levanten y empujen, para que vean y sepan y saboreen a Jesús los que no le conocen, o lo conocen mal o a medias...!

¡Conocer al Corazón de Jesús!... Entrar en su Corazón, es decir, introducirse en ese divino Laboratorio en que se han forjado la Eucaristía y la Iglesia; sumergirse en el Manantial del que brotan las lágrimas resucitadoras que abren los de sepulcros y ablandan corazones de piedra y los raudales de Sangre que lavan los pecados, redime a los mundos y divinizan a los hombres; asomarse al Horno, y más, al Volcán donde ha salido y sale el fuego de amor que ha impedido e impedirá que el mundo se muera de frío de egoísmo y que ha conseguido y seguirá consiguiendo que los hombres amen a su Dios como a su Padre y se amen unos a otros como hermanos, y hasta que den la vida por su Padre Dios y por sus hermanos los hombres, que los enemigos se perdonen y se abracen y que los huérfanos tengan Padres y valederos...

¡Si nos diéramos bien cuenta de lo que es el Corazón de Jesús y de lo que en Él tenemos! ¿Cómo? ¿En dónde encontrar ese guía? ¡En el Evangelio y en la Eucaristía!».

Santa Faustina Kowalska (1905-1938)

Sor Faustina nació en Polonia en 1905, en una pobre y numerosa familia campesina, en la cual se le inculcó fuertemente el amor a Dios. En 1925 ingresó en el Convento de las Hermanas de la Madre de Dios de la Misericordia. Dotada de una vida interior llena de profundas revelaciones divinas y extraordinarias experiencias espirituales, la escogió el Señor Jesús como "Apóstol" de su Divina Misericordia. A través de

ella quiso Jesús recordar al mundo la eterna verdad del amor misericordioso de Dios al hombre, recordándole la devoción al Sagrado Corazón de Jesús bajo la advocación de la Divina Misericordia, e inspirando el espíritu cristiano de la confianza y la misericordia.

En una de las apariciones Cristo le ordenó: *«Pinta una imagen según la visión que de Mí tienes, con la inscripción: ¡JESÚS, EN TI CONFÍO! Los rayos del cuadro representan la Sangre y el Agua que brotaron del fondo de Mi Misericordia, cuando Mi Corazón, agonizante, fue abierto por la lanza en la Cruz. Los rayos pálidos simbolizan el Agua, que purifica el alma, y los rayos rojos representan la Sangre, que es la vida del alma. Estos rayos protegen al alma de la ira de Mi Padre. Feliz el que viva bajo su sombra, porque la mano de la justicia de Dios nunca le alcanzará».*

El Salvador pide que los hombres recurran a Su Misericordia y la invoquen antes que les alcance la justicia. *«Escribe, dice el Señor a la santa, antes de que yo venga como Justo Juez, abro de par en par las puertas de Mi Misericordia, pero el que no quiera entrar por las puertas de Mi Misericordia tendrá que pasar por las puertas de Mi Justicia».* Muchas veces, durante sus apariciones el Señor dio a conocer a sor María Faustina los enormes pecados de la Humanidad. Asustada, le preguntaba al Señor cómo podía tolerar tan terribles ofensas. El Señor le contestó: *«Para castigar, tengo Yo la eternidad; ahora Yo prolongo a los hombres el tiempo de Mi Misericordia; pero ¡ay de ellos si no conocen esta gracia!... Tú, mediatrix de Mi Misericordia, tienes la obligación, no solamente de*

escribirla y predicarla, sino que debes también implorar esta gracia para los hombres, para que glorifiquen Mi Misericordia».

Fruto de todo ello fue el establecimiento de la fiesta de la Divina Misericordia por Juan Pablo II (2002).

He aquí algunas de las promesas que el Señor Jesús nos hizo por medio de santa Faustina:

- «Yo prometo al alma que venere esta Imagen de la Misericordia que no perecerá. Yo le prometo ya aquí, en la tierra, la victoria sobre sus enemigos, especialmente en la hora de la muerte. Yo, el Señor, la protegeré como a Mi propia Gloria. Yo doy a la Humanidad un vaso, con el cual deben venir a la Fuente de Mi Misericordia a buscar gracias... Ese vaso es este cuadro, con la inscripción: ¡Jesús, en Ti confío! Yo deseo que el primer domingo después de Pascua Florida se celebre la fiesta de la Misericordia. Cualquiera que se acerque en este día a la fuente de la vida obtendrá remisión completa de culpa y pena».

- «La Humanidad no obtendrá la Paz hasta que venga con confianza a Mi Misericordia».

- «Di a la Humanidad sufriente que venga a Mi Misericordioso Corazón, y le daré la Paz. Vengo ahora como Rey de la misericordia, antes de venir como Justo Juez, para que no haya ninguno que pueda excusarse en el día del juicio, que poco a poco se va acercando».

- «A las almas que propaguen Mi Misericordia, Yo las protegeré por toda su vida como una madre a su hijo, y en la hora de la muerte, para ellos no seré Juez, sino Redentor. En esta última hora, el alma no tiene otra protección que

Mi Misericordia. ¡Feliz aquella alma que durante su vida estuvo hundida en Mi Misericordia, pues la justicia no le alcanzará!».

- *«Yo preservaré a las ciudades y casas en las cuales se encontrase esta Imagen».*

- *«Yo también protegeré a aquellas personas que veneren esta Imagen y tuvieran confianza en Mi Misericordia».*

Mateo Crawley (1875 – 1960)

Apóstol de la Entronización del Sagrado Corazón, nació en Sachaca, Perú, el 18 de noviembre de 1875. Fue su padre el caballero inglés Carlos Octavio Crawley-Boevey y su madre la arequipeña María Murga. A los 9 años emigraron a Valparaíso (Chile) y allí estudió con los religiosos de los Sagrados Corazones, en cuyo instituto ingresó posteriormente en 1891 y se ordenó de sacerdote en 1898.

El 24 de agosto de 1907 llega al santuario de Paray-le-Monial. Allí se recuperó de su quebrantada salud y vio claramente cuál sería la vocación para el resto de su vida: conquistar todo el mundo para el amor del Corazón de Jesús, casa por casa, familia por familia, entronizándolo en todos los hogares. Cuando expuso el plan al papa San Pío X, le complació tanto que le dijo: *«No sólo te permito, sino que te mando, hijo mío, dar tu vida por esta obra de salvación social».*

Su congregación lo destina a Europa para difundir el mensaje misericordioso del Corazón de Jesús: Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Portugal y España se benefician de su encendida predicación. En España promovió el gigantesco monumento en el Cerro de los Ángeles para consagrar la nación al Corazón de Jesús.

Pío XI le concedió cinco audiencias y le envió otra carta autógrafa, como lo hiciera antes su predecesor Benedicto XV.

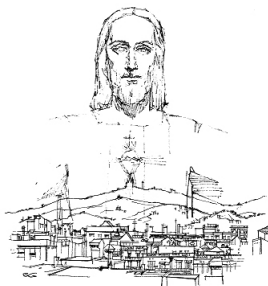
El apóstol mundial del Sagrado Corazón de Jesús, según la denominación de Pío XI, murió en Valparaíso el 4 de mayo de 1960 a los 84 años de edad. Al enterarse de su muerte el ahora San Juan XXIII, envió, por medio del Cardenal Secretario de Estado, al Superior General de la Congregación de los Sagrados Corazones el siguiente mensaje: *«El Santo Padre está totalmente familiarizado con la misión que este infatigable apóstol llevó a cabo durante toda su vida: la difusión del culto del Sagrado Corazón. Por esto es consolador el pensar que la triste pérdida que ha sufrido la Congregación de los Sagrados Corazones. Corazones se compensa con la presencia en el cielo -como podemos creer- de un nuevo y poderoso protector».*

Santuarios dedicados al Corazón de Jesús

Entre los cientos de monumentos públicos e iglesias dedicados al Corazón de Jesús resaltamos los siguientes por su especial relevancia.

Santuario de la Gran Promesa

Situado en Valladolid fue consagrado como Templo Expiatorio con el nombre de Santuario Nacional de la Gran Promesa en 1941 por el Papa Pío XII. En 1964 el beato Pablo VI emitió en Roma la bula por la que el Templo quedaba erigido en Basílica Menor. El antiguo Colegio de San Ambrosio donde el **beato Bernardo de Hoyos** recibió la Gran Promesa del Reinado del Sagrado Corazón, acoge el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús.



Cerro de los Ángeles

Situado en el centro geográfico de la península es el lugar donde en 1919 se hizo la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús por Alfonso XIII ante el monumento allí erigido.

En junio de 1923 el Corazón de Jesús escoge a **Santa Maravillas de Jesús**, Carmelita Descalza, para fundar un convento en el Cerro de los Ángeles, con el fin de rezar en su soledad y pedir por la salvación de las almas. Así lo describe la santa carmelita: *“Quiero que tú y esas otras almas escogidas de mi Corazón, me hagáis una casa en que tenga mis delicias. Mi Corazón necesita ser consolado y este Carmelo quiero que sea el bálsamo que cure las heridas que me abren los pecadores... España se salvará por la oración”*.

Este proyecto, culminado en la Festividad de Cristo Rey de 1926, fue sacrílegamente profanado y destruido en 1936, siendo reconstruido en 1965. En el año 2019 volvió a ser el lugar elegido para consagrar España al Corazón de Jesús.

Templo Expiatorio del Tibidabo

Situado en Barcelona tiene su origen en una comunicación profética que tuvo **san Juan Bosco** durante su visita a esa ciudad en 1886. En 1911 en el

XXII Congreso Eucarístico Internacional de Madrid fue proclamado Templo Nacional Expiatorio del Sagrado Corazón. El templo se construyó entre 1915 y 1951, siendo bendecido por el obispo Modrego en el XXXV Congreso Eucarístico celebrado en Barcelona en 1952. Más tarde se hicieron las torres, finalizando oficialmente las obras en el año 1961 en que fue inaugurado y promovido a Basílica Menor por san Juan XXIII que dijo: *“El Templo Expiatorio en Barcelona, como el Cerro de los Ángeles en Madrid y el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, son jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español expresando sus sentimientos de amor y reparación para con el Corazón de Jesús”*. Actualmente es sede de la Adoración Perpetua en Barcelona.



Santa Teresita del Niño Jesús (1873-1897)

3

MAGISTERIO DE LA IGLESIA
SOBRE LA DEVOCIÓN
AL SAGRADO CORAZÓN

A pesar de las dificultades iniciales que encontró la “nueva” devoción, pronto caló en los corazones del pueblo cristiano. De esta manera, al igual que en los primeros siglos del cristianismo la fuerza del mensaje del evangelio por el que los mártires vertían su sangre, acabó arrancando su ceguera a los paganos llevándoles a la luz de la verdad de Cristo, así también, a finales del siglo XVII el mismo Cristo quiso mostrarnos su Corazón para que, cual “nuevo lábaro” para los últimos tiempos, todos los hombres, maravillándose del amor infinito que Dios tiene a los hombres, vuelvan a la casa del Padre en donde encontraremos la anhelada felicidad para la que hemos sido creados.

Atraídos por este Corazón humano y divino, comenzó, no sin numerosas dificultades, la petición de misas en honor al Corazón de Jesús, erección de cofradías y consagraciones, hasta que finalmente, en 1765, el Papa Clemente XIII concedió a Polonia, y a la Archicofradía Romana del Sagrado Corazón, el permiso para celebrar la fiesta.

De ahí en adelante la Iglesia asumió como mensaje propio la devoción al Corazón de Jesús, proponiéndola como modelo de vida a los fieles. Así lo explica el P. Jesús Solano, S.J.: *«En la historia de la Iglesia quizás no exista otro caso de comunicaciones divinas carismáticas que haya sido más expresa, reiterada y solemnemente aprobado por la Santa Sede que el de santa Margarita María en relación con el culto al Corazón de Cristo».*

Efectivamente, el culto y devoción al Sagrado Corazón, extendidos a partir de santa Margarita, ha producido inmensos bienes en la Iglesia, potenciando a un mismo tiempo la unión íntima de los fieles con el Señor y el esfuerzo por instaurar su reino en todas partes. A este doble fin sirven de manera singular las consagraciones individuales y colectivas al Corazón de Jesús y los actos de reparación, todos ellos indicados especialmente por la santa. Las revelaciones que hace el Corazón de Jesús a santa Margarita, expresan a un tiempo: que Él es el remedio (*«el último remedio»*) a los males que padece la humanidad, y que de su Corazón ha de venir la misericordia cuando los hombres, individual y colectivamente, le invoquen arrepentidos. De tal manera que mediante la devoción al Corazón de Jesús, Cristo reinará a pesar de sus enemigos.

Todo ello ha sido recogido en numerosos documentos pontificios, mediante los cuales, los Papas han propuesto a todos los fieles el culto al Sagrado Corazón de Jesús, como remedio eficacísimo contra el mal que nos acecha, así como guía segura y necesaria de la espiritualidad cristiana.

De esta “unanimidad” de los Papas en la proclamación de la necesidad de todo fiel cristiano de hacer suya la devoción al Corazón de Jesús, se puede afirmar, que lejos de ser una devoción particular de un Papa o de una determinada época, es una constante en el Magisterio de nuestra Madre la Iglesia que es guiada y asistida por el Espíritu Santo.

A continuación, se muestran algunos de los documentos y acciones más significativas de los Papas.



Las grandes encíclicas sobre el Corazón de Jesús

Annum Sacrum (1899)

En la encíclica de León XIII **sobre la Consagración del Género Humano al Sagrado Corazón de Jesús**, el Papa nos explica la razón de consagrarse al Corazón de Jesús: *«Puesto que el Sagrado Corazón es el símbolo y la imagen sensible de la caridad infinita de Jesucristo, caridad que nos impulsa a amarnos los unos a los otros, es natural que nos consagremos a este Corazón tan santo. Obrar así, es darse y unirse a Jesucristo, pues los homenajes, señales de sumisión y de piedad que uno ofrece al divino Corazón, son referidos realmente y en propiedad a Cristo en persona».*

Ante los males que nos acechan el sumo pontífice explica los males de esta situación y las esperanzas que nos alientan: *«El hombre ha errado: que vuelva a la senda recta de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que esta oscuridad sea disipada por la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros, conquistemos la vida. Entonces nos será permitido sanar tantas heridas, veremos renacer con toda justicia la esperanza en la antigua autoridad, los esplendores de la fe reaparecerán; las espadas caerán, las armas se escaparán de nuestras manos cuando todos los hombres acepten el imperio de*

Cristo y sometan con alegría, y cuando “toda lengua profese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre” (Fil. 2:11)».

En definitiva, es el Corazón de Jesús donde el hombre debe poner toda esperanza: *«Cuando la Iglesia estaba oprimida con el yugo de los Césares en sus tiempos primitivos, fue manifestada una Cruz en lo alto al joven emperador, que fue, por cierto, auspicio y causa de la gloriosísima victoria que después obtuvo. He aquí otra señal que hoy se ofrece a Nuestros ojos, excelsa y divinísima, es a saber: el Sacratísimo Corazón de Jesús, con la Cruz por remate y resplandeciente de llamas entre esplendísimos fulgores. En Él se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; a Él se ha de rogar y de Él hemos de aguardar la salvación de los hombres... Su imperio no se ciñe exclusivamente a las gentes católicas o a aquellas solas que han sido regeneradas por el sagrado bautismo, y si por derecho pertenecen a la Iglesia aún los desviados de ella por el error o falsas opiniones o las que la disensión apartó de la caridad; no es menos cierto que su poderío se extiende también a todos los desposeídos de la fe cristiana, de tal suerte, que es verdad inconcusa que la universalidad del género humano está bajo la potestad de Jesucristo».*

Ubi Arcano (1922)

Encíclica programática de Pío XI en la que manifestó el lema de su pontificado **«la paz de Cristo en el reino de Cristo», afirmando «que no hay paz de Cristo sino en el reino de Cristo, y que no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el reino de Cristo».**

¿Y en qué consiste este reino de Cristo que traerá tantos bienes? El mismo pontífice lo explica de manera admirable:

«En esto consiste lo que con dos palabras llamamos Reino de Cristo. Ya que reina Jesucristo en la mente de los individuos, por sus doctrinas, reina en los corazones por la caridad, reina en toda la vida humana por la observancia de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos. Reina también en la sociedad doméstica cuando, constituida por el sacramento del matrimonio cristiano, se conserva inviolada como una cosa sagrada, en que el poder de los padres sea un reflejo de la paternidad divina, de donde nace y toma el nombre; donde los hijos emulan la obediencia del Niño Jesús, y el modo todo de proceder hace recordar la santidad de la Familia de Nazaret. Reina finalmente Jesucristo en la sociedad civil cuando, tributando en ella a Dios los supremos honores, se hacen derivar de él el origen y los derechos de la autoridad para que ni en el mandar falte norma ni en el obedecer obligación y dignidad, cuando además le es reconocido a la Iglesia el alto grado de dignidad en que fue colocada por su mismo autor, a

saber, de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades; es decir, tal que no disminuya la potestad de ellas -pues cada una en su orden es legítima-, sino que les comunique la conveniente perfección, como hace la gracia con la naturaleza; de modo que esas mismas sociedades sean a los hombres poderoso auxiliar para conseguir el fin supremo, que es la eterna felicidad, y con más seguridad provean a la prosperidad de los ciudadanos en esta vida mortal».

Quas Primas (1925)

Mediante la encíclica Quas Primas, Pío XI instituye la **Solemnidad litúrgica de la fiesta de Cristo Rey**. En ella recuerda que el *«cúmulo de males había invadido la tierra, porque la mayoría de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su ley santísima, así en su vida y costumbres como en la familia y en la gobernación del Estado»*.

El Papa muestra la **génesis del proceso de apostasía** y presenta al laicismo como la peste de nuestro tiempo.

«Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello provereemos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio efficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado laicismo con sus errores

y abominables intentos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios».

Frente a este declive el sumo pontífice reafirma nuestra fe en el triunfo de nuestro Señor Jesucristo: «*¿Y quién no echa de ver que ya desde fines del siglo pasado se preparaba maravillosamente el camino a la institución de esta festividad?... el imperio y soberanía de Cristo fue reconocido con la piadosa práctica de dedicar y consagrar casi innumerables familias al Sacratísimo Corazón de Jesús. Y no solamente se consagraron las familias, sino también ciudades y naciones. Más aún: por iniciativa y deseo de León XIII fue consagrado al Divino Corazón todo el género humano...».*

Miserentissimus Redemptor (1928)

Esta encíclica de Pío XI la dedica a la **expiación debida al Corazón de Jesús**, recordando que *«Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación»*.

Siendo la reparación un aspecto central en la vida del cristiano, esta nos debe llevar a dar un paso más: consolar al Corazón sufriente de Cristo. De esta manera tan admirable se expresa Pío XI: *«Y si unas mismas razones nos obligan a lo uno y a lo otro, con más apremiante título de justicia y amor **estamos obligados al deber de reparar y expiar: de, justicia, en cuanto a la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y en cuanto a la reintegración del orden violado; de amor, en cuanto a padecer con Cristo paciente y «saturado de oprobio» y, según nuestra pobreza, ofrecerle algún consuelo»***.

Se pregunta el Papa, *«Mas ¿cómo podrán estos actos de reparación consolar a Cristo, que dichosamente reina en los cielos? Respondemos con palabras de San Agustín: «Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo»... Que si a causa también de nuestros pecados futuros, pero previstos, el alma de Cristo Jesús estuvo triste hasta la muerte, sin duda algún consuelo recibiría de nuestra*

reparación también futura, pero prevista, cuando el ángel del cielo (Lc 22, 43) se le apareció para consolar su Corazón oprimido de tristeza y angustias. Así, aún podemos y debemos consolar aquel Corazón sacratísimo, incesantemente ofendido por los pecados y la ingratitud de los hombres, por este modo admirable, pero verdadero; pues alguna vez, como se lee en la sagrada liturgia, el mismo Cristo se queja a sus amigos del desamparo, diciendo por los labios del Salmista: "Improperio y miseria esperó mi corazón; y busqué quien compartiera mi tristeza y no lo hubo; busqué quien me consolara y no lo hallé" (Sal 68,21)».

Finalmente el Papa, en continuidad con la encíclica Quas Primas nos recuerda la manera en la que se llegó a renegar del amor de Cristo *«y hasta hubo asambleas que gritaban: "No queremos que reine sobre nosotros"» (Lc 19,14)», pero frente a ello nos confirma en la esperanza de que «por esta consagración que decíamos, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús prorrumpía unánime oponiendo acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: "Es necesario que Cristo reine" (1 Cor 15,25)». Afirmando con ello la esperanza en el Reinado del Corazón de Cristo en este mundo: «mas también presentimos el júbilo de aquel faustísimo día en que el mundo entero espontáneamente y de buen grado aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey».*

Haurietis Aquas (1956)

En esta encíclica de Pío XII sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús se lleva a cabo una preciosa síntesis sobre dicha devoción, de ahí que haya sido considerada la “Suma Teológica” del Corazón de Jesús.

En ella ilustra cómo *«es considerado el Corazón del Verbo Encarnado como signo y principal símbolo del triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres»*. De esta manera tan admirable lo explica.

«Es, ante todo, símbolo del divino amor que en Él es común con el Padre y el Espíritu Santo [amor divino], y que sólo en El, como Verbo Encarnado, se manifiesta por medio del caduco y frágil velo del cuerpo humano, ya que en “El habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente”.

Además, el Corazón de Cristo es símbolo de la ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa.

Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos».

Finalmente Pío XII se pregunta por qué «este culto... se distingue de todas las demás formas de la piedad cristiana».

«Es necesario tener siempre muy presente cómo la verdad del simbolismo natural, que relaciona al Corazón físico de Jesús con la persona del Verbo, descansa toda ella en la verdad primaria de la unión hipostática... Esta verdad fundamental nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que Él nos ha tenido y nos tiene aún. Y aquí está la razón de por qué el culto al Sagrado Corazón se considera, en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana».



Otros documentos y actos del Magisterio

- Decreto de aprobación de la celebración de la fiesta del Sagrado Corazón para Polonia y la Archicofradía romana, Clemente XIII (6-II-1765).

- Extensión de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús a toda la Iglesia universal, beato Pío IX (23-VIII-1856).

- Beatificación de santa Margarita María de Alacoque, beato Pío IX (18-IX-1864).

- Consagración del Orbe Católico al Sagrado Corazón de Jesús por el beato Pío IX (22-IV-1875).

- Canonización de santa Margarita María de Alacoque, Benedicto XV (13-V-1920).

- *Caritate Christi Compulsi*: Encíclica de Pío XI sobre la crisis material y espiritual del mundo actual y su remedio: la reparación al Sagrado Corazón de Jesús (3-V-1932): *«En esta lucha se ventila el problema fundamental del universo y se trata la más importante cuestión sometida a la libertad humana; con Dios o contra Dios. Es esta, nuevamente, la elección que debe decidir el destino de la humanidad; en la política, en las finanzas, en*

la moralidad, en las ciencias, en las artes, en el Estado, en la sociedad civil y doméstica, en Oriente y en Occidente, en todas partes asómase este problema como decisivo por las consecuencias que de él se derivan». Y como remedio a tales males el Papa propone la oración y la penitencia unidos al Corazón de Jesús: «procuraréis esté en ese día (día del Sagrado Corazón) solemnemente expuesto en todas las Iglesias; desahoguen en aquel Corazón misericordioso, que ha conocido todas las penas del corazón humano, el desborde de su dolor, la firmeza de su fe, la confianza de su esperanza, el ardor de su caridad».

- **Summi Pontificatus:** Encíclica programática de Pío XII **sobre los males que assolaban y la necesidad de volver al Corazón de Cristo** (20-X-1939): *«De la difusión y del arraigo del culto del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona no sólo en la consagración del género humano, al declinar del pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: “impetuoso río alegra la ciudad de Dios (Salmo 45,5)”»*

- **Investigabiles Divitias Christi:** Carta Apostólica de Pablo VI **en el segundo centenario de la proclamación de la fiesta en honor al Sagrado Corazón de Jesús** (6-II-1965): *«Deseamos que por medio de una más intensa participación en el Sacramento del Altar sea honrado el Corazón de Cristo, pues su mayor regalo es la Eucaristía. Porque en el Sacrificio eucarístico se inmola y se recibe*

a nuestro Salvador... Esta razón nos parece, por tanto, muy idónea para actuar de forma que el culto al Sagrado Corazón, que -lo decimos con dolor- se ha debilitado en algunos, florezca cada día más y sea considerado y reconocido por todos como una forma noble y digna de esa verdadera piedad hacia Cristo, que en nuestro tiempo, por obra del Concilio Vaticano II especialmente, se viene insistentemente pidiendo, pues es "rey y centro de todos los corazones", "cabeza del cuerpo que es la Iglesia... el príncipe, el primogénito de los resucitados, para que en todo tenga él la primacía" (Col 1,18)».

- **Diserti Interpretes:** Carta Apostólica de Pablo VI a los superiores de órdenes religiosas vinculadas al Corazón de Jesús (25-V-1965): *«Del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia y de Él brota su desarrollo...*

Por este motivo es absolutamente necesario que los cristianos adoren públicamente y privadamente a aquel Corazón de cuya plenitud todos hemos recibido, y de Él aprendan cómo debe ordenarse su vida para que pueda responder a las exigencias de estos tiempos. En el Sagrado Corazón, en efecto, tiene su origen la sagrada Liturgia porque es el Templo santo de Dios... Además, la Iglesia encuentra en el Sagrado Corazón su estímulo para buscar todos los medios y auxilios para que los hermanos separados puedan llegar a la plena unidad con la cátedra de Pedro».

- **Dives in Misericordia:** Carta Encíclica de Juan Pablo II sobre la Misericordia Divina (30-XI-1980): *«La Iglesia parece profesar de manera particular la*

misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo... La Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia –el atributo más admirable del Creador y Redentor- y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de la que es depositaria y dispensadora».

• **Carta de Juan Pablo II al Preósito General de la Compañía de Jesús (5-X-1986):** *«El Señor en su Providencia quiso que en el umbral de los tiempos modernos, en el siglo XVII, partiese de Paray-le-Monial un poderoso impulso en favor de la devoción al Corazón de Cristo, bajo las formas indicadas en las revelaciones recibidas por santa Margarita María; sin embargo, los elementos esenciales de esta devoción pertenecen de manera permanente a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda la historia... Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así -y esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador- sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo».*

• **Mensaje de Juan Pablo II con motivo del Centenario de la Consagración del Género Humano al Sagrado Corazón de Jesús (11-VI-1999):** *«El creyente, al*

*encontrar en el Sagrado Corazón el símbolo y la imagen viva de la infinita caridad de Cristo, que por sí misma nos mueve a amarnos unos a otros, no puede menos de sentir la exigencia de participar personalmente en la obra de la salvación. Por eso, todo miembro de la Iglesia está invitado a ver en la consagración una entrega y una obligación con respecto a Jesucristo, Rey “de los hijos pródigos”, Rey que llama a todos “al puerto de la verdad y a la unidad de la fe”, y Rey de todos los que esperan ser introducidos “en la luz de Dios y en su reino”. La consagración así entendida se ha de poner en relación con la acción misionera de la Iglesia misma, porque responde al deseo del Corazón de Jesús de propagar en el mundo, a través de los miembros de su Cuerpo, su entrega total al Reino, y unir cada vez más a la Iglesia en su ofrenda al Padre y en su ser para los demás... **el Corazón de Cristo es el corazón de la Iglesia: urge que el mundo comprenda que el cristianismo es la religión del amor».***

- **Deus Caritas est:** Encíclica de Benedicto XVI sobre el amor cristiano (25-XII-2005): *«En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la Cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente... La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el Corazón traspasado de Jesús en la Cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz -en el fondo la única- que ilumina constantemente a un mundo*

oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica».

• **Carta de Su santidad Benedicto XVI con motivo del 50 aniversario de la encíclica Haurietis Aquas (15-V-2006):** *«Este misterio del amor que Dios nos tiene no sólo constituye el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el cristianismo. En efecto, sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la Cruz de nuestro Redentor, “al que traspasaron” (Jn 19, 37)... la contemplación del “costado traspasado por la lanza”, en el que resplandece la ilimitada voluntad salvífica por parte de Dios, no puede considerarse como una forma pasajera de culto o de devoción: la adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del “Corazón traspasado” su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios».*

- **Beatificación del padre Bernardo de Hoyos** (18-IV-2010).

- **Evangelium Gaudii** (24-XI-2013): Exhortación Apostólica del Papa Francisco, sobre la alegría cristiana. *«Nuestra alegría cristiana bebe de la fuente de su Corazón rebosante»* (n.5)– *“que nos otorga este amor infinito e inquebrantable”* (n.3) *que nos da “la vida en el Espíritu que brota del Corazón de Cristo resucitado”* (n.2)... *“Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?”* (n.8)».

«176. Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios... si esta dimensión no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora».

- **Misericordiae Vultus** (11-IV-2015): Bula del Papa Francisco en la que convoca el año de la Misericordia. *«12. La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona... En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral... La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo».* *«25... En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su Corazón para repetir que nos ama y quiere*

compartir con nosotros su vida. La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio... Desde el Corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tendrá necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene».

• Homilía de clausura del Año de la Misericordia (20-XI-2016):

«...aunque se cierra la Puerta santa, permanece siempre abierta de par en par para nosotros la verdadera puerta de la misericordia, que es el Corazón de Cristo. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza».



Contenido y actualidad de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús según el Magisterio de la Iglesia

Veamos a continuación la doctrina que contiene esta devoción impulsada por los Papas, como remedio para los males que nos asolan y *“síntesis de la religión cristiana”*.

Sentido de la devoción al Corazón de Jesús

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús se funda, en última instancia en el amor infinito que Jesucristo nuestro Redentor tiene para con nosotros. Amor que lo expresó de una manera singular a santa Margarita cuando le dijo: **«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha omitido hasta extenuarse y consumirse para darles testimonio de su amor»**. Así pues, el objeto de la devoción es el Corazón de Jesucristo, pero cuando se adora su Corazón se adora al mismo tiempo a la persona de Cristo, a la que va dirigido en último término todo el homenaje.

Así lo explica el Sumo Pontífice Pío XII: *«Para comprender mejor, en orden a esta devoción, la fuerza de algunos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, precisa*

*atender bien al motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazón del Divino Redentor el culto de latría. Tal motivo, como bien sabéis, venerables hermanos, es doble: el primero, común también a los demás miembros adorables del Cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su Corazón, por ser la parte más noble de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios, y, por consiguiente, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios encarnado. Es una verdad de la fe católica, solemnemente definida en el Concilio Ecuménico de Éfeso y en el II de Constantinopla. El otro motivo se refiere ya de manera especial al Corazón del Divino Redentor, y, por lo mismo, le confiere un título esencialmente propio para recibir el culto de latría: **su Corazón, más que ningún otro miembro de su Cuerpo, es un signo o símbolo natural de su inmensa caridad hacia el género humano.** “Es innata al Sagrado Corazón”, observaba nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, “la cualidad de ser símbolo e imagen expresiva de la infinita caridad de Jesucristo, que nos incita a devolverle amor por amor”» (Haurietis Aquas, n.6).*

*Y sigue más adelante: «**Luego, con toda razón, es considerado el corazón del Verbo Encarnado como signo y principal símbolo del triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. Es, ante todo, símbolo del divino amor que en Él es común con el Padre y el Espíritu Santo, y que sólo***

en Él, como Verbo Encarnado, se manifiesta por medio del caduco y frágil velo del cuerpo humano, ya que en “Él habita toda la plenitud de la Divinidad”».

«Además, el Corazón de Cristo es símbolo de la **ardentísima caridad** que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa».

«Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos» (Haurietis Aquas, n.15).

Concluyendo de esta manera: **«El Corazón de Jesús es el Corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que Él nos ha tenido y tiene aún. Y aquí está la razón de por qué el culto al Sagrado Corazón se considera, en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana. Verdaderamente, la religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre Dios Mediador, de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que Él mismo afirmó: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí”»** (Haurietis Aquas, n.29).

Y profundizando en esta idea afirma: **«Este culto, si consideramos su naturaleza peculiar, es el acto de religión por excelencia, esto es, una plena y absoluta**

voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado» (Haurietis Aquas, n.2).

Resumiendo:

El objeto de este culto es el Corazón físico de Jesús en tanto que representa a la Persona de Jesucristo y es símbolo de su amor divino y humano.

Al Corazón de Jesús se le debe culto de latría o adoración por ser parte de la humanidad del Verbo Encarnado, pero además al ser signo del triple amor de Cristo, hace que consideremos en primer lugar, su divino amor, que tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo, después, su ardentísima caridad que reside en su voluntad humana, y finalmente toda su sensibilidad afectiva.

Consagración y Reparación, elementos esenciales de la devoción al Sagrado Corazón

Dos son, según las enseñanzas de la Iglesia, los elementos esenciales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: la Consagración y la Reparación.

El cristiano fiel, al ponerse frente al Corazón de Cristo traspasado por una lanza en la Cruz, consciente del amor infinito con que nos ama, no tiene otro deseo que **consagrarse** enteramente a Él, para que Él sea el

dueño y Rey de nuestras vidas y personas. De manera que, así como cuando alguien nos hace un importante favor, contraemos una deuda con él, cuánta mayor deuda no hemos contraído con Aquel que, abriéndonos su Corazón, nos ha mostrado cuánto nos ama, y no sólo eso, sino que nos ha abierto las puertas del Cielo para que tengamos vida eterna. Y qué mejor forma de agradecer a Cristo lo que por nosotros ha hecho que ofrecerle todas nuestras personas y obras. Así lo expresa León XIII: *«Consagrándose al Mismo (Corazón), no solamente reconocemos y acatamos su poderío de un modo grato y manifiesto, sino que a la par atestiguamos con ello que, si en realidad de verdad fuese nuestro lo que ofrecemos, que lo daríamos con la misma excelente voluntad... Y puesto que en el Sagrado Corazón se encierra el símbolo y expresión de la infinita caridad de Cristo, que nos incita y mueve a amarnos mutuamente, es oportuno y justo consagrarse a su Corazón Augustísimo, lo que no es otra cosa más que entregarse y obligarse con Jesucristo, ya que todo honor, obsequio o devoción piadosa que se ofrece al Corazón Divino, se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo»* (Annum Sacrum, n.10-11).

Junto al crecido número de consagraciones que se fueron realizando a lo largo de la dilatada historia de la devoción al Sagrado Corazón, se fue uniendo en ellas la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotaron dos fórmulas ya usuales: *“por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo”*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *“el Reinado del Corazón de Jesús”*.

Esto fue de tal manera así que, en el último cuarto del siglo XIX, esta manera de fusión entre ambas devociones llegó a ser tan de dominio popular, que vino a concretarse en una fórmula más expresiva. Ya no se afirmó solamente que la Consagración al Sagrado Corazón ha de llevar al mundo al reconocimiento y acatamiento de la Soberanía de Cristo, sino que se comenzó a usar aquella conocida expresión: **“El Reinado del Corazón de Jesús”**, a la que Juan Pablo II identificó con la *“Civilización del Amor”*.

Y en este sentido se expresa Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*: *«Mas, como en el siglo precedente y en el nuestro, por las maquinaciones de los impíos, se llegó a despreciar el imperio de Cristo nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: “No queremos que reine sobre nosotros”, por esta consagración que decíamos, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús prorrumpía unánime oponiendo acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: “Es necesario que Cristo reine. Venga su reino”. De lo cual fue consecuencia feliz que todo el género humano, que por nativo derecho posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran, al empezar este siglo, se consagra al Sacratísimo Corazón, por nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, aplaudiendo el orbe cristiano»* (n.4). Mediante toda consagración se quiere proclamar

pública y solemnemente nuestra pertenencia total a Cristo Rey, su dueño soberano por «derecho y por conquista».

Y junto a la Consagración de nuestras vidas también está la **Reparación**. Reparación por tantas ofensas con las que el Corazón de Jesús es atribulado constantemente. Así lo expresa Pío XI: *«Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación. Y si unas mismas razones nos obligan a lo uno y a lo otro, con más apremiante título de justicia y amor estamos obligados al deber de reparar y expiar: de justicia, en cuanto a la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y en cuanto a la reintegración del orden violado; de amor, en cuanto a padecer con Cristo paciente y “saturado de oprobio” y, según nuestra pobreza, ofrecerle algún consuelo»* (Miserentissimus Redemptor, n.5).

Al contemplar el Corazón de Cristo que derrama su sangre como expiación de nuestros pecados, y que como respuesta no recibe sino ofensas de aquellos a quienes ama, el devoto del Corazón de Jesús siente la necesidad de expiar estas ofensas. De esta manera, unidos al sacrificio de Cristo de donde mana toda la fuerza de expiación, y completando en nuestro cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo, ofrecemos oraciones

y sacrificios en reparación por nuestros pecados y por los de toda la Humanidad, consolando este Corazón de nuestro Dios.

Con estas palabras sintetiza Pío XI todo lo dicho hasta ahora: *«Consagración y reparación, el doble elemento de culto al Corazón de Cristo conforme a la enseñanza del magisterio de la Iglesia, sintetizan amor y religión en unidad inseparable. La entrega al Amor es acatamiento de la soberanía de Dios; la reparación a la justicia es voluntad de “consolar” el Amor no correspondido. Como la consagración profesa y afirma la unión con Cristo, así la expiación da principio a esta unión borrando las culpas, la perfecciona participando de sus padecimientos y la consume ofreciendo sacrificios por los hermanos. Tal fue, ciertamente, el designio del misericordioso Jesús cuando quiso descubriarnos su Corazón con los emblemas de su pasión y echando de sí llamas de caridad: que mirando de una parte la malicia infinita del pecado, y, admirando de otra la infinita caridad del Redentor, más vehementemente detestásemos el pecado y más ardientemente correspondiésemos a su caridad»* (Miserentissimus Redemptor, n.8).

Realeza del Corazón de Cristo

Un paso más en la comprensión de la devoción del Corazón de Jesús constituye la unión indisoluble existente entre la devoción al Corazón de Jesús y el

Reinado Social de Jesucristo, de donde brota aquella expresión *“El reinado del Corazón de Jesús”*. Estas dos realidades están íntimamente unidas, hasta el punto, que no se entienden una sin la otra. Efectivamente Cristo es Rey, así lo afirmó ante Poncio Pilatos cuando este le preguntó: *«¿Luego tú eres Rey?»*, y respondió Jesús: *«Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz»* (Jn 18, 37). Y así se lo expresó a santa Margarita: *«Reinaré a pesar de mis enemigos»*.

Pero este no es un reinado únicamente válido para los fieles devotos, sino que es un reinado que engloba a todos los hombres. Así lo enseña León XIII: *«Su imperio no se ciñe exclusivamente a las gentes católicas o a aquellas solas que han sido regeneradas por el sagrado bautismo, y si por derecho pertenecen a la Iglesia aún los desviados de ella por el error o falsas opiniones o las que la disensión apartó de la caridad; no es menos cierto que su poderío se extiende también a todos los desposeídos de la fe cristiana, de tal suerte, que es verdad inconcusa que la universalidad del género humano está bajo la potestad de Jesucristo. Puesto que quien es Unigénito del Padre, y es consubstancial a Él, «esplendor de su gloria y figura de su substancia» (Hebr 1,3), es necesario que tenga comunes todas las cosas con el Padre y consiguientemente el sumo imperio de todas ellas»* (Annum Sacrum, n.3).

Y en el mismo sentido, el Papa Pío XI, al instituir la Fiesta de Cristo Rey afirma: *«Ha sido costumbre muy general y antigua llamar Rey a Jesucristo, en sentido*

*metafórico, a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas. Así, se dice que **reina en las inteligencias de los hombres**, no tanto por el sublime y altísimo grado de su ciencia cuanto porque Él es la Verdad y porque los hombres necesitan beber de Él y recibir obedientemente la verdad. Se dice también que **reina en las voluntades de los hombres**, no sólo porque en Él la voluntad humana está entera y perfectamente sometida a la santa voluntad divina, sino también porque con sus mociones e inspiraciones influye en nuestra libre voluntad y la enciende en nobilísimos propósitos. Finalmente se dice con verdad que Cristo **reina en los corazones de los hombres** porque, con su «supereminente caridad» (Ef 3,19) y con su mansedumbre y benignidad, se hace amar por las almas de manera que jamás nadie -entre todos los nacidos- ha sido ni será nunca tan amado como Cristo Jesús. Mas, entrando ahora de lleno en el asunto, es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo en cuanto hombre se dice de Él que «recibió del Padre la potestad, el honor y el reino» (Dan 7,13-14), porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas» (Quas Primas, n.6).*

Ante los males que hoy en día nos afligen, nuestro salvador Jesucristo, viendo cómo sus hijos se hallaban perdidos en busca de esa felicidad que sólo podemos

encontrar en Él, nos ha “vuelto a recordar” el profundo amor que nos tiene mostrándonos su Corazón lleno de Amor y Misericordia. De esta manera este Corazón se nos muestra como “una segunda redención amorosa”, en el que Cristo ha querido centrar todas nuestras esperanzas. Así como *«cuando la Iglesia estaba oprimida con el yugo de los Césares en sus tiempos primitivos, fue manifestada una Cruz en lo alto al joven emperador, que fue, por cierto, auspicio y causa de la gloriosísima victoria que después obtuvo. He aquí otra señal que hoy se ofrece a Nuestros ojos, excelsa y divinísima, es a saber: el Sacratísimo Corazón de Jesús, con la Cruz por remate y resplandeciente de llamas entre esplendísimos fulgores. En Él se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; a Él se ha de rogar y de Él hemos de aguardar la salvación de los hombres»* (Annum Sacrum, n.11).

Es pues en el Corazón de Cristo Rey donde el hombre actual debe poner todas sus esperanzas, es este reinado el que debemos pedir insistentemente como hacemos en el Padrenuestro: *«venga a nosotros tu reino»*.

Esto es lo que se ha deseado en todas las consagraciones que se han llevado a cabo por los Sumos Pontífices, quienes, frente a aquellos que públicamente declaran *«No queremos que reine sobre nosotros»*, han elevado sus voces al cielo clamando: *«Es necesario que Cristo reine. Venga su reino»*. Así también en la Consagración de España al Corazón de Jesús realizada en el Cerro de los Ángeles el 21 de Junio de 2009 pedíamos: *«Señor, sé Rey no sólo de los hijos fieles, que jamás se han*

alejado de ti, sino también de los hijos pródigos que te han dejado; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, para que no perezcan de hambre y de miseria. Sé Rey de aquellos que, por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de ti: devuélvelos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que pronto se forme un solo rebaño de un solo pastor».

Aceptación de la Realeza del Corazón de Cristo: remedio para los males de nuestro tiempo

Es el Corazón de Cristo Rey, en el que los Papas nos han instado una y otra vez a que pongamos nuestra única esperanza. Es en este Corazón donde únicamente podremos encontrar el descanso y la felicidad que Dios mismo ha impreso en nuestra alma al hacernos semejante a Él: *«Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Ti»* (San Agustín).

Y el alejamiento de este Corazón no trae más que desgracias, tal y como nos enseñan una y otra vez los Papas: *«Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo... los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento*

de la paz; las codicias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias; y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad» (Pío XI, Quas Primas, n.4).

Pero frente a esta situación, la Sabiduría divina nos propone un antídoto eficacísimo: el reinado del Corazón de Cristo. *«Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad» (Quas Primas, n.4).*

Remedio que, como afirma Pío XI, traerá consigo la tan anhelada felicidad: *«¡Oh, qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo! Entonces verdaderamente... se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre» (Quas Primas, n.19).*

Es a este Corazón de Cristo a quien debemos clamar en nuestras tribulaciones teniendo la firme esperanza que sólo en Él encontraremos el bálsamo que necesitamos para nuestra alma: *«Pero precisamente en tales tiempos, quien permanece firme en la fe y tiene robusto el corazón, sabe que Cristo-Rey en la hora de la prueba, que es la hora de la fidelidad, está más que nunca cerca de nosotros»* (Summi Pontificatus, n.75).

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús está unida a su reinado social. Este fue el deseo del Corazón de Jesús cuando apareciéndosele a santa Margarita le dijo: *«Reinaré a pesar de mis enemigos»*. Efectivamente el Corazón de Cristo desea reinar en nuestras familias, pero también en nuestras sociedades; de tal manera que con este reinar entiende llevar a cabo sus planes que no son otros que arruinar y destruir el imperio de Satanás, y establecer en todos los corazones el imperio de su amor.

Es por ello que más que nunca tenemos necesidad del amor de Cristo. Porque como recordaba León XIII en la encíclica Annum Sacrum: *«el hombre ha errado: que vuelva a la senda de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que la oscuridad sea disipada por la luz de la verdad... es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre Él se levanta la Cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En Él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de Él la salvación de los hombres»*.

La Divina Misericordia, expresión de amor del Corazón de Jesús para los tiempos modernos

Es importante constatar la continuidad intrínseca que tiene la Divina Misericordia con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de tal manera que ambas son expresiones del mismo amor con el que Jesucristo nos ama.

«A santa Margarita María de Alacoque, el Sagrado Corazón le revela la profundidad de su amor por los hombres, amor hasta el extremo de dejarse traspasar, consumir, llegar hasta los mayores sufrimientos. Este amor del Corazón de Jesús se convierte en misericordia cuando toca al hombre. La misericordia es el amor del Corazón de Dios, que toca la miseria, pecado, fragilidad. Al tocar a los hombres, se convierte en misericordia. Jesús dice a santa Margarita: “Mi Divino Corazón, está tan apasionado de Amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en Él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de ti y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición”» (Madre Adela Galindo, Fundadora de los Sagrados Corazones Traspasados de Jesús y María).

San Juan Pablo II, quien nos ha dirigido constantemente al Corazón de Jesús, ha sido el Papa que abrió la causa de santa Faustina, que la beatificó y canonizó. Bendijo e inauguró la Basílica de la Divina Misericordia en Cracovia diciendo: *«Ha llegado la hora de hacer llegar el mensaje del Corazón Misericordioso a todos, especialmente a aquellos cuya humanidad y dignidad parecen perderse en el misterio de la iniquidad. Ha llegado la hora en que el mensaje de Divina Misericordia se derrame en los corazones y se convierta en chispa de una nueva civilización: de la civilización del amor».*

El Corazón Inmaculada unido al Corazón de Jesús

En 1917 la Virgen de Fátima se aparece a tres pastorcillos para darles un mensaje profético, tanto para la historia de la Iglesia como de la humanidad. La Virgen constataba lo ofendido que estaba el Corazón de Jesús y la necesidad que había por rezar por la conversión de los pecadores.

En junio de 1928, estando Lucía como postulante de las Hermanas Doroteas se le apareció la Virgen haciéndole esta encomienda: *«Ha venido el momento en que Dios pide al Santo Padre que en unión con todos los obispos del mundo haga la consagración de Rusia a mi Corazón, prometiendo salvarla por este medio».* En la misma aparición el Señor le dijo a Sor Lucía: *«Quiero que se vea claro que este triunfo es del Inmaculado Corazón*

de María, y así se extienda el culto y la devoción al Inmaculado Corazón junto a la devoción a Mi Sagrado Corazón».

Ya en la oración que en 1916 el ángel enseñó a los pastorcitos nos cuenta sor Lucía: *«El ángel dejó el cáliz en el aire, se arrodilló cerca de nosotros y nos pidió que repitiésemos tres veces: “Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores”»*

De manera admirable se ve el paralelismo entre las promesas que el Corazón de Jesús anunció a Santa Margarita: *“Reinaré a pesar de mis enemigos”* y que la Santísima Virgen dijo en Fátima. *“Al final mi Inmaculado Corazón triunfará”.*

Ya a finales del principio del siglo XVIII había anunciado San Luis María Grignon de Monfort: *«¡Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ! ¡Para que venga a nosotros tu reino, venga el reino de María!».* *«Por la Santísima Virgen Jesucristo ha venido al mundo, y también por Ella debe reinar en Él».*

La Eucaristía, muestra del amor infinito del Corazón de Jesús

Finalmente, es en la Eucaristía donde el horno ardiente del Corazón de Jesús encuentra su máxima expresión. Él, que ha querido quedarse con nosotros hasta el fin de los tiempos, en un acto de ofrenda semejante al que le llevó a entregarse en la Cruz, se ha quedado con nosotros en este Augustísimo Sacramento. Es por ello, que quien no penetre en los íntimos secretos del Corazón de Cristo, no entenderá fácilmente el ímpetu de amor que le impulsó a dársenos en este alimento espiritual que nos renueva por dentro cada vez que nos acercamos a Él. Así lo expresa León XIII en la encíclica *Mirae Caritatis*: *«El acto de amor supremo con que Nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su Corazón, a fin de quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía».*

Adorando al Santísimo se le aparece el Corazón de Jesús a santa Margarita y le descubre su Corazón mostrándole el amor intenso que tiene por todos los hombres: *«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha ahorrado nada hasta el extremo de agotarse y consumirse para testimoniarles su amor. Y, en compensación, sólo recibe, de la mayoría de ellos, ingratitudes por medio de sus irreverencias y sacrilegios, así como por las frialdades y menosprecios que tienen para conmigo en este Sacramento de amor (Eucaristía)».*

Este anonadamiento del Corazón de Jesús hacia los hombres ha llegado hasta quedarse entre nosotros en la forma más sencilla que se puede, un trozo de pan y vino que se convierten en su Cuerpo y en su Sangre; Cuerpo en el que sigue latiendo ese Corazón de hombre y de Dios.

Este ocultamiento es la máxima humillación de todo un Dios que quiere mostrar su amor a los hombres. Esto es lo que expresa el P. Ramière con las siguientes palabras: *«En este sacramento vemos al Corazón de Jesús; veámosle con su humildad y dulzura; con su condescendencia que a todas las necesidades se presta, y su indulgencia que perdona todas las ingratitudes; con su generosidad que da sin jamás cansarse, y su misericordia que tiene consuelos para todas las miserias. Oímos al Divino Corazón que nos habla con su silencio mismo; podemos tocarle, estrecharle con nuestro corazón, hacerle entrar en nuestro pecho. ¿Qué otra presencia podría descubrirnos tan sensiblemente la caridad del Divino Corazón, y dar a nuestro amor tales consuelos?».*

Y sigue diciéndonos el P. Ramière: *«Esta es verdaderamente la presencia propia del Corazón de Jesús, esta su completa manifestación; y cuando queramos encontrar al Divino Corazón no vayamos a buscarle fuera de este sacramento. El Divino Salvador mismo, al revelarnos la devoción a su Corazón, nos mostró la conexión íntima de ella con la devoción a la Santa Eucaristía; no la separemos, pues, jamás».*

En cada Eucaristía ante la presencia real y sustancial de Cristo en la Hostia se clama a una voz: «¡Ven Señor Jesús!», y en el Padre Nuestro se pide «*venga a nosotros tu reino*». Sin cesar inspira el Espíritu Santo a la Iglesia este deseo, con la certeza de que no ha de ser ineficaz «por las promesas de nuestro Señor Jesucristo». Pues, Cristo, alfa y omega de la historia, como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, «*vendrá en gloria para llevar a cabo el triunfo definitivo del bien sobre el mal*» (CIC, n.681), «*en un momento de la historia [que] se vincula al reconocimiento del Mesías por todo Israel*» (CIC, n.674), precedido «*por una prueba final que sacudirá la fe de muchos creyentes*» (CIC, n.675).

Es así que, mediante las prácticas eucarísticas de la Adoración Eucarística y la Comunión reparadora de los primeros viernes de mes, el fiel cristiano se une íntimamente al Corazón de Jesús, dejando que el amor de Este vaya penetrando en nuestras almas. Así nos lo recordaba el papa Juan Pablo II: «*Es bueno entretenerse con Jesús, e, inclinados sobre su pecho, como el discípulo amado, ser tocados por el amor infinito de su Corazón; y permanecer así largo tiempo ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor*».

Conclusión

Para finalizar, retomamos del libro de las revelaciones de santa Gertrudis, la respuesta del Apóstol san Juan al reproche de la santa de que no hiciera referencia, él que había reposado su cabeza sobre el pecho del Señor, de la hondura y misterio encerrado en su Sagrado Corazón: *«Mi ministerio para ese tiempo en que la Iglesia se formaba consistía en hablar únicamente sobre la Palabra del Verbo Encarnado... pero en los últimos tiempos, se les está reservado la gracia de oír la voz elocuente del Corazón de Jesús. A esa voz, el mundo, debilitado en el amor a Dios, se renovará, se levantará de su letargo y una vez más, será inflamado en la llama del amor divino»*. En este pasaje se ve cómo dentro del plan providente de Dios, el mensaje del amor misericordioso del Corazón de Cristo está expuesto como remedio a los males de los tiempos últimos.

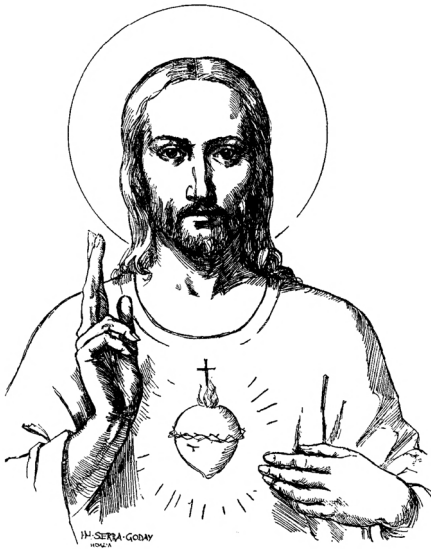
Así pues, los cristianos no sólo debemos procurar y desear que Cristo reine en nuestra sociedad, sino que lo tenemos que esperar. De ahí surge la oración que el mismo Cristo nos dejó, y ese es el sentido de cuando pedimos *“venga a nosotros tu reino”*. Y la forma de que ese reino se haga realidad es aquella que Jesucristo mismo la ha deseado, por medio de la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María. ***Esta es pues nuestra esperanza: «que Jesucristo centra en la Devoción al Sagrado Corazón el remedio social del mundo actual,***

y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado Social de Jesucristo».

Pedimos al Señor que esta Devoción haga que *«Cristo habite por la fe en vuestros corazones, de modo que, arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la alteza y la profundidad, hasta conocer el amor de Cristo, que sobrepaja a todo conocimiento, de suerte que estéis llenos de toda la plenitud de Dios»* (Ef 3,17-19).

Ponemos los frutos de este devocionario bajo la protección del Inmaculado Corazón de María. El Señor dijo a sor Lucía, vidente de Fátima: *«Quiero que se vea claro que este triunfo es del Inmaculado Corazón de María, y así se extienda el culto y la devoción al Inmaculado Corazón junto a la devoción a Mi Sagrado Corazón»*, y anteriormente la Virgen había prometido a los pastorcitos: *«Al final mi Inmaculado Corazón triunfará»*.

Que Ella junto a san José, Patriarca y Protector de la Santa Madre Iglesia, preparen la venida esperada del Reinado del Sagrado Corazón.



«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha ahorrado nada hasta el extremo de agotarse y consumirse para testimoniarles su amor»

4

DEVOCIONARIO



Ofrecimientos y Consagraciones

*Ofrecimiento diario de obras
al Corazón de Jesús
del Apostolado de la Oración*

Ven, Espíritu Santo, inflama nuestro corazón en las ansias redentoras del Corazón de Cristo, para que ofrezcamos de veras nuestras personas y obras en unión con Él por la Redención del mundo.

Señor mío y Dios mío Jesucristo: por el Corazón Inmaculado de María me consagro a tu Corazón, y me ofrezco contigo al Padre en tu santo sacrificio del altar, con mi oración y mi trabajo, sufrimientos y alegrías de hoy, en reparación de nuestros pecados y para que venga a nosotros tu Reino.

Te pido, en especial: por el Papa y sus intenciones, por nuestro obispo y sus intenciones, por nuestro párroco y sus intenciones.

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

Consagración personal al Corazón de Jesús

Rendido a vuestros pies, oh Jesús mío, considerando las inefables muestras de amor que me habéis dado y las sublimes lecciones que me enseña de continuo vuestro adorabilísimo Corazón, os pido humildemente la gracia de conoceros, amaros y servirlos como fiel discípulo vuestro, para hacerme digno de las mercedes y bendiciones que generoso concedéis a los que de veras os conocen, aman y sirven.

¡Mirad que soy muy pobre, dulcísimo Jesús, y necesito de Vos, como el mendigo de la limosna que el rico le ha de dar! ¡Mirad que soy muy rudo, oh soberano Maestro, y necesito de vuestras divinas enseñanzas, para luz y guía de mi ignorancia! ¡Mirad que soy muy débil, oh poderosísimo amparo de los flacos y caigo a cada paso, y necesito apoyarme en Vos para no desfallecer! Sedlo todo para mí, Sagrado Corazón: socorro de mi miseria, lumbre de mis ojos, báculo de mis pasos, remedio de mis males, auxilio en toda necesidad. De Vos lo espera todo mi pobre corazón. Vos lo alentasteis y convidasteis cuando con tan tiernos acentos, dijisteis repetidas veces en vuestro Evangelio: *venid a Mí,... aprended de Mí...*

pedid,... llamad,... A las puertas de vuestro Corazón vengo pues hoy, y llamo, y pido, y espero. Del mío os hago, oh Señor, firme, formal y decidida entrega. Tomadlo Vos, y dadme en cambio lo que sabéis me ha de hacer bueno en la tierra y dichoso en la eternidad. Amén.

Consagración al Corazón de Jesús de Santa Margarita María de Alacoque

Yo, N. N., me dedico y consagro al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; le entrego mi persona y mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos, para no querer ya servirme de ninguna parte de mi ser sino para honrarle, amarle y glorificarle. Esta es mi irrevocable voluntad: pertenecerle a Él enteramente y hacerlo todo por amor suyo, renunciando de todo mi corazón a cuanto pueda disgustarle.

Te tomo, pues, Corazón divino, como único objeto de mi amor, por protector de mi vida, seguridad de mi salvación, remedio de mi fragilidad y mi inconstancia, reparador de todas las faltas de mi vida, y mi asilo seguro en la hora de la muerte. Sé, pues, Corazón bondadoso, mi justificación para con Dios Padre, y desvía de mí los rayos de su justa indignación. Corazón amorosísimo, en ti pongo toda mi confianza, porque, aun temiéndolo todo de mi flaqueza, todo lo espero de tu bondad. Consume, pues, en mí todo cuanto pueda disgustarte o resistirte. Imprímase tu amor tan profundamente en mi corazón, que no pueda olvidarte jamás, ni verme separado de

ti. Te ruego encarecidamente, por tu bondad, que mi nombre esté escrito en ti. Ya que quiero constituir toda mi dicha y toda mi gloria en vivir y morir llevando las cadenas de tu esclavitud. Amén.

Ofrecimiento al Sagrado Corazón de Jesús de San Claudio de la Colombière

a) Fórmula de entrega

En reparación de tantos ultrajes y de tan crueles ingratitudes, oh adorable y amable Corazón de Jesús, y para evitar en cuanto de mí dependa el caer en semejante desgracia, yo os ofrezco mi corazón con todos los sentimientos de que es capaz; yo me entrego enteramente a Vos.

Y desde este momento protesto sinceramente que deseo olvidarme de mí mismo, y de todo lo que pueda tener relación conmigo para remover el obstáculo que pudiera impedirme la entrada en ese divino Corazón, que tenéis la bondad de abrirme y donde deseo entrar para vivir y morir en él con vuestros más fieles servidores, penetrado enteramente y abrasado de vuestro amor.

Ofrezco a este Corazón todo el mérito, toda la satisfacción de todas las Misas, de todas las oraciones, de todos los actos de mortificación, de todas las prácticas

religiosas, de todos los actos de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que practicare hasta el último instante de mi vida.

No sólo entrego todo esto para honrar al Corazón de Jesús y sus admirables virtudes, sino que también le pido humildemente que acepte la completa donación que le hago, y disponga de ella de la manera que más le agrade y a favor de quien le plazca. Y como ya tengo cedido a las santas almas que están en el purgatorio todo lo que haya en mis acciones, capaces de satisfacer a la divina justicia, deseo que esto les sea distribuido según el beneplácito del Corazón de Jesús.

Esto no impedirá que yo cumpla con las obligaciones que tengo de celebrar Misa y orar por ciertas intenciones prescritas por la obediencia; ni que ofrezca por caridad Misas a personas pobres o a mis hermanos y amigos que podrían pedírmelas.

Pero como entonces me he de servir de un bien que ya no me pertenecerá, quiero, como es justo, que la obediencia, la caridad y las demás virtudes que en estas ocasiones practicare sean todas del Corazón de Jesús, del cual habré tomado con qué ejercitar estas virtudes, las cuales, por consiguiente, le pertenecerán a Él sin reserva.

b) Consagración

¡Sagrado Corazón de Jesús! Enseñadme el perfecto olvido de mí mismo, puesto que este es el único camino por el cual se puede entrar en Vos. Puesto que todo lo que yo haga en lo sucesivo será vuestro, haced de manera que no haga yo nada que no sea digno de Vos.

Enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor, cuyo deseo me habéis inspirado. Siento en mí una gran voluntad de agradaros y una impotencia aún mayor de lograrlo, sin una luz y socorro muy particulares que no puedo esperar sino de Vos.

Haced en mí vuestra voluntad, Señor. Me opongo a ella, lo siento, pero de veras querría no oponerme. A Vos os toca hacerlo todo, divino Corazón de Jesucristo; Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo. Esto me parece más claro que el día; pero será para Vos una gran gloria, y solamente por esto quiero desear la perfección. Así sea.

Consagración de los nuevos esposos al Corazón de Jesús

Señor Jesús, que nos has reunido como esposo y esposa. Ante la imagen de tu Sagrado Corazón queremos hoy consagrar nuestro matrimonio.

Tú que en compañía de María y de los Apóstoles bendijiste un día a los esposos en las bodas de Caná, bendícenos hoy en abundancia a nosotros dos.

Señor Jesús, que nos ofreces Tu Corazón como señal de lo que nos quieres, danos día a día la fuerza de Tu amor, para querernos cada vez más entre nosotros y amar con toda dedicación y entrega a los hijos que nazcan de nuestro amor.

Consuélanos en las pruebas, oriéntanos en nuestras decisiones y, sobre todo, enciende en nuestros corazones un gran amor a Ti y al prójimo.

Así te lo pedimos, Cristo Jesús, ante la imagen de tu Corazón. Y así lo esperamos de Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús (I)

Sagrado Corazón de Jesús:

Por medio del Corazón Inmaculado de María, esta familia cristiana, postrada a tus pies, quiere consagrarse a Ti. Todas sus voces se unen para pedirte:

- que reines en este hogar,
- que dirijas todos sus pasos,
- que presidas todos sus actos,

- que ilumines la inteligencia de los padres para saber educar a los hijos en la caridad de Cristo, y la mente de los hijos para saber escoger, en esta vida, el camino que les conduce a Ti.

Derrama sobre esta familia los dones del Espíritu Santo para que sea fiel a los planes de Dios y, constituida en Iglesia Doméstica, ejerza su triple ministerio: Sacerdotal, Profético y Real.

Corazón de Jesús: que esta familia esté siempre alegre en la paz de la conciencia. Cuida de ella como cuida tu Providencia de los pájaros y de las flores, y dale el temor de Dios en esta vida y la felicidad de reunirnos todos Contigo en el Cielo. Amén.

Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús (II)

¡Oh Sacratísimo Corazón de Jesús! Tú manifestaste a santa Margarita el deseo de reinar sobre las familias cristianas. Deseando agradarte, venimos hoy a proclamar Tu absoluto dominio sobre la nuestra. De hoy en adelante queremos vivir Tu vida, queremos que en el seno de nuestras familias florezcan las virtudes a las que prometiste la paz en la tierra y queremos desterrar lejos de nosotros el espíritu mundano que Tú condenaste. Tú tienes que reinar en nuestros entendimientos por la sencillez de nuestra Fe, y en nuestros corazones por Tu

amor, los cuales arderán para Ti procurando mantener viva esta llama con la frecuente comunión de la Divina Eucaristía.

Dígnate ¡Oh Corazón Divino! presidir nuestras reuniones, bendecir nuestras empresas espirituales y temporales, apartar nuestras inquietudes, santificar nuestras alegrías y consolar nuestras penas. Si alguna vez alguno de nosotros tiene la triste desgracia de ofenderte, recordadle ¡Oh Corazón de Jesús!, que sois bueno y misericordioso con los corazones arrepentidos. Y cuando suene la hora de la separación, cuando venga la muerte a lanzar el duelo en medio de nosotros, todos, tanto los que se vayan como los que se queden, estaremos conformes con tus eternos decretos. Nos consolaremos pensando que ha de venir un día en que toda la familia reunida en el cielo podrá cantar eternamente tus glorias y beneficios.

Dígnese el Corazón Inmaculado de María, dígnese el Glorioso Patriarca San José presentarte esta Consagración y mantener en nosotros viva su memoria todos los días de nuestra vida. Amén.

¡Viva el Corazón de Jesús, nuestro Rey y nuestro Padre!

¡Sagrado Corazón de Jesús! Venga a nosotros tu reino.

¡Dulce Corazón de María! Sed nuestra salvación.

¡San José! Ruega por nosotros.

Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús (III)

Divino Corazón de Jesús, todos los miembros de esta casa nos postramos ante Ti para que seamos instrumentos de la difusión del Amor Misericordioso de Tu Corazón, tal como se lo comunicaste a santa Teresita del Niño Jesús. Para ello venimos hoy a consagrarnos a Tu Sagrado Corazón, entronizando Tu Imagen en esta casa para que lo presida y sea honrado e invocado por cuantos la contemplan.

Te damos gracias por habernos elegido para ello, y te pedimos que cumplas en nosotros las promesas que hiciste a santa Margarita María de Alacoque, consolándonos en nuestras tribulaciones, dando paz a nuestras familias, bendiciendo nuestras empresas y proyectos, y haciéndonos fervientes celadores en propagar la devoción de Tu Sagrado Corazón con el celo y la ciencia del padre Ramière, y el fuego del beato Padre Hoyos, para que venga pronto a nosotros tu Reino, y que se afiance en España con más veneración que en otras partes.

Te pedimos te dignes escribir nuestros nombres en Tu Corazón, sin borrarlos ya más. Que el Corazón Inmaculado de María y el glorioso Patriarca San José, suplan nuestra inconstancia, y cuando nosotros nos olvidemos de lo que hoy te ofrecemos, te hagan presentes estos nuestros deseos, que queremos sean

para siempre, y así, en la hora de nuestra muerte nos dejes acogernos al refugio seguro de la Misericordia de Tu Corazón. Amén.

*Consagración de Guipúzcoa
al Sagrado Corazón de Jesús
(19 noviembre 1950)*

Corazón Sacratísimo de Jesús, Corazón de Dios-Hombre, Redentor del mundo, Rey de reyes y Señor de los que dominan: Corazón que habéis manifestado los deseos que tenéis de reinar en los individuos, en las familias y en las naciones.

A vuestras plantas tenéis postrada toda Guipúzcoa, clero y pueblo, a su Pastor unidos para consagrarse total y permanentemente a vuestro Divino Corazón por el Purísimo Corazón de Vuestra Madre Inmaculada.

Hace dos siglos que los pueblos, instruidos por apóstoles escogidos en vuestro Corazón Sagrado, especialmente por los Padres Cardaveraz y Mendiburu, se consagraron a Vos para amaros y repararos.

Hoy, dentro del Año Santo y en el quincuagésimo año de la consagración del género humano a vuestro Sacratísimo Corazón, Guipúzcoa ha querido erigir este monumento a Vos y al Inmaculado Corazón de Vuestra Madre y Madre nuestra, para consagrarse toda ella a ambos Corazones.

Sí, Guipúzcoa es vuestra, y lo quiere ser también en adelante por siempre jamás. Vos, en cambio, desde el trono en que os ha colocado su devoción y afecto, dignaos guiarla y confortarla. Bendecid a nuestro amadísimo prelado, que ha querido contribuir a este acto con todo el afecto de cariño de Pastor de nuestras almas, para que las libre del peligro del error y las gué al eterno aprisco Vuestro.

Benedicid e inflamad en celo santo a nuestro clero, para que continúe trabajando por Vuestra gloria. Bendecid a las autoridades todas para que sepan ellas cumplir Vuestra Voluntad y dirijan a sus súbditos en el cumplimiento de su deber. Bendecid a las familias, a los padres y a las madres, a la juventud y a la niñez, que tanto peligro corre en este mundo moderno.

Haced que todos cuantos os dirijan la mirada lleguen a conocer el amor que les tenéis y sientan a su vez piedad y amor con Vos. Guardad escritos en Vuestro Corazón los nombres de los que han contribuido y contribuirán a la erección y conservación de este monumento.

Queremos vivir como cristianos de verdad; queremos practicar las virtudes a las cuales habéis prometido la paz; queremos desterrar de nosotros el espíritu mundano que Vos maldijisteis; queremos amaros por Vuestro amor y repararos por tantas ofensas nuestras.

Reinad en nosotros por la sencillez de la fe, por el amor sin límites a Vos, a Vuestra Madre y a Vuestra Iglesia.

Haced, finalmente, de Guipúzcoa, un pueblo que os sirva fielmente en este mundo y os glorifique en el otro. Amén.

*Renovación de la Consagración de España
al Sagrado Corazón de Jesús
(cerro de los ángeles, 21 junio 2009)*

(Conmemora la consagración de Jesús que hizo Alfonso XIII en 1919 como fruto de la encíclica Annum Sacrum de León XIII).

Hijo eterno de Dios y Redentor del mundo, Jesús bueno, Tú que al hacerte hombre te has unido en cierto modo a todo hombre y nos has amado con tu Corazón humano, míranos postrados ante tu altar; tuyos somos y tuyos queremos ser y, para vivir más estrechamente unidos a ti, todos y cada uno nos consagramos hoy a tu Sagrado Corazón.

De tu Corazón traspasado brota el Amor de Dios, hecho allí visible para nosotros y revelado para suscitar nuestro amor. Ante la generación del nuevo milenio, tan esperanzada y tan temerosa al mismo tiempo, la Iglesia da testimonio de la misericordia encarnada de Dios dirigiéndose a tu Corazón.

Muchos, por desgracia, nunca te han conocido; muchos, despreciando tus mandamientos te han abandonado. Jesús misericordioso, compadécete de todos y atráelos a tu Corazón.

Señor, sé Rey no sólo de los hijos fieles, que jamás se han alejado de ti, sino también de los hijos pródigos que te han dejado; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, para que no perezcan de hambre y de miseria. Sé Rey de aquellos que, por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de ti: devuélvelos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que pronto se forme un solo rebaño de un solo pastor.

Concede, Señor, libertad a tu Iglesia; otorga a todos los pueblos y, en particular, a España la paz y la justicia; que del uno al otro extremo de la tierra no resuene sino esta voz: Bendito sea el Corazón divino, causa de nuestra salvación; a Él la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

*Consagración del género humano
al Sagrado Corazón de Jesús
para la fiesta de Cristo Rey (Pío XI)*

Jesús dulcísimo, Redentor del género humano, míranos arrodillados humildemente en tu presencia. Tuyos somos y tuyos queremos ser; y para estar más firmemente unidos a ti, hoy cada uno de nosotros se consagra voluntariamente a tu Sagrado Corazón. Muchos

nunca te han conocido; muchos te han rechazado, despreciando tus mandamientos. Compadécete de unos y otros benignísimo Jesús, y atráelos a todos a tu Sagrado Corazón.

Reina, Señor, no solo sobre los que nunca se han separado de ti, sino también sobre los hijos pródigos que te han abandonado; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, para que no mueran de miseria y de hambre. Reina sobre aquellos que están extraviados por el error o separados por la discordia, y haz que vuelvan al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que pronto no haya más que un solo rebaño y un solo pastor.

Concede, Señor, a tu Iglesia una plena libertad y seguridad; concede a todo el mundo la tranquilidad del orden; haz que desde un extremo de la tierra no se oiga más que una sola voz: Alabado sea el Divino Corazón, por quien nos ha venido la salvación: a él la gloria y el honor por los siglos. Amén.



Actos de reparación

Acto de desagravio al Sagrado corazón de Jesús (Pío XI)

Dulcísimo Jesús, cuya caridad derramada sobre los hombres se paga tan ingratamente con el olvido, el desdén y el desprecio, míranos aquí postrados ante tu altar. Queremos reparar con especiales manifestaciones de honor tan indigna frialdad y las injurias con las que en todas partes es herido por los hombres tu amoroso Corazón.

Recordando, sin embargo, que también nosotros nos hemos manchado tantas veces con el mal, y sintiendo ahora vivísimo dolor, imploramos ante todo tu misericordia para nosotros, dispuestos a reparar con voluntaria expiación no sólo los pecados que cometimos nosotros mismos, sino también los de aquellos que, perdidos y alejados del camino de la salud, rehúsan seguirte como pastor y guía, obstinándose en su infidelidad, y han sacudido el yugo suavísimo de tu ley, pisoteando las promesas del bautismo.

Al mismo tiempo que queremos expiar todo el cúmulo de tan deplorables crímenes, nos proponemos reparar cada uno de ellos en particular: la inmodestia y las torpezas de la vida y del vestido, las insidias que la corrupción tiende a las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las miserables injurias dirigidas

contra ti y contra tus santos, los insultos lanzados contra tu Vicario y el orden sacerdotal, las negligencias y los horribles sacrilegios con que se profana el mismo Sacramento del amor divino y, en fin, las culpas públicas de las naciones que menosprecian los derechos y el magisterio de la Iglesia por ti fundada.

¡Ojalá que podamos nosotros lavar con nuestra sangre estos crímenes! Entre tanto, como reparación del honor divino conculcado, te presentamos, acompañándola con las expiaciones de tu Madre la Virgen, de todos los santos y de los fieles piadosos, aquella satisfacción que tú mismo ofreciste un día en la cruz al Padre, y que renuevas todos los días en los altares. Te prometemos con todo el corazón compensar en cuanto esté de nuestra parte, y con el auxilio de tu gracia, los pecados cometidos por nosotros y por los demás: la indiferencia a tan grande amor con la firmeza de la fe, la inocencia de la vida, la observancia perfecta de la ley evangélica, especialmente de la caridad, e impedir además con todas nuestras fuerzas las injurias contra ti, y atraer a cuantos podamos a tu seguimiento. Acepta, te rogamos, benignísimo Jesús, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María Reparadora, el voluntario ofrecimiento de expiación; y con el gran don de la perseverancia, consérvanos fidelísimos hasta la muerte en el culto y servicio a ti, para que lleguemos todos un día a la patria donde tú con el Padre y con el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Acto para desagraviar y consagrarse al Corazón de Jesús

¡Oh Corazón clementísimo de Jesús!, divino propiciatorio por el cual prometió el Eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones: yo me uno con Vos para ofrecer a vuestro Eterno Padre este mi pobre y mezquino corazón, contrito y humillado en su divino acatamiento, y deseoso de reparar cumplidamente sus ofensas, en especial las que Vos recibís de continuo en la Eucaristía, y señaladamente las que yo, por mi desgracia, también he cometido. Quisiera, divino Corazón, lavar con lágrimas y borrar con sangre de mis venas las ingratitudes con que todos hemos pagado vuestro tierno amor. Junto mi dolor, aunque tan leve, con aquella angustia mortal que os hizo en el huerto sudar sangre a la sola memoria de nuestros pecados. Ofrecédselo, Señor, a vuestro Eterno Padre, unido con vuestro amabilísimo Corazón. Dadle infinitas gracias por los grandes beneficios que nos hace continuamente, y supla vuestro amor nuestra ingratitud y olvido. Concededme la gracia de presentarme siempre con gran veneración ante el acatamiento de vuestra divina Majestad, para resarcir de algún modo las irreverencias y ultrajes que en vuestra presencia me atreví a cometer, y que de hoy en adelante me ocupe con todas mis fuerzas en atraer con palabras y ejemplos muchas almas que os conozcan y gocen las delicias de vuestro Corazón. Desde este momento me ofrezco y dedico del todo a dilatar la gloria de este sacratísimo y dulcísimo

Corazón. Le elijo por el blanco de todos mis afectos y deseos, y desde ahora para siempre constituyo en él mi perpetua morada, reconociéndole, adorándole y amándole con todas mis ansias, como que es el Corazón de mi amabilísimo Jesús, de mi Rey y soberano dueño, Esposo de mi alma, Pastor y Maestro, verdadero Amigo, amoroso Padre, Guía segura, firmísimo Amparo y Bienaventuranza. Amén.

Novenas y Letanías al Sagrado Corazón

Novena de confianza

¡Oh Corazón de amor, en Ti pongo toda mi confianza, pues todo lo temo de mi fragilidad, mas todo lo espero de tu bondad!

A tu Corazón confío (*petición*). Míralo todo, después haz lo que tu Corazón te diga, deja obrar a tu Corazón. ¡Jesús mío, yo cuento contigo, yo me fío de Ti, yo descanso en Ti, yo estoy seguro de Ti!

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

Novena al Sagrado Corazón de Jesús

Por la señal de la santa Cruz...
Señor mío Jesucristo...

Oración para empezar todos los días: ¡Oh Corazón divino de mi amado Jesús, en quien la Santísima Trinidad depositó tesoros inmensos de celestiales gracias!, concededme un corazón semejante a Vos mismo, y la gracia que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, vuestro sagrado culto y bien de mi alma. Amén.

Oración particular para el día primero: ¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús, que, con fervientes deseos y ardientísimo amor, deseáis corregir y desterrar la sequedad y tibieza de nuestros corazones! Inflamad y consumid las maldades e imperfecciones del mío, para que se abra en vuestro amor; dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amantísimo Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Tres Padrenuestros, Avemarías y Glorias, en reverencia de las tres insignias de la Pasión con que se mostró el divino Corazón a santa Margarita María de Alacoque.

Oración para todos los días al Padre Eterno:

¡Oh Padre Eterno!, por medio del Corazón de Jesús, mi vida, mi verdad y mi camino, llego a Vuestra Majestad; por medio de este adorable Corazón, os adoro por todos los hombres que no os adoran; os amo por todos los que no os aman; os conozco por todos los que, voluntariamente ciegos, no quieren conoceros. Por este divino Corazón deseo satisfacer a Vuestra Majestad todas las obligaciones que os tienen todos los hombres; os ofrezco todas las almas redimidas con la preciosa sangre de vuestro divino Hijo, y os pido humildemente la conversión de todas por el mismo suavísimo Corazón. No permitáis que sea por más tiempo ignorado de ellas mi amado Jesús; haced que vivan por Jesús, que murió por todas. Presento también a Vuestra Majestad, sobre este santísimo Corazón, a vuestros siervos, mis amigos, y os pido los llenéis de su espíritu, para que, siendo su protector el mismo déficio Corazón, merezcan estar con Vos eternamente. Amén.

(Hágase la petición que se desea obtener con esta novena).

Oración final para todos los días de la novena:

¡Oh Corazón divino de Jesús, dignísimo de la adoración de los hombres y de los ángeles!, ¡Oh Corazón inefable y verdaderamente amable, digno de ser adorado con infinitas alabanzas, por ser fuente de todos los bienes, por ser origen de todas las virtudes, por ser el objeto en quien más se agrada toda la Santísima Trinidad entre todas las criaturas!, ¡Oh Corazón dulcísimo de Jesús!, yo

profundamente os adoro con todos los espíritus de mi pobre corazón, yo os alabo, yo os ofrezco las alabanzas todas de los más amantes serafines y de toda vuestra corte celestial y todas las que os puede dar el Corazón de vuestra Madre Santísima. Amén.

Antífona: Mi corazón sufre improperios y miserias; he estado esperando alguno que se contriste conmigo, y no hay ninguno; alguno que me consuele y no viene nadie.

Aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón. Y hallaréis paz para vuestras almas.

Oración: Señor nuestro Jesucristo, que, por un beneficio singular de tu amor, te has dignado revelar a la Iglesia, tu esposa, las inefables riquezas de tu Corazón: concédenos propicio, que nuestros corazones merezcan enriquecerse con las gracias celestiales que manan de esa dulcísima fuente. Señor que vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Oración para el día segundo: ¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús, celestial puerta por donde llegamos a Dios y Dios viene a nosotros!, dignaos estar patente a nuestros deseos y amorosos suspiros, para que, entrando por Vos a vuestro Eterno Padre, recibamos sus celestiales bendiciones y copiosas gracias para amaros. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes

hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día tercero: ¡Oh Corazón Santísimo de Jesús, camino para la mansión eterna y fuente de aguas vivas!, concededme que siga vuestras sendas rectísimas para la perfección y para el cielo, y que beba de Vos el agua dulce y saludable de la verdadera virtud y devoción, que apaga la sed de todas las cosas temporales. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día cuarto: ¡Oh Corazón purísimo de Jesús, espejo cristalino en quien resplandece toda la perfección!, concededme que yo pueda contemplaros perfectamente, para que aspire a formar mi corazón a vuestra semejanza, en la oración, en la acción y en todos mis pensamientos, palabras y obras. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día quinto: ¡Oh dulcísimo Corazón de Jesús, órgano de la Trinidad venerada, por quien se perfeccionan todas nuestras obras!, yo os ofrezco

las mías, aunque tan imperfectas, para que supliendo Vos mi negligencia, puedan aparecer muy perfectas y agradables ante el divino acatamiento. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día sexto: ¡Oh Corazón amplísimo de Jesús, templo sagrado donde me mandáis habite con toda mi alma, potencias y sentidos!, gracias os doy por la inexplicable quietud, sosiego y gozo que yo he hallado en este templo hermoso de la paz, donde descansaré gustoso eternamente. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día séptimo: ¡Oh Corazón clementísimo de Jesús!, divino propiciatorio, por el cual ofreció el Eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones, diciendo: “Pídeme por el Corazón de mi amantísimo Hijo Jesús; por este Corazón te oiré, y alcanzarás cuanto me pides”. Presento sobre Vos a vuestro Eterno Padre todas mis peticiones, para conseguir el fruto que deseo. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh

amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día octavo: ¡Oh Corazón amantísimo de Jesús, trono ígneo, inflamado en el amor de los hombres, a quienes deseáis abrasados mutuamente en vuestro amor!, yo deseo vivir siempre respirando llamas de amor divino en que me abrase, y con que encienda a todo el mundo, para que os corresponda amante y obsequioso. Dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón!, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Oración para el día noveno: ¡Oh Corazón dolorosísimo de Jesús, que para ablandar nuestra dureza y hacer más patente el amor con que padecisteis tantos dolores y penas para salvarnos, los quisisteis representar en la Cruz, corona de espinas y herida de la lanza, con que os manifestasteis paciente y amante al mismo tiempo!, dadme la gracia de resarcir las injurias e ingratitudes hechas contra Vos, correspondiendo agradecido a vuestro amor, y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Novena al Sagrado Corazón de Jesús (rezada por el padre Pío de Pietrelcina)

Por la señal de la santa Cruz...

Señor mío Jesucristo...

¡Oh, Jesús mío!, que dijiste: *«en verdad os digo, pedid y recibiréis, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá»*. He aquí que, confiado en tu Palabra divina llamo, busco y pido la gracia...

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

¡Oh, Jesús mío!, que dijiste: *«en verdad os digo, todo lo que pidáis a mi Padre en mi Nombre, Él os lo concederá»*. He aquí que, confiado en tu Palabra divina, pido al Eterno Padre en tu Nombre la gracia...

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

¡Oh, Jesús mío!, que dijiste: *«en verdad os digo, los cielos y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán»*. He aquí que, confiado en la infalibilidad de Tu Palabra divina, te pido la gracia...

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Oración: ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús!, infinitamente compasivo con los desgraciados, ten piedad de nosotros, pobres pecadores, y concédenos las gracias

que te pedimos por medio del Inmaculado Corazón de María, nuestra tierna Madre. San José, padre del Sagrado Corazón de Jesús, ruega por nosotros.



Letanías al Sagrado Corazón

- Señor, *ten misericordia de nosotros.*
- Cristo, *ten misericordia de nosotros.*
- Señor, *ten misericordia de nosotros.*
- Cristo, *óyenos.*
- Cristo, *escúchanos.*
- Dios, Padre Celestial, *ten misericordia de nosotros.*
- Dios Hijo, Redentor del mundo, *ten misericordia de nosotros.*
- Dios, Espíritu Santo, *ten misericordia de nosotros.*
- Trinidad Santa, un solo Dios, *ten misericordia de nosotros.*
- Corazón de Jesús, del Hijo del Eterno Padre,
- Corazón de Jesús, formado en el seno de la Virgen Madre por el Espíritu Santo,
- Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios,
- Corazón de Jesús, de infinita majestad,
- Corazón de Jesús, templo santo de Dios,
- Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo,
- Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo,
- Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad,
- Corazón de Jesús, santuario de la justicia y del amor,
- Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor,
- Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes,
- Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza,
- Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones,
- Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría, y de la ciencia,
- Corazón de Jesús, en quien reside toda la plenitud

- de la divinidad,
- Corazón de Jesús, en quien el Padre halló sus complacencias,
 - Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido,
 - Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados,
 - Corazón de Jesús, paciente y lleno de misericordia,
 - Corazón de Jesús, generoso para todos los que te invocan,
 - Corazón de Jesús, fuente de vida y santidad,
 - Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,
 - Corazón de Jesús, colmado de oprobios,
 - Corazón de Jesús, triturado por nuestros pecados,
 - Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte,
 - Corazón de Jesús, traspasado por una lanza,
 - Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo,
 - Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra,
 - Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra,
 - Corazón de Jesús, víctima por los pecadores,
 - Corazón de Jesús, salvación de los que en Ti esperan,
 - Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren,
 - Corazón de Jesús, delicia de todos los santos,
-
- Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, *Perdónanos Señor.*
 - Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, *Escúchanos Señor.*
 - Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, *Ten misericordia de nosotros.*
 - Jesús, manso y humilde de Corazón, *Haz nuestro corazón semejante al tuyo.*

Oración: ¡Oh Dios todopoderoso y eterno!, mira el Corazón de tu amantísimo Hijo, las alabanzas y satisfacciones que en nombre de los pecadores te ofrece y concede el perdón a estos que imploran tu misericordia. Te lo pedimos en nombre de tu mismo Hijo Jesucristo, que contigo vive y reina en unión con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Acto de entronización del Sagrado Corazón

*¿Qué debo hacer para Entronizar
el Sagrado Corazón en mi hogar?*

1. Conocer qué es la Entronización y su importancia (véase para ello la *Catequesis preparatorias para la Consagración de la Familia al Corazón de Jesús*, página 96.

2. También es importante contar con un sacerdote que presida la ceremonia. El padre de familia o alguien más debe dirigir las oraciones.

3. Si no fuera posible celebrar la Misa en la propia ceremonia, haber ofrecido esa mañana el Santo Sacrificio de la Misa por el reinado del Sagrado Corazón

en vuestro hogar, y como acto de amor y reparación al Sagrado Corazón. Toda la familia debe tratar de recibir la Comunión en esa o en otra Misa próxima.

4. Obtener un cuadro o estatua del Sagrado Corazón tan bello como fuera posible.

5. Debajo del lugar de honor reservado para la estatua o el cuadro, disponga un “trono” o “altar”, es decir, una mesa (o tal vez una repisa) cubierta con un mantel blanco, bellamente decorado con velas y flores. Antes de la ceremonia, el cuadro o la estatua y el agua bendita deben estar colocadas en una mesa pequeña cercana al “trono”.

6. Invite a vuestros familiares y amigos a estar presentes, así usted ya comenzará a ser un “apóstol del Sagrado Corazón.” Haga una reunión familiar después de la ceremonia, con un pastel especial para los niños, quienes por supuesto, deberán estar presentes en la ceremonia, aún los más pequeños.

7. Haga de este día uno de los eventos más sobresalientes de la vida familiar; cuanto más solemne, mejor, para ser recordado largamente.

No hay forma más apropiada para comenzar la vida matrimonial de una joven pareja, que entronizar el Sagrado Corazón en su nuevo hogar.

La consagración no es otra cosa que entregarse y obligarse con Jesucristo; es la dedicación de nuestras personas y de todas nuestras cosas; *con ella reconocemos*

y aceptamos abierta y gustosamente su imperio, de verdad, justicia y caridad; es la reacción diametralmente opuesta al grito de "No queremos que Éste reine sobre nosotros".

Se puede realizar junto con el *Triduo para la Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús*, (página 95). Y con la presencia de un sacerdote llevar a cabo el siguiente ritual de la entronización.

Catequesis preparatorias para la Consagración de la Familia al Corazón de Jesús

¿QUÉ ES CONSAGRACIÓN?

Consagración o consagrar en sentido estricto es introducir en la esfera Divina, es hacer sacro. Es verdad que a veces se usa en un sentido más amplio como sinónimo de dedicarse, de ocuparse, se consagra a la educación de los hijos, se consagra al arte; pero en sentido eclesial y en sentido religioso como ahora lo tomamos, significa lo que su semántica dice: es hacer sacro, consagrar: consagración sacerdotal, consagración religiosa, consagración bautismal, etc. Es claro que sacro solo lo puede hacer Dios, porque sacro quiere decir esfera Divina.

En la religión, desde el Antiguo Testamento y también en el Nuevo Testamento, se ha recalcado profundamente una separación de lo Divino y lo creado;

y esto no es dualismo, es la realidad. Rompiendo los hábitos de las religiones paganas que divinizan fácilmente lo creado (los dioses de los bosques, de los ríos etc.), en la religión revelada hay una separación total entre Dios y la criatura: es una criatura dependiente de Dios, pero hay una esfera para ella inalcanzable, la esfera de Dios.

Entonces viene la Revelación, la obra de Cristo de la Redención, restaurando la creación inicial: Dios toma la criatura. Por lo tanto, en toda consagración la iniciativa es de Dios. Es Dios el que extiende la mano hasta el hombre, lo llama y lo toma y le invita a introducirse en su esfera divina. Si el hombre acepta esa invitación, se deja llevar por El y Dios lo introduce en la esfera sacra. Esto es lo que ocurre por ejemplo en la consagración bautismal: supongamos un hombre adulto, al que Dios llama a la Fe, se le acerca y le atrae, le llama y le invita. El hombre asume y acepta esa invitación, cree en Dios, se bautiza y es introducido en la esfera Divina. Es hecho hijo de Dios, entra en la familia de Dios, en la corriente de la Trinidad. Esto es una verdadera consagración.

El hombre ha de tomar conciencia de lo que es esa consagración y sacar las consecuencias de lo que lleva consigo, porque ha de vivir como hijo de Dios según esa esfera Divina, expresándola en toda su vida, siendo coherente vitalmente.

¿QUÉ ES CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS?

La consagración es una realidad dinámica: aun cuando estemos en la esfera divina, hay posibilidad de llamadas ulteriores dentro de esa intimidad, siempre por iniciativa de Dios. Este entrar más adentro, cuando tiene carácter de definitivo, de estable, es susceptible de ser sellado con una nueva consagración.

Todas estas nuevas consagraciones están radicadas en la del Bautismo y en cierta manera la expresan más plenamente, porque la llevan a la perfección de lo que es la docilidad a Dios. En este sentido, la Consagración al Corazón de Jesús supone la Consagración Bautismal, pero implica un conocimiento más reflejo y explícito de los compromisos que esta conlleva, y supone también un desarrollo de la vida espiritual: el Señor insistiendo, envolviendo a esa persona con su gracia, llamándole a mayor elevación de unión con Él, le va descubriendo sus designios amorosos, le va introduciendo en esos designios amorosos y, en un determinado momento, le invita a entregarse a Él, en aceptación de esos designios que Él está revelando.

Es una luz especial del Espíritu Santo que le hace conocer el misterio del amor del Corazón de Cristo de una manera especial y le hace sentirse llamado a ser instrumento del amor Redentor del Corazón de Cristo, con una conciencia plena y con un doble matiz de consagración y reparación que suele estar incluido en la consagración misma.

La consagración al Corazón de Jesús presupone esta captación del misterio del amor personal de Cristo, que se expresa en ese Corazón palpitante de Cristo: Cristo resucitado y vivo, que no sólo que me llama a un intimismo con Él, sino que me introduce en su Corazón y me hace confidente de sus proyectos redentores, del drama de su Corazón.

La devoción del Corazón de Jesús no es solo un coloquio con una imagen en el que me abstraigo de todo lo demás, sino que entro en el Corazón de Cristo y El me revela como amigo el drama de su Corazón redentor: lo que es la salvación del mundo, lo que es el rechazo de los hombres, lo que es la traición de sus fieles. Me lo revela para que yo lo viva en su amistad. Entonces es cuando yo, viviendo esto, pongo en mi vida este nivel de existencia y me consagro a Él. La Consagración al Corazón de Jesús lleva consigo amor y reparación, amor y participación en la obra redentora de Cristo a través de las formas diversas de contribución a esa Redención.



¿QUÉ ES LA CONSAGRACIÓN DE LA FAMILIA AL CORAZÓN DE JESÚS?

Además de las personas hay también entidades de tipo social, entre ellas la familia. La familia no es sólo la suma de sus miembros, sino que en sí tiene en cierta manera una personalidad propia, que se debe a Cristo. La consagración de la familia supone reconocer que el Amor del Corazón de Cristo ha constituido cada familia concreta como misterio de amor, reflejo de la Trinidad, dándole el lugar que le corresponde en el seno de dicha familia.

Por eso no es lo mismo estar consagrados todos los miembros de una familia que, consagración de la familia como tal, con su entidad propia familiar. Del mismo modo se podrían consagrar como entidades sociales los pueblos, las Diócesis, las Naciones e incluso el mundo entero.

La consagración se puede entender de dos maneras:

1.- La consagración que puede hacer el padre o la madre de su propia familia, sin deseo o conciencia por parte de sus miembros. No es tanto una consagración en sentido pleno, como un acto por el cual los padres confían la familia o a alguno de sus miembros (por ejemplo, un hijo alejado) al Corazón de Jesús, poniéndolo bajo su protección, por la responsabilidad que estos tienen.

2.- La verdadera consagración es cuando la familia, como entidad social, toma la decisión consciente de consagrarse, aceptando el reinado de amor del Corazón de Jesús, y reconociendo que es una realidad que debe su origen, su elevación, su solidez y sus características esenciales a Cristo y al amor de Cristo. Por la consagración la familia queda inserta en la sacralidad cristiana de la Iglesia y comprende que como tal, tiene una misión instrumental de amor, entregándose a ese amor Redentor del Corazón de Cristo.

Triduo para la Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús

Elijase para la ceremonia de Entronización un día que tenga una significación especial para la familia (el aniversario de bodas, por ejemplo), o el día de una fiesta litúrgica apropiada, en la que en lo posible pueda estar presente un sacerdote.

A mayor y más seria preparación para la Entronización, mayores serán las bendiciones que seguirán a este evento. La preparación puede extenderse a tres días (un triduo), como se propone a continuación, o a nueve días (una novena), rezando los demás días las letanías del Corazón de Jesús en lugar de la lectura.

ESQUEMA PARA TODOS LOS DÍAS

El padre o la madre de familia dirigen las oraciones:

1º Por la señal... Acto de contrición: *Señor mío Jesucristo...*

2º Oración preparatoria: ¡Oh Divino Corazón de Jesús!, ven a morar entre nosotros, pues te amamos. Visita nuestro hogar como una vez Tú visitaste a Tus amigos en Caná, Betania, y el hogar de Zaqueo, el publicano. Nosotros queremos poner nuestra familia bajo Tu protección, y tenerla en íntima unión contigo ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús!, Tú eres nuestro más fiel Amigo. Nunca nadie nos ha amado como Tú lo has hecho. Y nosotros queremos amarte por aquellos que no Te aman, ya que Tú eres nuestro Dios y Salvador. Tú eres también nuestro Rey y Señor. Ya que tantos desprecian Tu Realeza, queremos la manifiestes en nuestra familia. Toma Tu posesión de este hogar, donde reservamos un trono como lugar de honor para Ti.

Concédenos que el día de la Entronización sea para nuestra familia y para Ti, un día de gran alegría y el principio de una nueva vida en total sumisión e íntima unión contigo. Queremos abandonar nuestro amor propio desordenado y amar a nuestro prójimo como Tú nos amas.

¡Oh Corazón de Jesús!, te pedimos la caridad de los primeros cristianos, de los Apóstoles, y de los Mártires.

Concédenos que otras familias puedan abrazar Tu amor y que así, de familia en familia quiera todo el mundo someterse a Tu Realeza.

¡Oh Inmaculado Corazón de María!, modelo perfecto de fidelidad a Nuestro Señor y de unión con El, extiende y afianza, en nuestros corazones y en nuestras familias el reinado de la caridad, el reinado del Sagrado Corazón de Jesús. Amen.

3º Lectura de cada día: La leerá despacio un miembro de la familia y después se dejará un momento de silencio para meditar lo leído.

Si se prefiere, se pueden rezar las letanías del Sagrado Corazón de Jesús (página 88)

4º Peticiones: Señor Nuestro Jesucristo, que prometiste: *“Pedid y recibiréis”*, acepta las súplicas que ahora te presentan los miembros de esta familia:

1ª Para que imitemos a la Sagrada Familia de Jesús, José y María en el espíritu de oración, obediencia y trabajo.

Roguemos al Señor.

2ª Para que seamos fieles al compromiso que vamos a adquirir con el Corazón de Jesús consagrándonos a Él y seamos siempre sus siervos fieles y perfectos amigos.

Roguemos al Señor.

3ª Para que aceptemos con alegría y cumplamos con perseverancia lo que Dios nos pida a cada uno de nosotros.

Roguemos al Señor.

4ª Para que Jesús nos vaya concediendo un Corazón como el suyo y crezcamos cada día en el amor entre nosotros, y en el amor a los necesitados.

Roguemos al Señor.

5ª Para que frecuentemos con provecho los sacramentos de la confesión y comunión, y así recibamos fuerza para trabajar en la Iglesia por la redención del mundo.

Roguemos al Señor.

Cada uno puede añadir peticiones que necesite, bien diciéndolas en alto o dejando un momento de silencio.

5º Oración final: Omnipotente y sempiterno Dios, mira al Corazón de tu amado Hijo, y a las alabanzas y satisfacciones que te dio en nombre de los pecadores. Concede propicio el perdón a los que imploran tu misericordia en nombre de tu mismo Hijo Jesucristo, que contigo vive y reina en unión del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

6º Conclusión: *El padre o la madre de familia santiguándose dice: "Que nos guarde y nos bendiga siempre el Señor Todopoderoso y compasivo, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo".*

Todos santiguándose dicen: Amén.

DÍA PRIMERO: JESÚS INVITA A NUESTRA FAMILIA

Leemos en el Evangelio según san Lucas, cómo Jesús entró a hospedarse en casa de un pecador: *«Después que entró Jesús en Jericó un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos, intentaba ver quién era Jesús. Pero no podía, por la gente, y porque era pequeño. Echó a correr hacia adelante, trepó a una higuera para verlo pasar. Y Jesús, cuando llegó a aquel sitio, alzando los ojos, le dijo: Zaqueo, baja de prisa, que hoy quiero hospedarme en tu casa. Bajó aprisa y lo recibió muy contento. Al ver aquello, muchos murmuraban: Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador. Pero Zaqueo, deteniéndose, le dice al Señor: Mira, la mitad de mis bienes, voy a darla a los pobres; y si a alguno defraudé en algo, quiero devolverle cuatro veces más. Entonces Jesús exclama: Hoy la salvación ha venido a esta casa, porque también este es hijo de Abrahán; pues el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,1-10).*

Como a Zaqueo, a nosotros también Jesús nos va a buscar, nos invita y nos viene a decir: Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo. Pero yo ejerzo

mi autoridad por medio de mi Corazón. Deseo ser tratado no sólo como dueño de vuestra casa y vuestros corazones, sino también como hermano y amigo. Participaré en vuestra vida diaria, estaré con vosotros, en las penas y en las alegrías; siempre.

Pueblo mío, al que amo intensamente, mira que estoy a la puerta, y llamo: Si alguno me oye y me abre, entraré a él y comeremos juntos. Soy Jesús, vuestro Salvador, y quiero proteger vuestra familia frente a las fuerzas del Maligno que intenta dañarla y, si puede, destruirla. Quiero que vosotros, mayores y pequeños, no caigáis en la esclavitud del pecado, ni en las angustias del miedo, la preocupación o la tristeza.

Por eso, estoy dispuesto a derramar sobre vosotros mi Espíritu, que os instruirá, para que vuestra alegría sea completa y nadie os la pueda arrebatara. Yo no forzaré mi entrada en vuestra casa y menos en vuestros corazones. Espero ser invitado. Espero que me digáis: “¡Ven, Señor Jesús! Quédate con nosotros, que te necesitamos”.

Si queréis que una imagen mía presida vuestro hogar, que sea para juntaros algunos momentos a rezar ante ella; para mejor hacer de vuestra familia una iglesia doméstica, en la que reine el amor de Dios y del prójimo, participad con más devoción y frecuencia en la Misa y en la comunión; tratad de conocer más y cumplir mejor mi Evangelio.

Os ofrezco mi Corazón herido, rebosante de perdón, de amor, y de vida que nunca terminará. Espero vuestra respuesta.

(Se deja un momento de silencio para meditar).

DÍA SEGUNDO: NUESTRA RESPUESTA AL SEÑOR

El Señor en el libro del Apocalipsis nos dice: *«Yo reprendo y corrijo a quienes quiero con amor de amistad; así que, ten fervor y arrepíentete. Mira, estoy llamando a la puerta; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo»* (Ap 9,22).

Ante tanto amor que Jesús muestra por nosotros, Él pide como respuesta que le abramos la puerta de nuestro corazón y le correspondamos. Esto lo hacemos en especial por medio de la consagración. *“Con la consagración ofrecemos al Corazón de Jesús a nosotros y todas nuestras cosas, reconociéndolas recibidas de la eterna caridad de Dios”* (Encíclica Misericordissimus Redemptor, Pío XI).

Consagrarse es ponerse totalmente a disposición de Cristo, es por eso un acto serio y bien meditado. Igual que cuando se consagra un cáliz o un altar, este deja de estar al servicio de bebidas y cenas para pasar al servicio exclusivo de Dios, cuando se consagra una persona y más una casa, esta se pone al servicio del Señor para tratar de hacer en todo su voluntad. Por eso se llama también entronización, porque pones un trono real

en tu casa, el trono de Cristo, al cual proclamas como tu Rey y le quieres servir por amor. Es tratar que todo lo que mi familia hace y vive, sufrimientos, alegrías, trabajos, inquietudes... sirva al Señor para la redención del mundo.

Conlleve también que nuestra vida doméstica quiera ser reparación para el Corazón herido de Cristo sabiendo que *“Dios nos ha amado y los hombres no le amamos, y porque el amor no correspondido merece todavía más respeto y exige por relación de Justicia precisamente una reparación”*. (Encíclica Haurietis Aquas, Pío XII), y que *“la Reparación es que los pecadores vuelvan al Señor tocados por su amor y vivan en adelante con más amor en compensación por su pecado”* (Juan Pablo II en Paray-le-Monial). Todo esto vivido en absoluta confianza en Jesucristo, como dice Santa Teresita: *“la confianza y nada más que la confianza, es lo que lleva al Amor”*.

Y esto vivirlo cada instante de nuestra vida, cada latido de nuestro corazón y renovarlo con el ofrecimiento de obras cada mañana.

Un propósito concreto de esta consagración es tratar, con la ayuda de Dios y de la Virgen María, de hacer vida en nuestra casa las siguientes ***“Bienaventuranzas de la familia”***:

- Bienaventurada la familia cuyos hijos y padres comulgan con frecuencia y rezan juntos, porque así permanecerán unidos.

- Bienaventurada la familia cuyos hijos y padres guardan las fiestas cristianamente, porque asistirán a las fiestas de la eterna felicidad en el cielo.

- Bienaventurada la familia cuyos hijos y padres no viven según el espíritu del mundo apartado de Dios, porque en su casa encontrarán la incomparable alegría de la conciencia en paz con Dios.

- Bienaventurada la familia que recibe a los hijos como dones de Dios y los prepara para los sacramentos, porque en ella se criarán bienaventurados para el cielo.

- Bienaventurada la familia que practica la caridad con los necesitados, porque Dios mismo queda obligado a recompensarla.

- Bienaventurada la familia donde los enfermos reciben la visita del sacerdote y los sacramentos, porque la muerte no entrará infundiendo miedo, sino que dejará gran paz.

- Bienaventurada la familia consagrada con fidelidad al Corazón de Jesucristo, porque en ella reinarán la bondad y el amor.

(Se deja un momento de silencio para meditar).

DÍA TERCERO: ¿QUÉ HACE EL CORAZÓN DE JESÚS CUANDO NOS CONSAGRAMOS A ÉL?

Narra el Evangelio que cuando Jesús iba de camino, *«entró en una aldea, y una mujer, llamada Marta, le dio hospedaje. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra; en cambio, Marta estaba dispersa, con el ajetreo del servicio; y, presentándose, dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Entonces, dile que me ayude. Pero el Señor le respondió así: Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por demasiadas cosas. Sólo se necesita una. María ha elegido la mejor parte»*. (Lc 10, 38-42).

Más adelante nos relata el Evangelio que Jesús volvió a esa casa de Betania, al haber muerto Lázaro hermano de Marta y María y que allí *«se enteró de que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Entonces María llegó donde estaba Jesús. Al verlo cayó a sus pies diciéndole: Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Jesús, al verla llorando, lanzó un suspiro profundo, y emocionado dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Fue hacia el sepulcro, y con voz potente dijo: ¡Lázaro, sal afuera! El muerto salió, atado de pies y manos, con vendas. Jesús les dice: Desatadlo y dejadlo ir. Muchos creyeron en Él»*. (Jn 11, 17-46).

Vemos cómo Jesús, al ser acogido en la casa de Betania, llena a la familia con su amor. A la vez que aconseja e instruye (en especial a María), y cura a Lázaro devolviéndole a la vida. Es Jesús, Amigo, Maestro y

Médico, Hijo de Dios hecho hombre por amor a nosotros, el que nos hizo a través de la gran santa del Corazón de Jesús, Santa Margarita María, las extraordinarias promesas a los amigos de su Sagrado Corazón (ver *Promesas del Sagrado Corazón de Jesús a los que vivan su devoción*, p.141).

Estas promesas se resumen, en definitiva, en las palabras que santa Margarita María recibió del Corazón de Jesús: *«Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos se opongan a ello»*. Estas palabras, explica santa Margarita María, *«me dan tanto consuelo y esperanza de que así sería, que cuanto más me privaban de los medios con que contaba, tanto más yo confiaba y esperaba que Dios, siempre fiel a sus promesas, realizaría la obra por sí mismo. Así lo ha cumplido siempre, hasta excediéndose de sus promesas»* (Carta de santa Margarita al P. Croiset, 10-VIII-1689).

(Se deja un momento de silencio para meditar).

ACTO DE CONSAGRACIÓN

Para llevar a cabo el acto de Consagración se puede elegir una de las oraciones propuestas (ver página 69).

Ceremonia de Entronización

Previa a la ceremonia de entronización se puede preparar la familia con el *Triduo para la Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús*, (página 95), y leyendo la Catequesis preparatorias para la Consagración de la Familia al Corazón de Jesús (página 91).

Se recomienda, la asistencia a Misa, celebrada por las intenciones de la familia en el día de la Entronización, si fuera posible en casa, o al menos escuchar Misa en familia y recibir la Santa Comunión (como mínimo el domingo anterior).

El lugar reservado para la imagen se dispone como un pequeño altar. La imagen del Sagrado Corazón se prepara en otra mesa cubierta de blanco, con velas y flores. Se coloca también una pequeña botella con agua bendita.

BENDICIÓN DE LA CASA

A la hora prevista, los padres, hijos y amigos se reúnen en el sitio principal de la casa para la ceremonia. Si la casa aún no está bendecida, el sacerdote, la bendice.

Sacerdote: Nuestro auxilio está en el Nombre del Señor

Todos: Que hizo el cielo y la tierra.

Sacerdote: El Señor esté con vosotros.

Todos: Y con tu espíritu.

Sacerdote: Oremos: Oh Señor, Dios Altísimo, bendice + esta casa. Haya en ella salud, castidad, victoria sobre el pecado, fortaleza, humildad, mansedumbre y bondad de corazón, observancia plena de tu ley y gratitud a por todos tus beneficios. Y permanezca siempre esta bendición sobre esta casa y sobre quienes la habitan, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén

Mientras se van recorriendo las distintas estancias de la casa vamos cantando al Señor pidiéndole que sin tardar venga a nuestro hogar.

Ven, ven, Señor, no tardes; ven, ven, que te esperamos.

Ven, ven, Señor, no tardes; ven pronto Señor.

BENDICIÓN DE LA IMAGEN O ESTATUA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Cuando resulte imposible la presencia del sacerdote, la imagen es bendecida de antemano. La familia se arrodilla ante la imagen. El sacerdote, con alba y estola blanca, comienza la bendición.

Sacerdote: Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Todos: Que hizo el cielo y la tierra.

Sacerdote: El Señor esté con vosotros.

Todos: Y con tu espíritu.

Sacerdote: Oremos: Dios todopoderoso y eterno, que quieres que al contemplar con los ojos corporales las imágenes de los Santos nos animemos a imitar sus ejemplos y virtudes; te rogamos que te dignes ben+decir y santi+ficar esta Imagen hecha en honor y memoria del Sagrado Corazón de tu Unigénito Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que cuantos te supliquen y honren ante ella, obtengan de Ti ahora la gracia; y después, la eterna gloria por los méritos del mismo Cristo, Señor Nuestro, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.

Luego el sacerdote rocía las imágenes con agua bendita.

ENTRONIZACIÓN DE LA IMAGEN

Luego, el padre de familia coloca la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el lugar de honor, para rendir homenaje al Reinado de Amor de Jesucristo.

LITURGIA DE LA PALABRA

Sacerdote: Con el Señor espiritualmente presente, escuchamos ahora su palabra. El Señor esté con vosotros.

Todos: Y con tu espíritu.

Sacerdote: Lectura del Santo Evangelio según san Lucas.

Todos: Gloria a Ti, Señor.

«Habiendo entrado Jesús en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo. Jesús le dijo: Hoy ha entrado la salvación en esta casa» (Lc 19).

Sacerdote: Palabra del Señor.

Todos: Gloria a Ti, Señor Jesús.

BREVE HOMILÍA

Todos toman asiento, mientras el sacerdote dirige unas pocas palabras a los presentes. El recuerda: El significado de la Entronización,

- La vida cristiana de obediencia, confianza y amor que el Sagrado Corazón espera de las familias que han dado a Jesús este honor;

- Las bendiciones especiales y abundantes que se dan a aquellas familias fieles a sus promesas al Sagrado Corazón de Jesús;

- La promesa de la familia de renovar frecuentemente su consagración, especialmente durante las oraciones de la tarde.

Y antes de hacer la consagración le cantamos al Señor que abra la herida de su costado para meter a nuestra familia en su Corazón: *Dueño de mi vida, vida de mi amor...* (Ver Cantos y Poesías al Sagrado Corazón de Jesús).

Y ahora puestos de rodillas todos los miembros de la familia, ante la imagen del Corazón de Jesús, recitamos nuestra consagración (*se puede utilizar la siguiente consagración o cualquiera de las propuestas previamente*).

ACTO DE CONSAGRACIÓN

Para llevar a cabo el acto de Consagración se puede elegir una de las oraciones propuestas (ver página 69).

ORACIÓN POR LOS AUSENTES Y POR LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA FALLECIDOS

Nadie deberá estar ausente en esta ocasión solemne, por lo tanto, se debe recordar a los que han fallecido. Y así, rezar un Padrenuestro, un Avemaría y Gloria por ellos y por los que están ausentes

Padrenuestro... Avemaría... Gloria

Sacerdote: Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

Todos: Amén.

CONSAGRACIÓN DE LOS NIÑOS AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Si parece oportuno, los niños rezan la siguiente oración:

Oh Corazón de Jesús, Corazón de nuestro Mejor Amigo y nuestro Rey. Tú que has sido colocado en Tu trono en esta casa, para que siempre vivas con nosotros, dinos aquellas mismas palabras: *“Dejad que los niños vengan a Mí.”*

¡Míranos, Oh Corazón de Jesús!, arrodillados a tus pies, te prometemos ser obedientes y respetuosos, como tú lo fuiste con la Virgen María y San José en la pequeña casa de Nazaret, para que podamos crecer en virtud y en sabiduría según nuestra edad.

Corazón de Jesús, tú quieres también poseer nuestros corazones, pues dijiste: *“Hijo mío, dame tu corazón”*. Nosotros queremos consolarte con nuestro amor, por todos los que no te conocen o no quieren amarte. Jesús, amigo de los niños, recibe nuestros corazones, hazlos puros, santos y felices. Recibe también nuestros cuerpos, nuestras almas, y toda nuestra voluntad. ¡Nos consagramos a Ti ahora y por siempre! Se tú solo nuestro Rey. Todos nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras acciones y nuestras oraciones, los consagramos a nuestro Amigo y nuestro Rey.

Todo es tuyo, ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús!

Los niños pueden recitar un poema o canción en honor del Sagrado Corazón.

BENDICIÓN DEL SACERDOTE

El sacerdote bendice a los presentes con la fórmula usual.

El sacerdote y la familia firman el Certificado de Entronización. Este gran documento es para ser guardado con los otros recuerdos de la familia, o encuadrado y colgado cerca del Sagrado Corazón.

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Para la renovación podría usarse la propia fórmula hecha el día de la Consagración de la familia, u otra como la siguiente:

Dulce Salvador, postrados humildemente a Tus pies, renovamos la Consagración de nuestra familia a Tu Divino Corazón. Sé por siempre nuestro Rey; tenemos plena y total confianza en Ti, Llene Tu espíritu nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras palabras, y nuestras obras. Bendice nuestras empresas. Se parte de nuestras alegrías, de nuestras pruebas, y de nuestros esfuerzos. Haznos conocerte mejor, amarte más, y servirte sin falta. De un extremo al otro de la tierra resuene el grito: "¡Sea amado, bendito y glorificado por siempre y en todo lugar el Corazón Triunfante de Jesús!". Amén.



Otras oraciones al Sagrado Corazón de Jesús

Junio: mes del Sagrado Corazón de Jesús

Sea de todos conocido, amado y venerado el Dulcísimo Corazón de nuestro amabilísimo Redentor Jesús. Amén.

Por la señal de la Santa Cruz...

Señor mío Jesucristo...

Oración preparatoria:

Dios mío, me postro ante vuestra soberana presencia, creyendo que, en virtud de vuestra inmensidad, estáis aquí presente, y ahondáis en mis pensamientos más ocultos. Yo os adoro en unión de vuestro Santísimo Hijo y deseo unir mi corazón al suyo, para ofreceros una oración pura y agradable a vuestros divinos ojos. Iluminad, Señor, mi entendimiento, inflamad mi voluntad, enviadme santas inspiraciones e infundidme vuestra gracia para que llegue a penetrar en el Corazón de vuestro amorosísimo Hijo Jesucristo, contemplar las riquezas de su amor y adquirir las virtudes que en Él resplandecen. Y Vos, Virgen Santísima, Ángel de mi guarda y Santos de mi devoción, interceded por

mí, a fin de que, apartando de mi mente pensamientos de distracción, pueda meditar las excelencias del amor de Cristo. Amén.

Corazón Sacratísimo de Jesús, desde lo más íntimo del alma adoro las tres gloriosas insignias con que aparecisteis adornado, saludándolas con las siguientes deprecaciones y Padrenuestros.

¡Oh preciosa Herida, abierta en el Sagrado Corazón para dar paso a las llamas de su inmenso amor! Haced que el incendio de la caridad purifique nuestros corazones de la inmundicia del pecado.

Padrenuestro y Avemaría.

¡Oh Corona de espinas que atormentasteis al Corazón Sacratísimo con las puntas crueles de nuestros pecados! Alcanzadnos un santo y sincero remordimiento de nuestras culpas.

Padrenuestro y Avemaría.

¡Oh Cruz plantada en el Corazón de Cristo, árbol frondoso alimentado por la sangre divina, signo de vuestro ardiente deseo de ser crucificado! Concedednos una entera resignación a los designios de la Providencia.

Padrenuestro y Avemaría.

Acto de Consagración: Torras y Bages (Obispo de Vic, 1899-1916)

Soy vuestro, oh buen Jesús, porque sois mi Creador, porque desde la eternidad me habéis llevado en vuestra inteligencia como el niño es llevado en las entrañas de la madre; soy vuestro porque me rescatasteis del poder del demonio y me comprasteis con el precio de vuestra preciosísima sangre; soy vuestro como el hijo es del padre, como el sarmiento es de la vid, como el fruto es del árbol, pues frutos de vuestra Cruz somos todos los cristianos. Y aunque mil veces me he rebelado contra Vos, vuestro dulce Corazón no ha dejado de amarme; por mí, derramasteis lágrimas de dolor en los días de mi prevaricación, y movido por vuestro Corazón, no sosegasteis hasta volverme a la gracia. ¡Oh Corazón que tanto me amasteis!, ¡Oh Corazón que tantas veces acongojé y llené de amargura! A Vos me consagro, y protesto mil veces de no daros en adelante motivo alguno de aflicción; antes, recordando las pasadas ocasiones en que os llené de amargura, propongo amaros por los que no os aman, honraros por los que os desprecian, propagar vuestra gloria para reparar el desconsuelo con que apenas vuestro Corazón los que, estando obligados a propagarla, os miran con la mayor indiferencia. Propongo emplear todo mi corazón en amaros, y quisiera tener mil corazones para amaros más y más; quiero que desde hoy sea mi alma un sagrario vuestro cerrado a toda vana pasión humana, un lugar de descanso para Vos, y viva imagen de vuestro Corazón, de

suerte que, dedicándose durante toda la vida a amaros, tenga en su agonía por último pensamiento un acto de amor a Vos, ¡oh Jesús dulcísimo!, que queréis glorificar mi alma por toda la eternidad. Amén.

Oración para las comuniones de los nueve primeros viernes de mes

¡Oh Jesús mío!, que en vuestra infinita misericordia prometisteis la gracia de la perseverancia final a los que comulgaren en honra de vuestro Sagrado Corazón nueve primeros viernes de mes seguidos: acordaos de esta promesa y a mí, indigno siervo vuestro que acabo de recibirlos sacramentado con este fin e intención, concededme que muera detestando todos mis pecados, creyendo en Vos con fe viva, esperando en vuestra inefable misericordia y amando la bondad de vuestro amantísimo y amabilísimo Corazón. Amén.

Oración a Cristo Rey

¡Oh Cristo Jesús!, yo os reconozco por Rey universal. Todo cuanto ha sido hecho, ha sido creado para Vos. Ejerced sobre mí todos vuestros derechos.

Renuevo mis promesas del Bautismo, renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras; y prometo vivir como buen cristiano. Y particularmente me comprometo a hacer triunfar, según mis medios, los derechos de Dios y de su Iglesia.

Corazón divino de Jesús, os ofrezco mis pobres acciones para obtener que todos los corazones reconozcan vuestra sagrada realeza, y así se establezca en todo el universo el reino de Tu paz. Amén.

Acto de confianza al Corazón de Jesús (San Claudio de la Colombière)

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna a quien aguarda de Ti todas las cosas, que he determinado vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargando en Ti todas mis solicitudes: *«En paz me duermo y en seguida descanso porque Tú sólo, Señor, me has confirmado en la esperanza»* (Sal 4, 10).

Despójeme en buena hora los hombres de los bienes y de la honra, príveme de las fuerzas e instrumentos de serviros las enfermedades; pierda yo por mí mismo vuestra gracia pecando, que no por eso perderé la esperanza, antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida, y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela.

Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos: que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí toda mi confianza se funda en mi misma confianza: *«porque Tú sólo, Señor, me has confirmado en la esperanza»*.

Confianza semejante jamás salió fallida a nadie: «Nadie esperó en el Señor y quedó confundido» (Sir 2, 11). Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero: «en Ti, Señor, he esperado, no quede avergonzado jamás» (Sal 30, 2; 70, 1).

Conocer, demasiado conozco que por mí soy frágil y mudable; sé cuánto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme. Mientras yo espere, estoy a salvo de toda desgracia; y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable.

En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto, espero que me sostendrás firme en los riesgos más inminentes y me defenderás en medio de los ataques más furiosos, y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos. Espero que Tú me amarás a mí siempre, y que te amaré a Ti sin intermisión; y para llegar de un

solo vuelo con la esperanza hasta dónde puede llegarse, espero a Ti mismo, de Ti mismo, oh Creador mío, para el tiempo y la eternidad. Amén.

Acto de ofrenda al amor misericordioso (Santa Teresita del Niño Jesús)

“Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios”.

¡Oh, Dios mío, Trinidad Bienaventurada!, deseo amaros y haceros amar, trabajar por la glorificación de la Santa Iglesia, salvando las almas que están en la tierra y librar a las que sufren en el purgatorio. Deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y alcanzar el puesto de gloria que me habéis preparado en vuestro reino. En una palabra, deseo ser santa, pero comprendo mi impotencia y os pido, ¡oh, Dios mío!, que seáis Vos mismo mi santidad.

Puesto que me habéis amado, hasta darme a vuestro único Hijo como Salvador y como Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; os los ofrezco con alegría, suplicándoos que no me miréis sino a través de la Faz de Jesús y en su Corazón ardiendo de Amor.

Os ofrezco también todos los méritos de los santos (los que están en el cielo y en la tierra), sus actos de amor y los de los Santos Ángeles; en fin, os ofrezco, ¡oh Trinidad Bienaventurada!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; en sus manos

pongo mi ofrenda, rogándola que os la presente. Su divino hijo, mi Amado esposo, en los días de su vida mortal, nos dijo: «*Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os será concedido*». Estoy, pues, segura que escucharéis mis deseos; lo sé, ¡oh, Dios mío!, cuanto más queréis dar, más hacéis desear. Siento en mi corazón deseos inmensos y os pido con confianza que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah!, no puedo recibir la sagrada comunión con tanta frecuencia como deseo; pero, Señor, ¿no sois Vos Todopoderoso?. Permaneced en mí, como en el sagrario, no os apartéis jamás de vuestra pequeña hostia.

Quisiera consolaros de la ingratitud de los malos y os suplico que me quitéis la libertad de ofenderos; si por debilidad, caigo alguna vez, que inmediatamente vuestra divina mirada purifique mi alma, consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego, que transforma todas las cosas en sí mismo.

Os doy gracias, ¡oh Dios mío!, por todos los favores que me habéis concedido, en particular por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento. Os contemplaré con gozo el último día, cuando llevéis el cetro de la Cruz. Y ya que os habéis dignado hacerme participar de esta preciosa Cruz, espero parecerme a Vos en el cielo y ver brillar sobre mi cuerpo glorificado las sagradas llagas de vuestra Pasión.

Después del exilio de la tierra, espero ir a gozar de Vos en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el cielo, sólo quiero trabajar por vuestro amor, con el único fin de agradaros, de consolar vuestro Sagrado Corazón y salvar almas que os amen eternamente.

En la tarde de esta vida, me presentaré delante de Vos con las manos vacías, pues no os pido, Señor, que tengáis en cuenta mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas ante vuestros ojos. Quiero, por tanto, revestirme de vuestra propia Justicia, y recibir de vuestro amor la posesión eterna de Vos mismo. No quiero otro trono y otra corona que a Vos, ¡oh Amado mío!

A vuestros ojos el tiempo no es nada, un solo día es como mil años; Vos podéis, pues, prepararme en un instante, para presentarme ante Vos.

Para vivir en un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar, en mi alma, las olas de ternura infinita que tenéis encerradas en Vos y que, de ese modo, me convierta en mártir de vuestro amor, ¡oh, Dios mío! Que este martirio, después de prepararme para presentarme ante Vos, me haga finalmente morir y que mi alma se lance sin tardanza en el abrazo eterno de vuestro amor misericordioso.

Quiero, ¡oh, Amado mío!, a cada latido de mi corazón, renovar esta ofrenda un número infinito de veces, hasta que las sombras se hayan desvanecido y pueda repetiros mi amor en un cara a cara eterno. Amén.

*Oración al Corazón de Jesús
para alcanzar humildad
(Santa Teresita del Niño Jesús)*

¡Oh Jesús! Cuando eras peregrino en la tierra, dijiste: *«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso de vuestras almas»*. Sí, poderoso Monarca de los cielos, mi alma encuentra el descanso al ver cómo os abajáis vistiendo forma y naturaleza de esclavo, hasta lavar los pies de vuestros apóstoles. Entonces me acuerdo de estas palabras que pronunciasteis para enseñarme a practicar la humildad: *«Ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho con vosotros, lo hagáis también vosotros. No es más el discípulo que su Maestro... Si comprendéis estas cosas, seréis felices practicándolas»*. Yo comprendo, Señor, estas palabras salidas de tu Corazón dulce y humilde, y con la ayuda de vuestra gracia quiero practicarlas.

Quiero abajarme humildemente y someter mi voluntad a la de mis hermanas, sin contradecirlas en nada y sin averiguar si tienen o no derecho a mandarme. Nadie tenía, Amado mío, este derecho sobre Vos y, sin

embargo, obedecisteis, no sólo a la Santísima Virgen y a San José, sino también a vuestros verdugos. Ahora os veo colmar la medida de vuestros anonadamientos en la Hostia. ¡Con qué humildad, oh, divino Rey de la gloria, os sometéis a vuestros sacerdotes, sin hacer distinción alguna entre los que os aman y los que son, por desgracia, fríos y tibios en vuestro servicio! Ya pueden adelantar o retrasar la hora del santo Sacrificio; estáis siempre pronto a descender del cielo a su llamada.

¡Oh, Amado mío, qué dulce y humilde de Corazón me parecéis bajo el velo de la blanca Hostia! No podéis abajaros más para enseñarme la humildad. Por eso, quiero responder a vuestro amor, ponerme en el último lugar, participar de vuestras humillaciones, a fin de «tener parte con Vos» en el reino de los cielos.

Os suplico, mi divino Jesús, que me enviéis una humillación cada vez que intente sobreponerme a las demás.

Pero conocéis mi debilidad; cada mañana tomo la resolución de practicar la humildad, y por la noche reconozco haber cometido muchas faltas de orgullo. Al ver esto, me tienta el desaliento, pero sé que el desaliento es también una forma de orgullo. Por eso, quiero, Dios mío, fundar mi esperanza sólo en Vos. Puesto que todo lo podéis, haced que nazca en mi alma la virtud que deseo. Para alcanzar esta gracia de vuestra infinita misericordia, os repetiré muchas veces: *«¡Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo!»*. Amén.

Acto de amor al Sagrado Corazón de Jesús

Permitidme, ¡oh Corazón divino y adorable de mi Salvador!, que me dirija a Vos, y que os pregunte ¿por qué, Dios mío, habéis propuesto una nueva manera de inmolaros por mí en la divina Eucaristía? ¿Tenéis en tan poco, Señor, haberos ofrecido una vez a los azotes, a los dolores, a los insultos y a la muerte en Cruz, que era preciso que ahora, que estáis glorioso e inmortal, os vea expuesto sin cesar a los oprobios en vuestro Sacramento de amor, donde sois tan despreciado, insultado y pisoteado por aquellos que debieran amaros más? Dios mío, traspasad mi corazón con un rayo de vuestro amor; acordaos que, llevando el peso de mis pecados en el huerto de los Olivos y sobre la Cruz, Vuestro Corazón se ha afligido y ha gemido a la vista de mis miserias: no permitáis que vuestra tristeza, vuestros dolores, vuestras lágrimas y vuestra sangre me sean inútiles. Me habéis amado cuando yo no os amaba, cuando yo no quería amaros ni quería que me amaseis, pero ahora que sí lo quiero, os doy mi corazón, metedlo en el Vuestro, para que ya no viva sino por, en y con Vuestro Corazón. Amén.

Oración a Nuestra Señora del Sagrado Corazón

Acuérdate, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de las Maravillas que hizo en Ti el Señor. Él te escogió por Madre y te quiso junto a su Cruz. Ahora, te hace partícipe de su gloria y escucha tu plegaria. Ofrécele nuestra alabanza y nuestra acción de gracias. Preséntale nuestras peticiones: *(Se pide la gracia que se desea alcanzar)*.

Haznos vivir como Tú, en el Amor de tu Hijo, para que venga a nosotros su Reino. Conduce a todos los hombres a la Fuente de Agua Viva que brota de su Corazón, extendiendo sobre el mundo la esperanza y la paz, la misericordia y la salvación. Mira nuestra confianza, responde a nuestra súplica y muéstrate siempre nuestra Madre. Amén.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón. ¡Rogad por nosotros! (tres veces).

Invocaciones al Sagrado Corazón

- Amor del Corazón de Jesús, abrasad mi corazón.
- Hermosura del Corazón de Jesús, cautivad mi corazón.
- Bondad del Corazón de Jesús, atraed mi corazón.
- Caridad del Corazón de Jesús, derramaos en mi corazón.
- Clemencia del Corazón de Jesús, consolad mi corazón.

- Dominio del Corazón de Jesús, sujetad mi corazón.
- Dulzura del Corazón de Jesús, penetrad mi corazón.
- Equidad del Corazón de Jesús, reglad mi corazón.
- Eternidad del Corazón de Jesús, llenad mi corazón.
- Fidelidad del Corazón de Jesús, proteged mi corazón.
- Fuerza del Corazón de Jesús, sostened mi corazón.
- Gloria del Corazón de Jesús, ocupad mi corazón.
- Grandeza del Corazón de Jesús, confundid mi corazón.
- Humildad del Corazón de Jesús, anonadad mi corazón.
- Inmutabilidad del Corazón de Jesús, fijad mi corazón.
- Justicia del Corazón de Jesús, no abandonéis mi corazón.
- Liberalidad del Corazón de Jesús, enriqueced mi corazón.
- Luz del Corazón de Jesús, iluminad mi corazón.
- Misericordia del Corazón de Jesús, perdonad mi corazón.
- Obediencia del Corazón de Jesús, someted mi corazón.
- Paciencia del Corazón de Jesús, no os canséis de mi corazón.
- Presencia del Corazón de Jesús, aficionad mi corazón.
- Providencia del Corazón de Jesús, velad sobre mi corazón.
- Reino del Corazón de Jesús, estableceos en mi corazón.
- Sabiduría del Corazón de Jesús, conducid mi corazón.
- Santidad del Corazón de Jesús, purificad mi corazón.
- Silencio del Corazón de Jesús, hablad a mi corazón.
- Ciencia del Corazón de Jesús, enseñad a mi corazón.
- Poder del Corazón de Jesús, asegurad mi corazón.
- Voluntad del Corazón de Jesús, disponed de mi corazón.
- Celo del Corazón de Jesús, devorad mi corazón.

Oraciones ante el Santísimo Sacramento del Altar

Quince minutos con Jesús Sacramentado

(Imagínate que es Nuestro Señor Jesucristo quien te dice estas palabras, quien te hace estas preguntas, y después de cada una, o al menos de alguna o algunas de ellas, reflexiona un momento y dale contestación).

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames con fervor. Háblame pues aquí, sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, a tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera?

Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos, dime enseguida qué quisieras hiciese actualmente por ellos. Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan a olvidarse de sí mismos, para atender a las necesidades ajenas. Háblame así con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quisieras consolar, de los enfermos a quienes veas padecer, de los extraviados que anhelas volver al buen camino, de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu

lado. Dime por todos una palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón; ¿y no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón especialmente ama?

Y para ti ¿no necesitas alguna gracia?

Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes soberbia, amor a la sensualidad y al regalo, que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídemelo luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que hagas para alejarte de tales miserias.

No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el Cielo tantos justos, tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios o estudios; todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo que me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy ¿qué necesitas?, ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si supieras los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto?

Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa?, ¿qué piensas?, ¿qué deseas?, ¿qué quieres que haga por tus padres, por tus hermanos, por tus hijos, por tus amigos, por tus superiores?, ¿qué desearías hacer por ellos?

¿Y por mí? ¿No sientes deseos de mi Gloria? ¿No quisieras hacer algún bien a tus prójimos, a los amigos a quienes amas mucho y que viven quizá olvidados de Mí?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente, y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa y yo te diré las causas del mal éxito. ¿No quisieras que me interesase algo en tu favor? Hijo mío, soy dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

¿Sientes acaso tristeza o mal humor?

Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas, con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió?, ¿quién lastimó tu amor propio?, ¿quién te ha despreciado? Acércate a mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para curar todas esas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, a semejanza de mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías, que no por ser infundadas dejan de ser desgarradoras? Échate en brazos de mi Providencia. Contigo estoy; ahí, a tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora olvidadas se alejan de ti, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega por ellas, y Yo las volveré a tu lado, si no han de ser obstáculo a tu santificación.

¿Y no tienes tal vez alegría alguna que comunicarme?

¿Por qué no me haces partícipe de ella como a un buen amigo? Cuéntame lo que, desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizás has tenido agradables sorpresas; quizás has visto disipados negros recelos; quizás has recibido buenas noticias, alguna carta, o muestras de cariño; has vencido alguna dificultad, o salido de algún lance apurado. Obra mía es todo eso y yo te lo he proporcionado. ¿Por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente como el hijo a su Padre “¡Gracias, Padre mío, gracias!”? El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme?

Leo, ya lo sabes, el fondo de tu corazón. A los hombres se engaña fácilmente, a Dios no; háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado?, ¿de privarte de aquel objeto que te dañó?, ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación?, ¿de no tratar más a aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra a quien, por haberte faltado, has mirado hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío, vuelve a tus ocupaciones habituales, al taller, a la familia, al estudio...; pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos, en la soledad del santuario.

Guarda cuanto puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi Madre, que lo es tuya también, la Virgen Santísima, y vuelve otra vez mañana, con el corazón más amoroso, más consagrado a mi servicio. En mi corazón encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

Oración que recitaba San Ignacio

Alma de Cristo, santifícame.
 Cuerpo de Cristo, sálvame.
 Sangre de Cristo, embriágame.
 Agua del costado de Cristo, lávame.
 Pasión de Cristo, confórtame.
 ¡Oh, buen Jesús!, óyeme.
 Dentro de tus llagas, escóndeme.
 No permitas que me aparte de Ti.
 Del maligno enemigo, defiéndeme.
 En la hora de mi muerte, llámame.
 Y mándame ir a Ti
 para que con tus santos te alabe.
 Por los siglos de los siglos. Amén.

Oración de San Ignacio

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: Vos me lo disteis, a Vos Señor lo torno, todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta. Amén.

Oración de Santo Tomás de Aquino

Gracias te doy, Señor Santo, Padre Todopoderoso, Dios Eterno, porque a mí, pecador, indigno siervo tuyo, sin mérito alguno de mi parte, sino por pura concesión de Tu misericordia, te has dignado alimentarme con el precioso Cuerpo y Sangre de tu Unigénito Hijo mi Señor Jesucristo. Te suplico que esta sagrada Comunión no me sea ocasión de castigo, sino intercesión saludable para el perdón; sea armadura de mi fe, escudo de mi buena voluntad, muerte de todos mis vicios, exterminio de todos mis carnales apetitos, y aumento de caridad, paciencia y verdadera humildad, y de todas mis virtudes; sea perfecto sosiego de mi cuerpo y de mi espíritu, firme defensa contra todos mis enemigos visibles e invisibles, perpetua unión contigo, único y verdadero Dios, y sello de mi muerte dichosa. Te ruego que tengas por bien llevar a este pecador a aquel convite inefable, donde Tú, con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres para tus santos luz verdadera, satisfacción cumplida, gozo perdurable, dicha consumada y felicidad perfecta. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.



Acto de desagravio

Señor Jesús: Tú compartiste nuestra vida humana, alegrías y penas, y, sin acusarnos, por amor, cargaste con la responsabilidad de nuestras culpas para redimirnos. Ayúdanos a seguir tu ejemplo desde nuestra situación de pecadores redimidos.

Ante Ti, Señor, nos sentimos sinceramente responsables de un mundo al que pertenecemos, que estamos contribuyendo a forjar, y con el que estamos comprometidos especialmente por tu amor.

Avergonzados de nuestras obras, fruto del olvido o rechazo culpable de tus enseñanzas, te pedimos perdón y ayuda.

- Por las blasfemias contra la Sagrada Eucaristía,
- Por los robos sacrílegos,
- Por el derribo de tantos templos,
- Por la profanación de cálices, copones y vasos Sagrados,
- Por la violación de los Sagrarios,
- Por la despreocupación respecto al decoro de las casas de Dios,
- Por las risas y charlas en los templos,
- Por la inmodestia en los pensamientos, miradas y vestidos en las iglesias,
- Por la incomprensión de la necesidad y obligación cristiana y apostólica de contribuir al culto eucarístico,

- Por el trabajo dominical y festivo,
- Por el incumplimiento de la Misa dominical y festiva,
- Por el desconocimiento general de la Misa,
- Por la ignorancia general acerca del Pan de vida,
- Por el descuido en frecuentar la sagrada Mesa, conforme a los deseos de la Iglesia,
- Por el desprecio de la misma Comunión Pascual,
- Por la negligencia en la Comunión de los enfermos,
- Por la dejadez en la administración del Viático,
- Por la despreocupación respecto de la primera y frecuente Comunión de los niños,
- Por las comuniones tibias y frías,
- Por las comuniones sacrílegas,
- Por la conciliación de la Misa y Comunión con la vida frívola y hasta pecaminosa,
- Por la denegación de los derechos de la Eucaristía a homenajes solemnes y públicos,
- Por la persecución sistemática, violenta o solapada, de los Sacerdotes.

Oración: Señor nuestro, Jesucristo, que has querido permanecer en el Sacramento hasta la consumación de los siglos para dar a tu Padre una gloria infinita y a nosotros el aliento de la inmortalidad; que te has expuesto a todos los ultrajes de los impíos antes de abandonar a tu Iglesia; concédenos la gracia de llorar con verdadero dolor los ultrajes y descuidos que cometen los hombres contra el mayor de los sacramentos, danos celo eficaz para reparar los oprobios que has sufrido en

este misterio inefable. Tú que vives y reinas con Dios Padre, en unión del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Divina Misericordia

Hora de la Divina Misericordia

En distintas ocasiones el Señor explica a santa Faustina Kowalska la importancia de elevar nuestras oraciones en la misma hora en que el Corazón de Jesús se entregó al Padre: *«A las tres, ruega por Mi misericordia, en especial para los pecadores y aunque sólo sea por un brevísimo momento, sumérgete en Mi Pasión, especialmente en Mi abandono en el momento de Mi agonía. Esta es la hora de la gran misericordia para el mundo entero. Te permitiré penetrar en Mi tristeza mortal. En esta hora nada le será negado al alma que lo pida por los méritos de Mi Pasión».*

«Te recuerdo, hija Mía, que cuantas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete totalmente en Mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y especialmente para los pobres pecadores, ya que en ese momento se abrió de par en par para cada alma. En esa hora puedes obtener todo lo que pides para ti y para los demás. En esa hora se

estableció la gracia para el mundo entero: la misericordia triunfó sobre la justicia. Hija Mía, en esa hora procura rezar el Vía Crucis, en cuanto te lo permitan los deberes; y si no puedes rezar el Vía Crucis, por lo menos entra un momento en la capilla y adora en el Santísimo Sacramento a Mi Corazón que está lleno de Misericordia. Y si no puedes entrar en la capilla, sumérgete en oración allí donde estés, aunque sea por un brevísimo instante. Exijo el culto a Mi misericordia de cada criatura, pero primero de ti, ya que a ti te he dado a conocer este misterio de modo más profundo».

Oración: *“¡Oh sangre y agua que brotaste del Corazón de Jesús como una fuente de misericordia para nosotros, en Ti confío!”.*

Coronilla de la Divina Misericordia

El Corazón de Jesús, fuente de la Misericordia Divina, alentó a santa Faustina al rezo de la Coronilla para unirnos a los sufrimientos que tuvo Jesucristo en su Pasión por nuestros pecados.

Le dice así a la santa: *«Alienta a las personas a decir la Coronilla que te he dado. Quien la recite recibirá gran misericordia a la hora de la muerte. Los sacerdotes la recomendarán a los pecadores como su último refugio de salvación. Aun si el pecador más empedernido hubiese recitado esta Coronilla al menos una vez, recibirá la*

gracia de Mi infinita Misericordia. Deseo conceder gracias inimaginables a aquellos que confían en Mi Misericordia. Escribe que cuando digan esta Coronilla en presencia del moribundo, Yo me pondré entre mi Padre y él, no como Justo Juez, sino como Misericordioso Salvador».

Se utiliza un rosario común de cinco decenas.

1. Comenzar con un *Padre Nuestro*, *Avemaría*, y *Credo*.

2. Al comenzar cada decena decir: *Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y de los del mundo entero.*

3. En las cuentas del Ave María: *Por Su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.*

4. Al finalizar las cinco decenas de la coronilla se repite tres veces: *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero.*

Invocaciones a la Divina Misericordia

El Amor de Dios es la flor y la Misericordia es el fruto.
 Que brota del seno del Padre,
 Supremo atributo de Dios,
 Misterio incomprensible,
 Fuente que brota del misterio de la Santísima Trinidad,
 Insondable para todo entendimiento humano o
 angélico,

De donde brotan toda vida y felicidad,
Más sublime que los cielos,
Fuente de milagros y maravillas,
Que abarca todo el universo,
Que baja al mundo en la Persona del Verbo Encarnado,
Que manó de la herida abierta del Corazón de Jesús,
Encerrada en el Corazón de Jesús para nosotros
y especialmente para los pecadores,
Impenetrable en la institución de la Sagrada Hostia,
En la institución de la Santa Iglesia,
En el sacramento del Santo Bautismo,
En nuestra justificación por Jesucristo,
Que nos acompaña durante toda la vida,
Que nos abraza especialmente a la hora de la muerte,
Que nos otorga la vida inmortal,
Que nos acompaña en cada momento de nuestra vida,
Que nos protege del fuego infernal,
En la conversión de los pecadores empedernidos,
Asombro para los ángeles, incomprendible
para los Santos,
Insondable en todos los misterios de Dios,
Que nos rescata de toda miseria,
Fuente de nuestra felicidad y deleite,
Que de la nada nos llamó a la existencia,
Que abarca todas las obras de sus manos,
Corona de todas las obras de Dios,
En la que estamos todos sumergidos,
Dulce consuelo para los corazones angustiados,
Única esperanza de las almas desesperadas,
Remanso de corazones, paz ante el temor,
Gozo y éxtasis de las almas santas,

Que infunde esperanza, perdida ya toda esperanza.

Oración: Oh Dios Eterno, en quien la misericordia es infinita y el tesoro de compasión inagotable, vuelve a nosotros Tu mirada bondadosa y aumenta Tu misericordia en nosotros, para que en momentos difíciles no nos desesperemos ni nos desalentemos, sino que, con gran confianza, nos sometamos a Tu santa voluntad, que es el Amor y la Misericordia mismos. Amén.

Novena a la Divina Misericordia

La novena a la Divina Misericordia comienza el Viernes Santo.

“Deseo- dijo el Señor a Sor Faustina- que durante esos nueve días lleves a las almas a la fuente de mi misericordia para que saquen fuerzas, alivio y toda gracia que necesiten para afrontar las dificultades de la vida y especialmente en la hora de la muerte. Cada día traerás a mi Corazón a un grupo diferente de almas y las sumergirás en este mar de mi misericordia. Y a todas estas almas yo las introduciré en la casa de mi Padre (...) Cada día pedirás a mi Padre las gracias para estas almas por mi amarga pasión”.

Primer día

Hoy, tráeme a toda la humanidad y especialmente a todos los pecadores, y sumérgelos en el mar de mi misericordia. De esta forma, me consolarás de la amarga tristeza en que me sume la pérdida de las almas.

Jesús misericordiosísimo, cuya naturaleza es la de tener compasión de nosotros y de perdonarnos, no mires nuestros pecados, sino la confianza que depositamos en tu bondad infinita. Acógenos en la morada de tu compasivísimo Corazón y nunca los dejes escapar de él. Te lo suplicamos por tu amor que te une al Padre y al Espíritu Santo.

Padre Eterno, mira con misericordia a toda la humanidad y especialmente a los pobres pecadores que están encerrados en el compasivísimo Corazón de Jesús y por su dolorosa pasión muéstranos tu misericordia para que alabemos la omnipotencia de tu misericordia por los siglos de los siglos. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Segundo día

Hoy, tráeme a las almas de los sacerdotes y los religiosos, y sumérgelas en mi misericordia insondable. Fueron ellas las que me dieron fortaleza para soportar mi amarga pasión. A través de ellas, como a través de canales, mi misericordia fluye hacia la humanidad.

Jesús misericordiosísimo, de quien procede todo bien, aumenta tu gracia en nosotros para que realicemos dignas obras de misericordia, de manera que todos aquellos que nos vean, glorifiquen al Padre de misericordia que está en el cielo.

Padre eterno, mira con misericordia al grupo elegido de tu viña, a las almas de los sacerdotes y a las almas de los religiosos; otórgales el poder de tu bendición. Por el amor del Corazón de tu Hijo, en el cual están encerradas, concédeles el poder de tu luz para que puedan guiar a otros en el camino de la salvación y a una sola voz canten alabanzas a tu misericordia sin límite por los siglos de los siglos. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Tercer día

Hoy, tráeme a todas las almas devotas y fieles, y sumérgelas en el mar de mi misericordia. Estas almas me consolaron a lo largo del vía crucis. Fueron una gota de consuelo en medio de un mar de amargura.

Jesús misericordiosísimo, que desde el tesoro de tu misericordia les concedas a todos tus gracias en gran abundancia, acógenos en la morada de tu compasivísimo Corazón y nunca nos dejes escapar de él. Te lo suplicamos por el inconcebible amor tuyo con que tu Corazón arde por el Padre celestial.

Padre Eterno, mira con misericordia a las almas fieles como herencia de tu Hijo y por su dolorosa pasión, concédeles tu bendición y rodéalas con tu protección

constante para que no pierdan el amor y el tesoro de la santa fe, sino que, con toda la legión de los ángeles y los santos, glorifiquen tu infinita misericordia por los siglos de los siglos. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Cuarto día

Hoy, tráeme a aquellos que no creen en Dios y aquellos que todavía no me conocen. También pensaba en ellos durante mi amarga pasión y su futuro celo consoló mi Corazón. Sumérgelos en el mar de mi misericordia.

Jesús compasivísimo, que eres la luz del mundo entero. Acoge en la morada de tu piadosísimo Corazón a las almas de aquellos que no creen en Dios y de aquellos que todavía no te conocen, pero que están encerrados en el compasivísimo Corazón de Jesús. Atráelas hacia la luz del Evangelio. Estas almas desconocen la gran felicidad que es amarte. Concédeles que también ellas ensalcen la generosidad de tu misericordia por los siglos de los siglos. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Quinto día

Hoy, tráeme a las almas de los hermanos separados y sumérgelas en el mar de mi misericordia. Durante mi amarga pasión, desgarraron mi cuerpo y mi Corazón, es decir, mi Iglesia. Según regresan a la Iglesia, mis llagas cicatrizan y de este modo alivian mi pasión.

Jesús misericordiosísimo que eres la bondad misma, tú no niegas la luz a quienes te la piden. Acoge en la morada de tu compasivísimo Corazón a las almas de nuestros hermanos separados y llévalas con tu luz a la unidad con la Iglesia y no las dejes escapar de la morada de tu compasivísimo Corazón sino haz que también ellas glorifiquen la generosidad de tu misericordia.

Padre eterno, mira con misericordia a las almas de nuestros hermanos separados, especialmente a aquellos que han malgastado tus bendiciones y han abusado de tus gracias por persistir obstinadamente en sus errores. No mires sus errores, sino el amor de tu Hijo y su amarga pasión que sufrió por ellos, ya que también ellos están encerrados en el compasivísimo Corazón de Jesús. Haz que también ellos glorifiquen tu gran misericordia por los siglos de los siglos. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Sexto día

Hoy, tráeme a las almas mansas y humildes y las almas de los niños pequeños y sumérgelas en mi misericordia. Estas son las almas más semejantes a mi Corazón. Ellas me fortalecieron durante mi amarga agonía. Las veía como ángeles terrestres que velarían al pie de mis altares. Sobre ellas derramo torrentes enteros de gracias. Solamente el alma humilde es capaz de recibir mi gracia; concedo mi confianza a las almas humildes.

Jesús misericordiosísimo, tú mismo has dicho: Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón. Acoge en la morada de tu compasivísimo Corazón a las almas mansas y humildes y a las almas de los niños pequeños. Estas almas llevan a todo el cielo al éxtasis y son las preferidas del Padre celestial. Son un ramillete perfumado ante el trono de Dios, de cuyo perfume se deleita Dios mismo. Estas almas tienen una morada permanente en tu compasivísimo Corazón y cantan sin cesar un himno de amor y misericordia por la eternidad.

Padre eterno, mira con misericordia a las almas de los niños pequeños que están encerradas en el compasivísimo Corazón de Jesús. Estas almas son las más semejantes a tu Hijo. Su fragancia asciende desde la tierra y alcanza tu trono. Padre de misericordia y de toda bondad, te suplico por el amor que tienes por estas almas y el gozo que te proporcionan.

Bendice al mundo entero para que todas las almas canten juntas las alabanzas de tu misericordia por los siglos de los siglos. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Séptimo día

Hoy, tráeme a las almas que veneran y glorifican mi misericordia de modo especial y sumérgelas en mi misericordia. Estas almas son las que más lamentaron mi pasión y penetraron más profundamente en mi Espíritu. Ellas son un reflejo viviente de mi Corazón compasivo. Estas almas resplandecerán con una luz

especial en la vida futura. Ninguna de ellas irá al fuego del infierno. Defenderé de modo especial a cada una en la hora de la muerte.

Jesús misericordiosísimo, cuyo Corazón es el amor mismo, acoge en la morada de tu compasivísimo Corazón a las almas que veneran y ensalzan de modo particular la grandeza de tu misericordia. Estas almas son fuertes con el poder de Dios mismo. En medio de toda clase de aflicciones y adversidades siguen adelante confiadas en tu misericordia y unidas a ti, ellas cargan sobre sus hombros a toda la humanidad. Estas almas no serán juzgadas severamente, sino que tu misericordia las envolverá en la hora de la muerte.

Padre eterno, mira con misericordia a aquellas almas que glorifican y veneran tu mayor atributo, es decir, tu misericordia insondable y que están encerradas en el compasivísimo Corazón de Jesús. Estas almas son un Evangelio viviente, sus manos están llenas de obras de misericordia y sus corazones desbordantes de gozo cantan a ti, oh Altísimo, un canto de misericordia. Te suplico, oh Dios, muéstrales tu misericordia según la esperanza y la confianza que han puesto en ti. Que se cumpla en ellas la promesa de Jesús quien les dijo que: a las almas que veneren esta infinita misericordia mía, yo mismo las defenderé como mi gloria durante sus vidas y especialmente en la hora de la muerte.

Coronilla a la Divina Misericordia

Octavo día

Hoy, tráeme a las almas que están en la cárcel del purgatorio y sumérgelas en el abismo de mi misericordia. Que los torrentes de mi sangre refresquen el ardor del purgatorio. Todas estas almas son muy amadas por mí. Ellas cumplen con el justo castigo que se debe a mi justicia. Está en tu poder llevarles el alivio. Haz uso de todas las indulgencias del tesoro de mi Iglesia y ofrécelas en su nombre. Oh, si conocieras los tormentos que ellas sufren ofrecerías continuamente por ellas las limosnas del espíritu y saldarías las deudas que tienen con mi justicia.

Jesús misericordiosísimo, tú mismo has dicho que deseas la misericordia, he aquí que yo llevo a la morada de tu compasivísimo Corazón a las almas del purgatorio, almas que te son muy queridas, pero que deben pagar su culpa adecuada a tu justicia. Que los torrentes de sangre y agua que brotaron de tu Corazón, apaguen el fuego del purgatorio para que también allí sea glorificado el poder de tu misericordia.

Padre eterno, mira con misericordia a las almas que sufren en el purgatorio y que están encerradas en el compasivísimo Corazón de Jesús. Te suplico por la dolorosa pasión de Jesús, tu Hijo, y por toda la amargura con la cual su sacratísima alma fue inundada, muestra tu misericordia a las almas que están bajo tu justo escrutinio. No las mires sino a través de las heridas de Jesús, tu amadísimo Hijo, ya que creemos que tu bondad y tu compasión no tienen límites. Amén.

Coronilla a la Divina Misericordia

Noveno día

Hoy, tráeme a las almas tibias y sumérgelas en el abismo de mi misericordia. Estas almas son las que más dolorosamente hieren mi Corazón. A causa de las almas tibias, mi alma experimentó la más intensa repugnancia en el Huerto de los Olivos. A causa de ellas dije: Padre, aleja de mí este cáliz, si es tu voluntad. Para ellas, la última tabla de salvación consiste en recurrir a mi misericordia.

Jesús misericordiosísimo, que eres la compasión misma, te traigo a las almas tibias a la morada de tu piadosísimo Corazón. Que estas almas heladas que se parecen a cadáveres y te llenan de gran repugnancia se calienten con el fuego de tu amor puro. Oh Jesús compasivísimo, ejercita la omnipotencia de tu misericordia y atráelas al mismo ardor de tu amor y concédeles el amor santo, porque tú lo puedes todo.

Padre eterno, mira con misericordia a las almas tibias que, sin embargo, están encerradas en el piadosísimo Corazón de Jesús. Padre de la misericordia, te suplico por la amarga pasión de tu Hijo y por su agonía de tres horas en la cruz, permite que también ellas glorifiquen el abismo de tu misericordia. Amén.
(1209-1229)

Coronilla a la Divina Misericordia

Textos para meditación

Textos bíblicos

«Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26).

«Sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

«Yo soy el pan de vida, el que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí no tendrá nunca sed» (Jn 6, 35).

«Yo soy el camino la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6).

«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

«Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón» (Mt 11,29).

«Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1).

«Un soldado le abrió el costado con la lanza. Y al instante brotó sangre y agua» (Jn 19, 34).

«Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como Yo os he amado» (Jn 15, 12).

«Mirarán al que atravesaron» (Jn 19, 37).

Textos de Santa Margarita María de Alacoque

«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha reservado nada hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en respuesta no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de Amor» (la Gran Revelación).

«Me parece que no hay camino más corto para llegar a la perfección, ni medio más seguro de salvación que consagrarse totalmente a este divino Corazón».

«Los tesoros y gracias que encierra este Sagrado Corazón son infinitos».

«El Sagrado Corazón tiene un deseo vehemente de ser conocido, amado y honrado de los hombres».

«Nuestro corazón está hecho para Dios: estando hecho para lo divino no puede tener reposo cuando hay mezcla de otra cosa».

«Cuando nos abandonamos del todo y le dejamos hacer, Él nos hace andar mucho en poco tiempo».

«En este Corazón divino todo se cambia en amor, hasta las más amargas amarguras».

«Este divino Corazón busca corazones vacíos para llenarlos con su ardiente caridad, para transformarlos en Él».

Textos de la Divina Misericordia

«Con las almas que recurran a Mi Misericordia y con las almas que glorifiquen y proclamen mi gran Misericordia a los demás, en la hora de la muerte Me comportaré según mi infinita Misericordia».

«A causa de las almas tibias, Mi alma experimentó la más intensa repugnancia en el Huerto de los Olivos». «Si las almas se abandonaran totalmente a Mí, Yo mismo Me encargaría de santificarlas y las colmaría de gracias aún mayores».

«Hija mía... Yo por amor hacia ti he bajado del cielo, por ti he vivido, por ti he muerto y por ti he creado los cielos».

«Has de saber, hija Mía, que entre Yo y tú hay un abismo sin fondo que separa al Creador de la criatura, pero Mi Misericordia nivela ese abismo. Te elevo hasta Mí no por necesitarte, sino únicamente por misericordia te ofrezco la gracia de la unión».

«Hija Mía, necesito sacrificios hechos por amor, porque sólo estos tienen valor para Mí».

«Prometo que el alma que venere esta imagen no perecerá. También prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre sus enemigos y, sobre todo, a la hora de la muerte. Yo mismo la defenderé como Mi gloria».

Cantos y poesías al Sagrado Corazón de Jesús

Canto 1:

Corazón de Jesús Fuente de amor y de paz

Corazón de Jesucristo, fuente de amor y de paz,
aquí están tus fieles hijos que jamás te dejarán.
Si buscábamos un cielo lo hemos encontrado en Ti.

No tenemos ya, no tenemos ya más anhelo,
que vivir amándote a Ti.

No pedimos otro premio que en tu pecho descansar.

No buscamos más que almas, almas,
donde puedas Tú reinar.

Corazón de amores herido, Corazón de nuestro Rey,
te ofrecemos nuestras vidas, sólo tuyas quieren ser,
porque venga ya tu reino, reino de amor y de fe,
de esperanza y paz, de amor y verdad es tu reino,
reino que nunca acabará.

Conquistarte el mundo entero, no tenemos otro afán.

No buscamos más que almas, almas
donde puedas Tú reinar.

Corazón de amores herido, Corazón de nuestro Rey,
te ofrecemos nuestras vidas, sólo tuyas quieren ser.
Tómalas Tú como quieras, gota a gota o de una vez.

¡Qué felices si, qué felices si Tú quisieras,
aceptarlas así también!

¡Qué feliz si yo pudiera ofrecerla a tus pies! y morir
gritando:
¡Viva! ¡Viva! ¡Jesucristo nuestro Rey!

Canto 2:
Corazón Santo, Tú reinarás

Corazón Santo, Tú reinarás,
Tú nuestro encanto siempre serás,
Tú nuestro encanto siempre serás.

Venid cristianos, acá en el suelo,
como en el cielo, se ve adorar;
también nosotros, adoraremos
y ensalzaremos al Dios de paz,
y ensalzaremos al Dios de paz. (Estríbillo).

Canto 3:
Postrado a vuestros pies humildemente

Postrado a vuestros pies humildemente,
vengo a pedir os Dulce Jesús mío,
poderos repetir constantemente:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

Si la confianza es prueba de ternura,
esta prueba de amor daros ansío,
y aun cuando esté sumido en la amargura:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

En las horas más tristes de mi vida,
cuando todos me dejen ¡oh Dios mío!,
y el alma esté por penas combatidas:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

Cuando sienta venir la desconfianza,
y os obligue a mirarme con desvío,
no será confundida mi esperanza:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

Si en el Bautismo que hermoseó mi alma,
yo os prometí ser vuestro y Vos ser mío,
clamaré siempre en tempestad y en calma:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

Yo siento una confianza de tal suerte,
que sin ningún temor ¡oh Dueño mío!,
espero repetir hasta la muerte:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

Reinad Señor, fervientes suplicamos,
sea tu amor faro en nuestro camino,
prometisteis reinar y lo esperamos:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

*Canto 4:
Dueño de mi vida*

Dueño de mi vida,
vida de mi amor,
ábreme la herida,
de tu Corazón.

Corazón Divino,
dulce cual la miel,
Tú eres el Camino,
para el alma fiel.
Dueño de mi vida...

Tú abrasas el hielo,
Tú endulzas la hiel,
Tú eres el consuelo,
para el alma fiel.

*Poesía al Sagrado Corazón de Jesús
(Santa Teresita del Niño Jesús)*

Tú me escuchaste, amado Esposo mío.
Por cautivar mi corazón, te hiciste igual que yo, mortal,
derramaste tu sangre, ¡oh supremo misterio!,
y, por si fuera poco,
sigues viviendo en el altar por mí.
Y si el brillo no puedo contemplar de tu rostro,

ni tu voz escuchar, toda dulzura,
puedo, ¡feliz de mí!, de tu gracia vivir,
y descansar yo puedo en tu Sagrado Corazón, Dios mío.

¡Corazón de Jesús, tesoro de ternura,
tú eres mi dicha, mi única esperanza!
Tú que supiste hechizar mi tierna juventud,
quédate junto a mí hasta que llegue
la última tarde de mi día aquí.
Te entrego, mi Señor, mi vida entera,
y tú ya conoces todos mis deseos.
En tu tierna bondad, siempre infinita,
quiero perderme toda, Corazón de Jesús.

Sé que nuestras justicias y todos nuestros méritos
carecen de valor a tus divinos ojos.

Para darles un precio,
todos mis sacrificios echar quiero
en tu inefable Corazón de Dios.
No encontraste a tus ángeles sin mancha.
En medio de relámpagos tú dictaste tu ley.
¡Oh Corazón sagrado, yo me escondo en tu seno
y ya no tengo miedo, mi virtud eres tú!

Para poder un día contemplarte en tu gloria,
antes hay que pasar por el fuego, lo sé.
En cuanto a mí me toca, por purgatorio escojo
tu amor consumidor, Corazón de mi Dios.
Mi desterrada alma, al dejar esta vida,
quisiera hacer un acto de purísimo amor,

y luego, dirigiendo su vuelo hacia la patria,
¡entrar ya para siempre en tu Corazón!

Promesas del Sagrado Corazón de Jesús a los que vivan su devoción

He aquí las promesas de Jesús dadas por medio de santa Margarita María de Alacoque a los que practicasen y propagasen dicha devoción:

1. Reinaré a pesar de mis enemigos y de los que a ello se opongan.
2. Daré a mis devotos todas las gracias necesarias a su estado.
3. Pondré paz en sus familias.
4. Les aliviaré en sus trabajos.
5. Bendeciré todas sus empresas.
6. Les consolaré en sus penas.
7. Seré su refugio seguro durante la vida y sobre todo en la muerte.
8. Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente, el océano infinito de misericordia.
9. Las almas tibias se harán fervorosas.
10. Las almas fervorosas se elevarán a gran perfección.

11. Bendeciré las casas en las que mi imagen sea expuesta y honrada.

12. No dejaré morir eternamente a ningún devoto que se haya consagrado a mi Divino Corazón.

13. Derramaré la unción de mi caridad sobre las Comunidades religiosas que se pongan bajo mi especial protección y seré su salvaguardia en sus caídas.

14. Los que trabajen en la salvación de las almas lo harán con éxito y sabrán el arte de conmovir los corazones más empedernidos, si tienen una tierna devoción a mi Corazón Divino y trabajan por inspirarla y establecerla en todas partes.

15. Las personas que propaguen esta devoción recibirán por ello grandes recompensas y tendrán su nombre escrito en mi Corazón y jamás será borrado de Él.

16. Prometo, en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final; no morirán en mi desgracia ni sin recibir los Sacramentos y mi Corazón será su seguro refugio en aquella hora.

**PARA GANAR LA GRACIA DE ESTA ÚLTIMA PROMESA
DEBEMOS:**

- 1- Recibir la Sagrada Comunión durante nueve primeros viernes consecutivos.
- 2- Comulgar con la intención de honrar y reparar al Sagrado Corazón de Jesús.



5

A MODO DE SÍNTESIS

*Objeto de la Devoción*

El objeto de este culto es el Corazón físico de Jesús en tanto que representa a la Persona de Jesucristo y es símbolo de su amor divino y humano.

Al Corazón de Jesús se le debe culto de latría o adoración por ser parte de la humanidad del Verbo Encarnado, pero además al ser signo del triple amor de Cristo, hace que consideremos en primer lugar, su divino amor, que tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo; después, su ardentísima caridad que reside en su voluntad humana, y finalmente toda su sensibilidad afectiva.

Fines de la Devoción

Iluminados y movidos por el Espíritu Santo, creemos en el amor que Dios nos tiene, confiamos en su Misericordia, y aceptamos Su amor para, así, poder devolverle el nuestro. Nos consagramos a su Corazón y le ofrecemos actos de reparación para pedir perdón y consolarle por nuestras ofensas y las de todo el mundo. De una manera especial por las que recibe en la Eucaristía donde más plenamente nos manifiesta su amor.

La Consagración y Reparación tanto privada como pública son la expresión de esta devoción, o entrega plena, movidos por la humilde confianza y abandono al Amor.

La intimidad reparadora va unida a nuestra consagración y a pedir el establecimiento de su reinado de amor en nosotros y en toda la sociedad, para la salvación de las almas y honra de su Corazón y que llegue pronto el día en que se haga *“un solo rebaño y un solo pastor”*.

El Corazón de Cristo Rey

El Corazón de Jesús manifestó a santa Margarita su deseo de reinar. Esta Devoción está íntimamente ligada con el reconocimiento de la Realeza de Cristo como señal de esperanza providencialmente destinada

a ser bandera de paz, de unidad y de salvación para el mundo. Así lo han manifestado los Sumos Pontífices: *“...cuantos se glorían del nombre de cristianos e, intrépidos, combaten por establecer el Reino de Jesucristo en el mundo, consideren la devoción al Corazón de Jesús como bandera y manantial de unidad, de salvación y de paz”*. *“...Aumente cada vez más la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús, y así se extienda más por todo el mundo su imperio y reino suavísimo: reino de verdad y de vida, reino de gracia, reino de justicia, de amor y de paz”* (Haurietis Aquas, n.35-37).

Es por eso por lo que se mandó realizar la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús el día de Cristo Rey.

Historia de la Devoción

El culto al amor de Dios pertenece a la Iglesia desde siempre, pero en su providencia, ha querido manifestar la devoción a su Corazón más plenamente a través de los siglos.

San Bernardo y san Buenaventura fueron de los primeros en expresarlo.

Santa Matilde y santa Gertrudis están entre las primeras difusoras.

San Francisco de Sales y san Juan Eudes los precursores de la gran expansión en el siglo XVII.

Santa Margarita María de Alacoque con la ayuda de san Claudio de la Colombière, el instrumento providencial por el que la devoción toma la forma actual tal como el culto es pedido expresamente por Nuestro Señor, la Iglesia lo propone en sus documentos magisteriales y practica en su liturgia.

El beato Bernardo de Hoyos, el P. Cardaveraz y otros lo extendieron poco después en España.

El P. Ramière lo difunde por todo el mundo desde el Apostolado de la Oración.

La beata María del Divino Corazón, mensajera de Cristo Rey, que comunicó el mensaje del Corazón de Jesús a León XIII para que consagrara el mundo a su Corazón.

Santa Teresita del Niño Jesús es la gran doctora para nuestros tiempos de la entrega al Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.

Santa Faustina Kowalska recibe el encargo del Señor de difundir el mensaje de la Divina Misericordia.

En 1917 las revelaciones de Fátima difunden la devoción al Corazón Inmaculado de María unida a las del Sagrado Corazón.

Magisterio

Todos los Papas últimos la han recomendado numerosas veces, llegando a afirmar que esta devoción es *“la síntesis de toda la religión y la norma de vida más perfecta, como que más expeditamente conduce los ánimos a conocer íntimamente a Cristo Señor Nuestro, y los impulsa a amarlo más vehementemente, y a imitarlo con más eficacia”*.

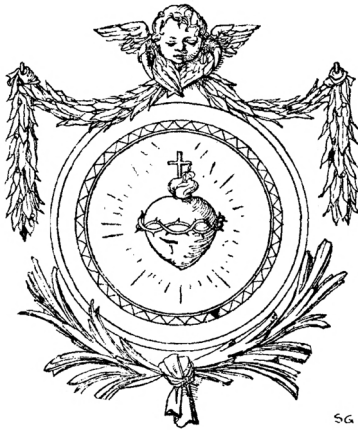
Prácticas

La práctica más común de la devoción al Corazón de Jesús es el *Ofrecimiento de obras*. En esta oración, movidos por el Espíritu Santo, nos consagramos al Corazón de Cristo por medio del Corazón de María, con intención reparadora, para que venga su reinado de amor, unidos al sacrificio redentor por el que se ofrece a Dios Padre.

La celebración de su Fiesta que se celebra con el máximo grado litúrgico de Solemnidad el viernes siguiente a la octava del Corpus como pidió el Señor a santa Margarita María de Alacoque. Así también la Fiesta de la Divina Misericordia, que el Señor pidió a santa Faustina que se celebrara el segundo domingo de Pascua.

A continuación, se listan algunas de las prácticas más comunes y extendidas:

- La comunión reparadora, principalmente los primeros viernes de mes.
- La práctica de la hora santa y la adoración eucarística.
- Los actos de Consagración y Reparación y los ejercicios de confianza y abandono en su Misericordia.
- El mes de junio dedicado especialmente, la novena, las letanías y las numerosas jaculatorias.
- El rezo de la oración de las tres de la tarde, así como la Coronilla de la Divina Misericordia.
- Entronizar su imagen en familia y en público. Llevar su medalla, escapulario o detente. Venerar el cuadro de la Divina Misericordia.
- Pertenecer al Apostolado de la Oración, la Guardia de Honor o a alguna de sus cofradías.
- Profesar una tierna y sincera devoción al Inmaculado Corazón de María.



INDICE DETALLADO

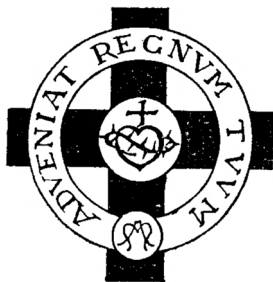
Prólogo de Monseñor D. José Ignacio Munilla	3
1. INTRODUCCIÓN	7
<i>La moderna apostasía</i>	9
<i>La institución de la Fiesta de Cristo Rey</i>	11
<i>El retorno al Corazón de Cristo, nuestra única esperanza</i>	13
<i>Misterio reservado para los últimos tiempos</i>	17
<i>Fátima, la confirmación del triunfo del Corazón de Jesús a través del Corazón Inmaculado de María</i>	16
2. HISTORIA DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS	19
Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690) mensaje del amor del Corazón de Jesús	20
<i>Primeros años de la santa</i>	20
<i>Las cuatro principales revelaciones de Paray-le-Monial (1673 -1675)</i>	20
Otros apóstoles de la devoción al Corazón de Jesús	24
<i>San Claudio de la Colombière (1641-1682)</i>	24
<i>Agustín de Cardaveraz (1703-1770)</i>	25
<i>Beato Bernardo Francisco de Hoyos (1711-1735)</i>	26
<i>Enrique Ramière (1821-1884)</i>	28
<i>Beata María del Divino Corazón (1863-1899)</i>	31
<i>Santa Teresita del Niño Jesús (1873-1897)</i>	32
<i>San Manuel González (1877-1940)</i>	36
<i>Santa Faustina Kowalska (1905-1938)</i>	37
<i>Mateo Crawley (1875 - 1960)</i>	40

Santuarios dedicados al Corazón de Jesús	42
<i>Santuario de la Gran Promesa</i>	42
<i>Cerro de los Angeles</i>	43
<i>Templo Expiatorio del Tibidabo</i>	43
3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA SOBRE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN	47
Las grandes encíclicas sobre el Corazón de Jesús	50
<i>Annum Sacrum (1899)</i>	50
<i>Ubi Arcano (1922)</i>	52
<i>Quas Primas (1925)</i>	53
<i>Miserentissimus Redemptor (1928)</i>	55
<i>Haurietis Aquas (1956)</i>	57
Otros documentos y actos del Magisterio	59
Contenido y actualidad de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús según el Magisterio de la Iglesia	67
<i>Sentido de la devoción al Corazón de Jesús</i>	67
<i>Consagración y Reparación, elementos esenciales de La devoción al Sagrado Corazón</i>	70
<i>Realeza del Corazón de Cristo</i>	74
<i>Aceptación de la Realeza del Corazón de Cristo: remedio para los males de nuestro tiempo</i>	78
<i>La Divina Misericordia, expresión de amor del Corazón de Jesús para los tiempos modernos</i>	81
<i>El Corazón Inmaculado unido al Corazón de Jesús</i>	82
<i>La Eucaristía, muestra del amor infinito del Corazón de Jesús</i>	84
<i>Conclusión</i>	87
4. DEVOCIONARIO	91
Ofrecimientos y Consagraciones	91
<i>Ofrecimiento diario de obras al Corazón de Jesús del Apostolado de la Oración</i>	91
<i>Consagración personal al Corazón de Jesús</i>	92
<i>Consagración al Corazón de Jesús de Santa Margarita María de Alacoque</i>	93

<i>Ofrecimiento al Sagrado Corazón de Jesús de San Claudio de la Colombière</i>	94
<i>Consagración de los nuevos esposos al Corazón de Jesús</i>	96
<i>Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús (I)</i>	97
<i>Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús (II)</i>	98
<i>Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús (III)</i>	100
<i>Consagración de Guipúzcoa al Sagrado Corazón de Jesús (19 noviembre 1950)</i>	101
<i>Renovación de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús (cerro de los ángeles, 21 junio 2009)</i>	103
<i>Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús para la fiesta de Cristo Rey (Pío XI)</i>	104
Actos de reparación	106
<i>Acto de desagravio al Sagrado corazón de Jesús (Pío XI)</i>	106
<i>Acto para desagraviar y consagrarse al Corazón de Jesús</i>	108
Novenas y Letanías al Sagrado Corazón	109
<i>Novena de confianza</i>	109
<i>Novena al Sagrado Corazón de Jesús</i>	110
<i>Novena al Sagrado Corazón de Jesús (rezada por el padre Pío de Pietrelcina)</i>	116
<i>Letanías al Sagrado Corazón</i>	118
Acto de entronización del Sagrado Corazón	120
<i>¿Qué debo hacer para Entronizar el Sagrado Corazón en mi hogar?</i>	120
<i>Catequesis preparatorias para la Consagración de la Familia al Corazón de Jesús</i>	122
<i>Triduo para la Consagración de la familia al Sagrado Corazón de Jesús</i>	127
<i>Ceremonia de Entronización</i>	138
Otras oraciones al Sagrado Corazón de Jesús	146
<i>Junio: mes del Sagrado Corazón de Jesús</i>	146
<i>Acto de Consagración: Torras y Bages (Obispo de Vic, 1899-1916)</i>	148
<i>Oración para las comuniones de los nueve primeros viernes de mes</i>	149

<i>Oración a Cristo Rey</i>	149
<i>Acto de confianza al Corazón de Jesús (San Claudio de la Colombière)</i>	150
<i>Acto de ofrenda al amor misericordioso (Santa Teresita del Niño Jesús)</i>	152
<i>Oración al Corazón de Jesús para alcanzar humildad (Santa Teresita del Niño Jesús)</i>	155
<i>Acto de amor al Sagrado Corazón de Jesús</i>	157
<i>Oración a Nuestra Señora del Sagrado Corazón</i>	158
<i>Invocaciones al Sagrado Corazón</i>	158
Oraciones ante el Santísimo Sacramento del Altar	160
<i>Quince minutos con Jesús Sacramentado</i>	160
<i>Oración que recitaba San Ignacio</i>	165
<i>Oración de San Ignacio</i>	165
<i>Oración de Santo Tomás de Aquino</i>	166
<i>Acto de desagravio</i>	167
Divina Misericordia	169
<i>Hora de la Divina Misericordia</i>	169
<i>Coronilla de la Divina Misericordia</i>	170
<i>Invocaciones a la Divina Misericordia</i>	171
<i>Novena a la Divina Misericordia</i>	173
Textos para meditación	182
<i>Textos bíblicos</i>	182
<i>Textos de Santa Margarita María de Alacoque</i>	183
<i>Textos de la Divina Misericordia</i>	185
Cantos y poesías al Sagrado Corazón de Jesús	186
<i>Corazón de Jesús Fuente de amor y de paz</i>	186
<i>Corazón Santo, Tú reinarás</i>	187
<i>Postrado a vuestros pies humildemente</i>	187
<i>Dueño de mi vida</i>	189
<i>Poesía al Sagrado Corazón de Jesús (Santa Teresita del Niño Jesús)</i>	189
Promesas del Sagrado Corazón de Jesús a los que vivan su devoción	191

5. A MODO DE SÍNTESIS	195
<i>Objeto de la Devoción</i>	195
<i>Fines de la Devoción</i>	196
<i>El Corazón de Cristo Rey</i>	196
<i>Historia de la Devoción</i>	197
<i>Magisterio</i>	199
<i>Prácticas</i>	199
INDICE DETALLADO	203



¡Sagrado Corazón de Jesús,
en Vos confío!

¡Sagrado Corazón de Jesús,
venga a nosotros tu Reino!

¡Sagrado Corazón de Jesús,
ten misericordia de nosotros!

«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha ahorrado nada hasta el extremo de agotarse y consumirse para testimoniarles su amor». Con estas palabras el Sagrado Corazón de Jesús se le apareció a Santa Margarita María de Alacoque pidiéndole que, como respuesta a este amor y a las ofensas cometidas contra el mismo, lleváramos a cabo actos privados y públicos de reparación y consagración.

Junta a esta manifestación de amor, y en previsión de los tiempos futuros que iban a venir, y en los que estamos inmersos, el Corazón de Jesús le hizo una promesa: *«Reinaré a pesar de mis enemigos»*, promesa que años más tarde, recibió también el beato Bernardo de Hoyos cuando el Señor le eligió para extender esta devoción: *«Reinaré en España y con más veneración que en otras partes»*.

De manera insistente y admirable ha sido recogida y recomendada por todos los papas de los últimos 150 años, hasta afirmar de ella que es la *«síntesis de toda religión y norma de vida más perfecta»*, así como *«el verdadero contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana»*.

Este sencillo devocionario que tienes en tus manos viene a mostrar la maravillosa historia de este desposorio de amor que el Señor desea llevar a cabo con todos y cada uno de nosotros, proponiendo oraciones y meditaciones que ayuden a tratar de corazón a Corazón a nuestro Rey y Redentor.